Este libro está dedicado a los sacerdotes de la Iglesia Católica y demás confesiones religiosas, a los psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos, neurólogos, médicos y todas aquellas personas que dedican su vida a aliviar y curar todo tipo de enfermedades de origen mental, material o espiritual.

Términos como *esquizofrenia, paranoia, autismo, depresión atípica, pseudoepilepsia, fobias,* etc..., correspondientes a enfermedades incurables y que suelen acabar con la locura, la destrucción de la personalidad o el suicidio, se refieren en realidad a posesiones del individuo por parte de espíritus o almas en pena.

En este libro se relatan las increíbles experiencias de Jordi Mora, un exorcista que durante una larga vida dedicada a la caridad espiritual ha tenido y tratado gratuitamente a más de 30.000 personas obteniendo casi un 70 % de curaciones.

No se trata de un libro de ciencia ficción, sino del relato literal de algunas de las vivencias de Jordi Mora en su lucha contra la posesión.

Jordi Mora esboza en este libro un camino que sin duda alguna arroja luz sobre las enfermedades mentales, conocimiento que está al alcance de todo hombre que tenga AMOR a sus hermanos y una FE granítica en Dios.

ISBN 84-7720-154-4

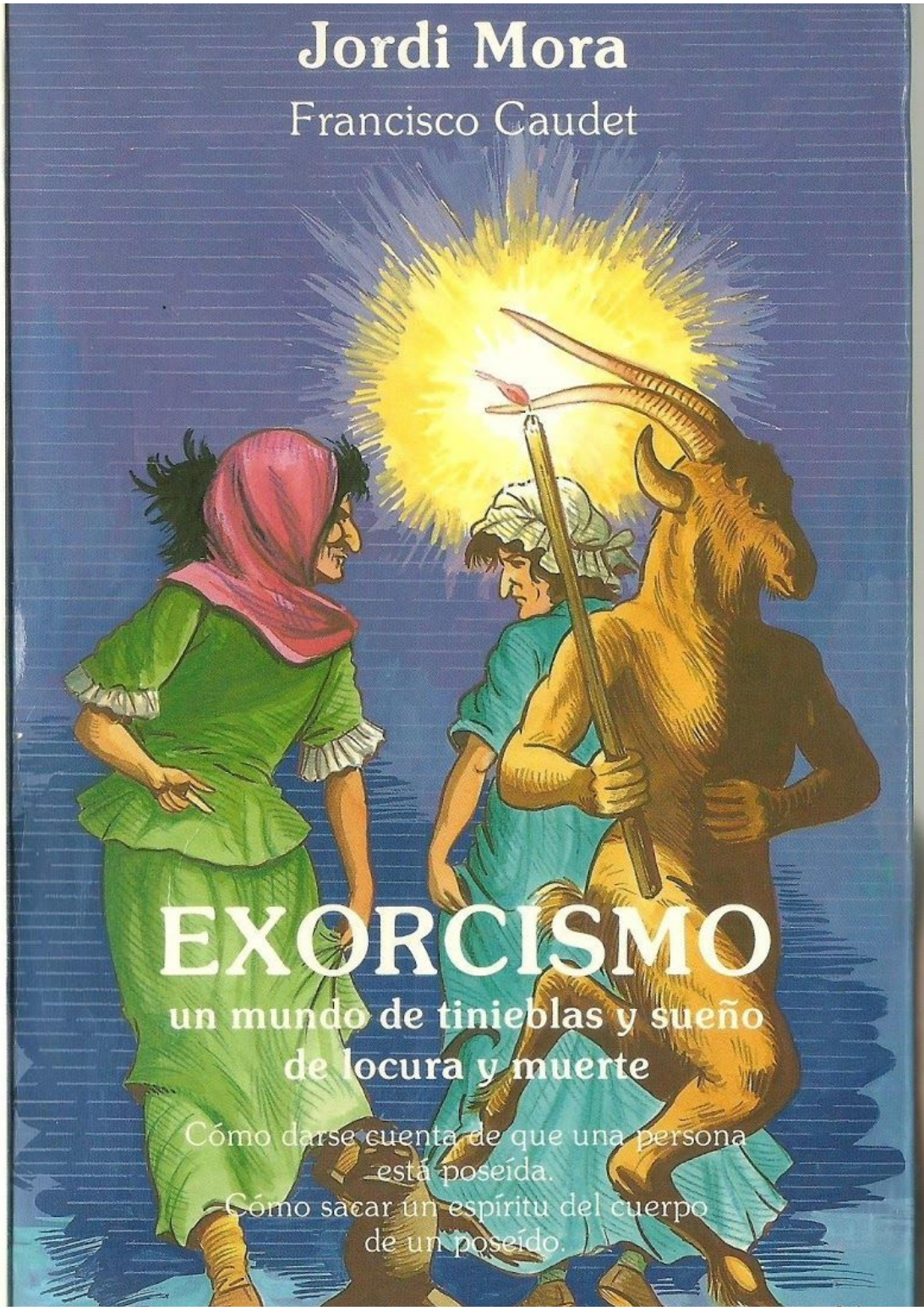
9 788477 201540

Jordi Mora y Francisco Caudet

EXORCISMO

Jordi Mora

Francisco Caudet



EXORCISMO

un mundo de tinieblas y sueño de locura y muerte

Cómo darse cuenta de que una persona está poseída.

Cómo sacar un espíritu del cuerpo de un poseído.

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición) y gustosamente le complaceremos.

Colección Arcanos Mayores
Exorcismo

Jordi Mora y Fco. Caudet

1.ª edición: julio de 1990

© Ediciones Obelisco, S.A. (Reservados todos los derechos para la presente edición)

Depósito Legal: B. 28.238 - 1990
I.S.B.N.: 84-7720-154-4

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres de Romanyà/Valls, S. A., de Barcelona

PROLOGO

Cuando fui requerido por mi editor para dotar de orden sintáctico los apuntes y experiencias de Jordi Mora Uris hasta convertirlos en el libro que hoy ponemos en manos de los lectores, debo confesar que acepté con la resignación ya asumida por aquel que admite un trabajo más, una de las muchas tareas profesionales que sirven para incrementar el *currículum vitae* literario de quien, por suerte o desgracia, defiende su difícil subsistencia emborronando cuartillas con la ayuda de una máquina de escribir.

Pero en ningún momento –al menos al principio– le otorgué a éste, hasta cierto punto sorprendente encargo, el valor intrínseco que realmente atesoraba y que más adelante, y poco a poco, fui descubriendo.

No obstante, mi inclinación hacia la temática espiritista, manifestada ya en la obra «OUIJA», escrita con la ayuda de mi colaboradora y esposa, María José Llorens, publicada por esta misma Editorial, y también el volumen aparecido recientemente bajo mi firma y titulado «ESPIRITISMO», se convirtieron en circunstancias determinantes para que, pese a todo, acogiera con cierto interés y cariño los trabajos del hoy, mi buen amigo Jordi Mora.

Hasta el momento presente no se me había presentado la ocasión de relacionarme de manera directa con un exorcista –o practicante de la Caridad Espiritual– y eso sí, que de entrada, excitó mi curiosidad tanto personal como profesional. Y de ahí que repasara y estudiase, puntual, cuidadosa y concienzudamente, el extenso mamotreto mecanografiado que el referido

Sr. Mora ponía a mi disposición para darle el toque necesario que lo convirtiera en publicable.

Debo confesar que si bien al principio se me hizo un tanto pesado y monótono leer con minuciosidad estadística todos y cada uno de los casos presentados por Jordi Mora, conforme me iba sintiendo inmerso en la vorágine desenfrenada, excitante y casi turbulenta que se desprendía de aquellos relatos verídicos algunas secuencias de los cuales erizaban los cabellos de la nuca, mi interés alcanzó un *in crescendo* vertiginoso y, a partir de aquel momento, ya no me limité tan sólo a transcribir y ordenar sintáctica y literalmente los apuntes de Jordi Mora, sino que quise penetrar en el intríngulis de la cuestión hasta descubrir el valor verdadero, la ímproba labor del exorcista, la congoja rayana en el terror de los afectados, los poseídos, los que habían dejado de tener una existencia plácida y feliz para verse involucrados, absorbidos por un mundo de escalofriantes misterios, de tinieblas y angustia, que les hacía desear la muerte como mal menor para alivio de sus sufrimientos terrenos.

Creí, entonces, que había llegado el momento de mantener un cambio de impresiones con Jordi Mora. Por todo lo expuesto en el párrafo anterior de una parte... Y porque yo, que he manifestado al principio mi inclinación hacia la vertiente espiritista, necesitaba que me fuesen aclaradas algunas dudas. Posiblemente las mismas que de entrada se les plantearán a la mayoría de los lectores.

No quiero insistir en mis concepciones espiritistas porque no es el momento ni el lugar, pero sí es de justicia que confiese que yo, desde hacía muchos años, venía albergando cierto confusionismo respecto a mi actuación humana; dicho de otra forma más concreta y aclaratoria: *albergaba el presentimiento de ir acompañado de un espíritu malévolo o alma en pena que, con frecuencia intervenía, cuando no alteraba, mis propias decisiones* o modus operandi. *Desde tiempos inmemoriales era víctima de angustias, la mayor parte de las veces injustificadas, de extraños temores carentes también de un concreto* leit motiv, *cayendo en fases depresivas donde tan pronto imperaba la inhibición total como hacía acto de presencia la más iracunda irritabilidad.*

En principio y casi siempre había atribuido aquellos desatinos psíquicos a mi problemática vida sentimental y a mi estrecha relación –en tiempos pretéritos y afortunadamente superados– con el alcohol durante una larga etapa de mi vida. Mi psiquiatra y otros facultativos de diferentes disciplinas médicas coincidían asimismo con mi propio diagnóstico, añadiendo algunos las calificaciones o «etiquetas» de persona neurótica y ciclotímica, proclive a los estados depresivos con fases de angustia y miedos que se gestaban en mi nula capacidad a la hora de efectuar un enfoque objetivo y real de mi propia existencia.

Jordi Mora, al conocerme, rechazó de plano todos aquellos argumentos, limitándose a decir, simplemente la frase que yo temía y al mismo tiempo deseaba escuchar: **Vas acompañado.** Y añadió: **No puedo decirte ahora con exactitud si se trata de un alma en pena o de un espíritu maléfico, pero sea lo que fuere... ESTA CONTIGO. Y desde hace muchos años.**

Yo, pongo a Dios por testigo, *estaba convencido de que Jordi Mora Uris había puesto el dedo en la llaga.* Aquélla y no el diagnóstico médico-psiquiátrico, era la única explicación lógica y coherente –por irracional que en este momento le parezca al lector– que justificaba mis depresiones, abatimientos, irritabilidad, angustias, temores, cambios radicales de actitud y de carácter, etcétera. Cabe preguntarse si yo di por válidas de buenas a primeras las razones de Jordi Mora. No... No fue así. Ya he dicho y si no lo he dicho lo digo ahora, que desde *in illo tempore* estaba presente en mí el profundo y alarmante convencimiento de que mis actuaciones no siempre habían sido fruto de mi voluntad, de ese libre albedrío del que estoy dotado como todo ser humano; estaba profundamente convencido que mis actos sufrían a menudo manipulaciones, ingerencias, tergiversaciones y mutaciones, procedentes de mi propio interior. De aquella voz que en cientos de ocasiones había sonado en lo más profundo de mi mente OBLIGANDOME a tomar tal o cual decisión, en contra de mi libertad volitiva.

Jordi Mora, pues, no me convenció de nada. Se limitó a poner en evidencia una teoría que ya estaba latente dentro de mí. A manifestarla abiertamente. A «obligarme» a admitir la VERDAD.

Fechas más tarde y en el transcurso de la entrevista que mantuve con el Sr. Mora en su domicilio –y que más tarde transcribiré para todos ustedes–, éste, fue mucho más categórico en sus exposiciones. Y, sin apenas conocerme, me hizo

un fiel retrato, una verídica exposición de lo que hasta entonces había sido mi existencia, plagada de escollos y dificultades: **No eras tú quien bebía; era «él», el que te empujaba hacia la bebida. Y nadie más que «él» es el causante de que hayas tenido que luchar contra toda clase de adversidades... De que hayas sudado mil para conseguir cien. De que continuamente tu actividad íntima y profesional se haya convertido en una angustiosa carrera de obstáculos.**

Después, Mora, en un acto de Caridad Espiritual, me liberó para siempre del ente que durante tantos años me había estado martirizando.

Podrán los lectores creerlo o mostrarse escépticos... Pero las cosas son y fueron tal como acabo de relatarlas. Tan ciertas como que Dios está en el cielo, como que existe, como que es el único que, a través de hombres como Jordi Mora Uris, puede ayudarnos en problemas tan difíciles y complicados cual lo es el de la posesión.

Jordi Mora Uris nació en Sabadell (Barcelona), el 19 de enero de 1920. La primera experiencia dolorosa de su vida tuvo lugar cuando contaba 10 años y su padre se meció en brazos de la muerte. Más que experiencia dolorosa fue un acto de rebeldía lo que se gestó en las entrañas de Moras que, a tan corta edad, no podía comprender que aquel ser al que tanto amara se ausentase para siempre de «su mundo». Se desesperaba ante la terrible realidad de que nunca más volvería a verle.

Su madre no obstante, mujer de gran fortaleza física y espiritual, que profesaba una fe inquebrantable al Todopoderoso, se esforzó en consolarle como buenamente pudo.

Transcurridas algunas semanas desde el óbito de su progenitor y consciente de las muchas necesidades materiales que asaltaban su entorno familiar, Mora a partir de los 12 años, inició una curiosa singladura laboral que habría de conducirle

desde el modesto empleo de canillero de una fábrica textil de su ciudad natal, hasta trabajar en el cementerio de Sabadell construyendo y pintando nichos, no sin antes haber sido ayudante de panadero, minero, ayudante de cocinero y peón de albañil, contribuyendo en el trazado de carreteras y allanando el campo de aviación de la urbe sabadellense en el transcurso de la Guerra Civil.

Durante el enfrentamiento fratricida de las «dos Españas», Mora, siempre en primera línea –como más tarde habría de permanecer de continuo en primera línea espiritual–, intervino en alguna de sus más duras batallas, incluida la que tuvo lugar a orillas del Ebro, donde permaneció cuarenta días.

Pero al margen de las forzosas actividades laborales y de las no menos obligatorias actividades bélicas, Mora fue desde niño –a los seis años le pidió al párroco de San Félix un certificado de buena conducta que le permitiera obtener libros en préstamo en la biblioteca de la Caja de Ahorros de Sabadell– un personaje tan ávido de saber como inconformista a la hora de aceptar todo lo que los eruditos le daban por escrito. La lectura, es obvio, abrió en su mente un maravilloso espectáculo de expansión y un amplio abanico de posibilidades.

Siguiendo una incursión retrospectiva en la vida de Mora, cabe decir que a los 14 años tenía el atrevimiento de empollar los clásicos griegos y romanos desde Platón a Marco Aurelio, pasando por Aristóteles, Séneca, Diógenes, Laercio, Epicteto, Epicuro, Epidauro, Jenofonte, Cicerón, Pitágoras y un largo etcétera, etcétera.

Le gustaba, o más que eso, le excitaba la filosofía. Y así, poco a poco, por aquello de quien va despacio llega lejos, fue comprendiendo a los grandes maestros del pensamiento: Kant, Leibnhauer, Nietzsche, Bergson, Rousseau, Marx, y otro largo etcétera. También alimentó su avidez espiritual con la lectura de obras religioso-filosóficas, familiarizándose con las doctrinas de Confucio, Lao-Tzú y Chuang Tzú. Leyó el Mahabarata, el Ramayana, el Código de Manú, los Uhpanishads, Zen-Avesta, Popol, Vuh y, sobre todo, la Biblia.

No dejó en el olvido a los grandes maestros de la Iglesia cristiana, como Orígenes, Atanasio, Clemente de Alejandría, Justino, Ambrosio de Millán, Juan Crisóstomo, Agustín de Hipona, Ireneo y otros muchos. Las lecturas de Jordi Mora eran

en verdad variopintas y heterócliyas, contradictorias incluso, ya que nada era ajeno a la curiosidad de su espíritu.

Hoy, en la actualidad, confiesa haber leído en el transcurso de su dilatada existencia –setenta años le contemplan–, unos cinco mil volúmenes sobre historia, arte, magia, parapsicología, medicina, filosofía, brujería, astronomía, espiritismo, psiquiatría y psicología, y estudiado el budismo en todas sus ramificaciones, el hinduismo y todas las religiones animistas, pero confiesa también que el máximo centro de atracción para él ha sido la religión cristiana.

Mora ha dedicado también muchos años a la contemplación de las maravillas del Universo creado y eso, ya de muy joven, le hizo plantearse serias dudas hasta aquel día en que se sorprendió a sí mismo al escuchar la filosofía de su propio pensamiento: **Algunos hombres dicen que existe un Dios Todopoderoso que es el rey de la Creación, de cuanto abarcan mis ojos y de los muchísimos que no pueden ver, y que lo ha hecho merced a su infinita sabiduría. Así pues, si tú existes, Señor, te invoco para que tengas misericordia de mí y me ayudes, pues me confieso incapaz de comprenderte. Sólo sé que hasta donde alcanza mi mirada ha existido un principio, que yo he tenido un principio... Pero, tú, Señor, dicen que eres eterno y que subsistes eternamente por ti mismo, sin padre ni madre, y yo no te puedo comprender. Si es que realmente existes, te pido una sola cosa: que mi alma no encuentre jamás la paz ni la felicidad mientras no te encuentre a Ti, sólo a ti; no un fantasma creado por la mente o la ignorancia de los hombres, sino a Ti, Señor de toda la Creación.**

Mora, a partir de entonces, dedicó sus esfuerzos, capacidad y humana inteligencia, a la búsqueda del Sumo Hacedor, convencido de que sólo un grado máximo de espiritualidad le permitiría llegar al encuentro de y con Dios... Convencido, también, de que la vida de los hombres era –ES– puro sueño de vanidades, simple explosión de fuegos fatuos, alimentados por la vanidad, el egoísmo, la ambición y sobre todo por la estulticia.

Nuestro hombre confió siempre en la misericordia de Dios –y hoy, más que nunca, a sus 70 años, cargado de vivencias y experiencia, sigue confiando en ella– y dentro de su alma sabía de la existencia de una cita con Él y que algún día, Él, le daría

pruebas fehacientes e incontrovertibles de que existía y de que le amaba.

Y ese día llegó.

Día de gloria y luz.

Día de nueva vida.

Día de renovadas esperanzas.

Día de ilusiones.

Día de paz.

Y a partir de ese día, Jordi Mora Uris, consagró su existencia al servicio del Señor... Y supo por Él, que la mejor manera de servirle era aliviando las dolencias espirituales de sus hermanos.

Dolencias y curaciones de las que nos habla a lo largo y ancho de este volumen. Para alegría de creyentes y dolor de escépticos, vanidosos, prepotentes y *ciegos*.

Una vez esbozado este breve preámbulo, esta síntesis acerca de la personalidad de Jordi Mora, volviendo al *leit motiv* de esta obra y antes de entrar de lleno en ella, voy a transcribir la entrevista que mantuve con este hombre singular, sencillo, espiritualmente grande, henchido de amor a Dios y a sus semejantes, humano, temperamental, vehemente, casi agresivo en ocasiones cuando se deja transportar por sus ideales sublimes, por su pasión cristiana, por la energía vital que transpiran los poros de su robusta naturaleza a través de la cual y viéndole, se hace difícil admitir que hayan pasado setenta largos años.

Como diría un andaluz de pura cepa con el gracejo propio de la tierra: *¡Está bien conservado el gachó!*

Eran las tres de la tarde de cualquier día cuando me planté en los dominios de Mora. Me invitó a aposentarme en su sancta sanctorum al tiempo que, con una sonrisa de infantil complicidad, susurraba:

–Dame un par de minutos para que baje a pasear al perro.

Vi que el «chucho» me miraba con ojos implorantes y no

quise privarle del placer de mojar el tronco de cualquier árbol o la rueda trasera de cualquier vehículo mal aparcado; si se orinaba en ella podía considerarse una forma rocambolesca de hacer justicia urbana y municipal.

Cinco minutos después mi interlocutor tomaba asiento delante mío.

Puro al labio...

Sonrisa en la boca y el puro guardando un milagroso equilibrio.

Puse la grabadora en marcha...

–¿Se oirá bien luego? –me preguntó con cierta desconfianza.

–Este cacharro –señalé el diminuto magnetófono–, *lo envidiaría el mismísimo James Bond. Ni a Ian Fleming se le ocurrió dotar a su temerario 007 de nada tan perfecto.*

¡Ah...!

Luego, Jordi, hombre de risa fácil, soltó una carcajada.

Fue entonces cuando largué mi primer interrogante:

–¿Qué es el exorcismo?

–Ni más ni menos que expulsar del cuerpo de una persona un espíritu maligno que busca la destrucción o la muerte del poseído.

Entre dientes le comenté si podía exorcizar todo el mundo y masticando punta de puro y principio de sílabas, repuso: «Sólo puede hacerlo una persona que goce de fe robusta y total en Dios, ya que únicamente valiéndose de aquélla se puede expulsar un ente pervertido del cuerpo de un mortal».

Le miré a los ojos –él es también de los que hablan con la frente alta y las pupilas francas– y empezando a sentirme sobrecogido y pequeño ante su arrolladora humanidad, me refugié en mi cuestionario, preguntando:

–La fe en Dios, Mora, ¿debe tenerla el exorcista, el poseído o ambos al unísono?

–Cuando una persona está prisionera de un ser maléfico es de gran ayuda que posea sólidas raíces cristianas. El exorcista, ¡qué duda cabe!, no sólo debe tener fe en Dios sino una total confianza en que Él existe y que con su Espíritu y su Luz podrá liberar al hombre del ente que está en él.

Le hice saber, como he narrado en la primera parte de este prólogo, que había leído con meticulosa escrupulosidad los apuntes que él me hiciera llegar a través del editor... Que los

había leído con profesional celo, bisturí y escalpelo literarios en ristre, y que, al margen de la profunda impresión que me habían causado muchos de los casos que él narraba, me aterrorizaba el hecho de que, según sus teorías, un noventa y nueve, coma, noventa y nueve de las personas que la psiquiatría diagnosticaba como enfermos mentales, él, los etiquetaba como poseídos. Y le dije que se me hacía difícil, por no apelar al término imposible, aceptar tanta y tanta posesión...

–Quiero matizar uno de los conceptos vertidos en tu comentario...

–Matice, matice... Que de sabios es el matizar.

–...porque las cosas no son exactamente como dices. Yo puedo garantizar que cuantos acuden a mi consulta son gentes que se encuentran en situaciones límite. Según la medicina enfermos terminales. Desahuciados por los médicos, en especial psiquiatras... Puestos en el disparadero. Condenados a vivir en circunstancias caóticas y a morir en el abismo de la desesperación. Pero yo, digo: son simplemente personas poseídas. Y lo afirmo porque me lo permite el don de discernimiento de espíritus que Dios ha hecho la gracia de confiarme.

«Cuando una persona toma asiento frente a mí, luego de observarle y hacerle algunas preguntas, soy capaz de discernir si mi interlocutor está o no poseído. Me puede caber la duda de si el ente posesor es varón o hembra... Pero si tomo las manos del afectado y oro al Señor, lo sé de inmediato con toda certeza.

–Amigo Mora... Todo eso está muy bien. Pero yo he preguntado si es cierto, de acuerdo con lo que expone en el relato de sus experiencias, que el 99,99 % de los mortales están poseídos. Espero una respuesta. Y los lectores también, por supuesto.

Me miró con cierta dosis de alarma antes de exclamar:

–¡No, no...! Yo digo que de cuantos desfilan por este despacho en el que ahora nos encontramos quizá un 90 ó 91 % están poseídos. Pero como acabo de explicarte los que recurren a mí son los desahuciados por la ciencia médica.

Hizo una pausa fugaz para recobrar el aliento que su vehemencia le hacía gastar en demasía, para agregar a renglón seguido:

–Pienso que los humanos sufren más posesiones cuanta me-

nos fe tienen. Lo acentúo porque actualmente me encuentro con casos espantosos, espeluznantes para ser más exactos, casos como nunca hubiera imaginado..., y piensa que a mis 70 años ya he visto de todo y mi experiencia en este campo puede ser igualada pero no superada. He tratado a muchos y muchas jóvenes en estado francamente gravísimo... Chicos y chicas que se arrastraban por los asientos de «pubs» y discotecas, y entre el alcohol, el humo de los «porros» y la lujuriosa inflamación que desataba en sus mentes la droga gritaban o cantaba a coro: **¡Soy tuya Satanás! ¡POSEEME! ¡Cógeme Satanás y goza hasta saciarte en mis carnes!**

«Creo de verdad que un 25 % de españoles y un 30 % de la población mundial sufren de posesión.

La revelación se me antojó escalofriante.

Por eso quise puntualizar:

–Así, que según sus cálculos, ¿la raza humana cuenta con un 25 % de posesos?

–De acuerdo con mi experiencia, sí. La causa o sinrazón de las guerras, asesinatos, homosexualidad y demás aberraciones y perversiones, hay que buscarla en las posesiones. Para mí no existen sádicos, ni psicópatas, ni esquizoides, ni neuróticos, ni paranoicos... Existen, simple y llanamente, casos de posesión.

Mora se estaba *embalando* y juzgué llegado el momento de cambiar el tercio. Por eso le comenté el hecho de que, respondiendo a una de mis anteriores preguntas, me había asegurado que cualquier persona que tomara siento frente a él, tras mirarla y cogerle las manos sabía si era víctima de posesión:

Insistió con un movimiento afirmativo, añadiendo:

–Sí, desde luego. En cuestión de diez segundos.

–¿Quiere usted mirarme? –pregunté de súbito.

–Yo ya tengo mi opinión sobre ti –repuso.

–¿Estoy «acompañado»?

–Sí...

–¿Qué clase de ser está conmigo?

–No es malo, pero tampoco bueno. Es el alma de un hombre y todos tenemos una parte de bien y otra de mal. También yo tengo mi lado de sombras, de oscuridad, y mi zona de luz, de amor y de paz, que Dios me da. El primer día que nos vimos ya me hice una idea concreta sobre tu persona. Incluso podría referirte episodios de tu vida que te dejarían helado. Y

no porque los conozca, sino porque me los denuncia mi intuición.

Al final de la entrevista se produjo esa circunstancia, como ya he relatado para los lectores en una secuencia del presente prólogo, y Jordi Mora expulsó de mi cuerpo el ente que hasta entonces había estado jugándome malas pasadas.

Traté de sorprenderle, soltando de repente:

–Según usted, los psiquiatras están locos, ¿no?

–¡Por Dios bendito! –clamó, alzando ambas manos al cielo–. ¡Jamás he dicho eso!

Le refuté diciéndole que sí había dicho –valiese y valga la redundancia– que, según sus teorías, conceptos y experiencias, los transtornos de la mente que la psiquiatría calificaba de oligofrenia, esquizofrenia, paranoia, ciclotimia, «ausencias», «fijaciones», doble personalidad, angustia vital, manía persecutoria, depresiones atípicas, etcétera, no pasaban de ser casos de posesión. «Mira –me respondió, sin ceñirse exactamente a la terminología por mí pretendida–, han acudido a mi consulta personas que llevaban años y años paseándose por el gabinete de uno o varios psiquiatras, sin obtener el menor resultado positivo. Tranquilizantes, anti-depresivos, ansiolíticos... ¡y para de contar! Recuerdo a una señora que admitió haberse gastado seis millones de pesetas en visitas a especialistas, sin conseguir la más ligera mejoría. ¿No pretenderás entonces que suba la psiquiatría a los altares, verdad? Rotundamente afirmo que un 90 % de esos «casos psiquiátricos» son producto o fruto de la posesión.

Mora, con la psiquiatría hemos topado –pensé–, parafraseando a mi aire y estilo una famosa sentencia de don Miguel de Cervantes puesta en labios de su Hidalgo justiciero y desfacedor de entuertos y escuchada por el rozagante escudero que acabaría siendo gobernador de la ínsula Barataria.

Mora, ¡que doctores tiene la psiquiatría!... O hubiese sido más acertado preguntar: *Mora, ¿qué doctores tiene la psiquiatría?*

Dejé al margen mis filosóficas ironías y entré a «matar».

–¿Quiere eso decir que la psiquiatría es una farsa y los psiquiatras unos farsantes?

(Supongo que *in mente* estaba pidiendo perdón a los espíritus de Freud, Charcot, Breuer, Adler, Jung...)

Jordi Mora no compartía mis irónicos o quizá cáusticos, pensamientos, al respecto.

Porque enfocó la pregunta con total seriedad y fue sincero en su elaborada respuesta:

–No –dijo con rotundidad. Añadiendo con perceptible énfasis–. Yo no acusaría de farsantes a los psiquiatras. *De facto,* no los acauso. Hay personas honorables, dignas, ímprobas, profesionales al máximo, que estudian con tesón para aliviar las dolencias de sus pacientes. Existen psiquiatras profundamente conscientes de su misión, cristianos, responsables y honestos.

«Yo no ataco a los humanos, sino a su ignorancia. Lo mismo que también acometo contra la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, aunque gozo de buenos amigos en su seno. Gentes muy dignas que me respetan e incluso piden mi concurso para sanar enfermos que saben con certeza están poseídos. He dicho muchas veces que me traigan a toda esa gama de incurables que desahucia la ciencia médica, debo insistir en la psiquiatría sin ánimo de ensañarme, y yo usaré la luz que Dios me ha dado para curarles. Si no tuviera fe en mis dones, si dudara un solo segundo de la existencia del Señor y del auxilio que me presta, *¿cómo podría atreverme a semejante desafío?*

Tras una pausa a la que le había conducido el agotamiento por exceso de vehemencia e incluso derrame de adrenalina, Mora cuyos ojos brillaban con una luz que otra vez me hizo empequeñecer y empobrecer frente a sus radiantes pupilas... Mora que transpiraba salud mental y espiritual a través del resplandor de sus iris, añadió:

–He estado en contacto con la Iglesia Católica. Invitado por un reverendo padre, confesor general de una compañía religiosa muy célebre en España, me desplacé a Madrid para visitar un convento y delante de un jesuita hice exorcismo a 5 ó 6 personas. Este jesuita, que contemplaba con asombro sin límites mi actuación, con un vivo estupor pintado en su semblante, me preguntó, se preguntó y LE PREGUNTO: **¿Qué está haciendo la Iglesia Católica?** A lo que respondí: *Está pecando, reverendo padre. Por omisión o por ignorancia, pero está pecando.*

Un nuevo alto, éste breve y fugaz, antes de agregar:

–Volviendo al tema de los problemas psiquiátricos añadiré que un 90 % de los suicidios que registran las estadísticas, no

son consecuencia volitiva del supuesto suicida, sino que tal decisión procede de aquél que les impulsa a cometer el acto. Un espíritu maligno puede apartar el alma y la mente del cuerpo que legítimamente lo ocupa, impulsando éste al suicidio. En otros casos, el ente suplantador, promueve en vez del propio sacrificio del cuerpo del que se apodera una acción criminal del mismo contra otra persona, convirtiéndole de hecho en un asesino. Y se da la circunstancia de que el presunto autor del crimen, en la mayoría de ocasiones, no recuerda cuándo, cómo ni por qué, ha cometido tan terrible acción. Este «vacío» u «olvido» se debe a que *él* no estaba en su cuerpo, y al no haber conexión entre alma y cerebro, no existe el recuerdo.

«Cuando los psiquiatras dicen, y pongo en ello mucha ironía, que una persona padece AUSENCIAS, ignoran que la causa de esas pretendidas AUSENCIAS es la suplantación de un ente maligno en un cuerpo, desplazando al verdadero poseedor del mismo.

«No negaré que existen enfermos con problemas cerebrales, QUE NO MENTALES, cuya sintomatología se parezca a la presentada por los casos de posesión, pero yo debo insistir en que todos aquellos asuntos que se me plantean por parte de esos pseudoenfermos psiquiátricos desahuciados por sus propios facultativos, no son otra cosa ni tienen otra causa que la de una injerencia externa o interna por parte de espíritus malévolos o almas en pena que se han posesionado de aquellas mentes médicamente *enfermas.*

Aleccionador. Sobrecogedor. Lapidario. Contundente.

Pero Mora dispone de argumentos suficientes que le permiten hablar, amén de con conocimiento de causa, con una seguridad impresionante acerca de un tema que domina a la perfección.

Lancé una pregunta que podría ser considerada sino la más interesante, sí la más reveladora en el transcurso de aquella emotiva, ardiente e insólita entrevista:

–*¿Cuándo supo de sus poderes exorcistas?*

–Bueno, para responderte, debo remontarme al primer caso que me sucedió... Todo un prodigio de intuición promovido por la voluntad del Señor. Verás... Estaba sentado frente a un amigo mío y tuve una súbita inquietud, una premonición. Llamé al Obispo de la Iglesia donde yo predicaba la palabra de

Dios, persona que poseía dotes de videncia, pidiéndole que escrutase espiritualmente al que se encontraba delante mío. Y en efecto, tras orar, confirmó mi impresión inicial asegurando que mi amigo llevaba el alma de un hombre con él; un alma negra a causa de su maldad. A su alrededor, vio también cuatro seres blancos, con aureola, que le transmitieron un mensaje para mí: *esa alma tan en tinieblas no quería ser redimida, por lo cual era inútil que yo desperdiciase energías. Se me aconsejaba aguardar siete días, tras los cuales, si continuaba negándose al perdón de Dios, debería echársela por la fuerza.* Dudé, en principio, de las palabras de aquellos seres, pensando que podrían ser el Mal, tentándome, y les respondí a través del vidente que nada haría hasta que me explicasen cómo poder expulsar almas de los cuerpos. Ellos respondieron en el nombre de Dios, añadiendo que al término del plazo establecido yo tendría los dones necesarios para llevar a cabo la misión asignada. Pero, que el sexto día, permaneciese en ayunas y me purificara, manteniéndome al margen del alcohol y el tabaco.

«Tal como predijeron aquellos seres el espíritu nocivo rechazó el perdón y tuvo que ser arrojado del cuerpo que poseía por la fuerza. Actué de acuerdo con las instrucciones que ellos me dieron de antemano y con la sabiduría de que me llenó el Señor en el momento clave. Desde aquel instante supe que podría hacerlo tantas veces como fuera necesario. Que en realidad siempre había podido y que lo único que ignoraba era el conocimiento de tales dones divinos.

«Desde hace 15 años, que es cuando acaeció aquel primer caso, me estoy enfrentando a este mundo de locura, tinieblas y muerte, viendo personas que no son más que monigotes, títeres, movidos por una mano invisible... Mano que hace crecer el odio entre marido y mujer, padres e hijos, que provoca el crimen, la lujuria, las aberraciones, la homosexualidad, el suicidio... Tal como dijo Jesucristo: **Mi reino no es de este mundo**. Este mundo es el reino de los hombres; y nosotros sabemos lo que realmente somos: **Demonios hacedores de nuestra voluntad**.

El diálogo con Jordi Mora Uris podía convertirse en una espiral concéntrica, una espiral sin fin, que nos envolviese en un juego de preguntas y respuestas inacabable y no por ello menos excitante, veraz e interesante.

Pero los escritores obedecemos a unas limitaciones. Como dicen ahora los políticos, a unos parámetros de tiempo y espacio.

Aún doliéndome, porque en la compañía de aquel hombre fascinante me importaba muy poco perder la noción del tiempo, los parámetros y otras monsergas al uso, hube de ceñirme a la realidad, puntualizando:

–La última pregunta, Jordi... ¿Qué pretende usted decirle a la gente, a los hombres, al mundo, con este libro que estamos elaborando?

–Sólo intento crear un clima de concienciación entre todas las personas de buena voluntad, aquellas que aman honestamente a Dios... Sacerdotes, psiquiatras, neurólogos, psicólogos, parapsicólogos, videntes... A todos cuantos intentan con los medios a su alcance controlar los problemas de la mente humana. Si alguno de ellos quiere aplicar el método que explicamos en este libro, se encontrará con grandes sorpresas.

«Durante cincuenta años de mi vida he visto seres malignos, he presenciado muertes y lo he hecho como un médico delante de un paciente terminal; es decir, orando y sin cobrar ni un céntimo.

«Quiero decirle al mundo que la POSESION existe... Que existe de una forma tan sutil que afecta a hombres, mujeres y niños, e incluso a familias enteras; a padres, hermanos, matrimonios...

«Deseo fervientemente dar un toque de alerta a la humanidad para que los seres que la componen recen a Dios... Para que soliciten su ayuda, ya que sin Él nada se puede. Debemos abrir nuestro corazón al Señor sin fanatismos, con la mejor de las voluntades y con el pleno convencimiento de su existencia.

«Estoy convencido de la gran verdad que se encierra en mis palabras pues dispongo de centenares de ejemplos que las confirman. Y sé también que Dios me protege y que gracias a Él ningún espíritu, pasado, presente o futuro, podrá jamás conmigo.

Ya estábamos en pie estrechando nuestras manos. Jordi Mora me precedía rumbo a la puerta de su domicilio, y de repente, antes del último adiós, se me ocurrió:

–¿Ha estado usted poseído alguna vez?

Una luminosa sonrisa encendió súbitamente los labios de

mi incomparable interlocutor antes de apuntar en tono quedo:

–Me he preguntado lo mismo en más de una ocasión. Pero pienso que antes que poseído, cuando era joven, fui víctima de la sutil malignidad de alguno de esos espíritus. Yo tenía un carácter fuerte *–aún lo tiene, aunque haga sobrehumanos esfuerzos para dominarlo y por ocultarlo–* y muchas veces tuve que autocontrolarme para evitar males mayores. Mi madre siempre me decía que, cuando nos enfadamos, llamamos al mal y que sólo la misericordia de Dios permitía «endulzar» este mundo.

Ahora sí.

The End.

Nos fundimos en un estrecho abrazo bajo la atenta mirada del perro. Debió de gustarle al can aquella fusión amistosa entre dos humanos, porque al instante hizo revolotear su cola en el aire.

Supongo que ahora, todos, ya tenemos la respuesta que yo planteaba en la portadilla del presente prólogo.

Yo, ya sé quién es Jordi Mora Uris.

Espero que ustedes, también lo sepan.

Jordi Mora es un ejemplo vivo para cuantos nos conformamos con no hacer el mal olvidándonos de obrar el bien; un ejemplo a imitar; un ejemplo a seguir dentro de nuestras limitadas posibilidades.

Jordi Mora es alegría.

Jordi Mora es humanidad dentro de la humanidad.

Jordi Mora es humildad.

Jordi Mora es altruismo.

Jordi Mora es generosidad extrema.

Jordi Mora es bondad.

Jordi Mora es amor.

Fenelón definió la bondad con una frase expresiva y decisoria en cada una de sus letras, de sus puntos y de sus comas: **Las almas bellas son las únicas..., las únicas que saben todo lo que hay de grande en la bondad.**

Y refiriéndose al amor, dijo Amiel: **El amor es el olvido del yo.**

Jordi Mora se ha olvidado de él para ocuparse y preocuparse de sus semejantes. Por eso su alma sabe todo lo que hay de grande en la bondad.

Cuando se tiene la oportunidad de conocer hombre como Jordi Mora, brota de lo más íntimo de uno esta convencida exclamación: *¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por haberme devuelto la confianza en la especie humana!*

Acto seguido y finalizando ya este prólogo, pasaremos a exponer una serie de casos y vivencias protagonizados y relatados por el propio Jordi Mora Uris.

Tras ella enfocaremos variedad de temas. Los que consideramos más importantes dentro de la temática a que alude esta obra: *Caridad Espiritual* y *Exorcismo*.

Yo, personalmente, tengo la certeza de que los lectores, al dar la vuelta a la última página se sentirán, cuanto menos, emocionados.

Francisco CAUDET YARZA

LA NIÑA DE QUINCE AÑOS QUE PARECIA UN ZOMBI

En el transcurso del mes de mayo se personó en mi despacho una señora acompañando a su hija. Se trataba de una muchacha de unos quince años, muy alta, esbelta, y extraordinariamente bonita.

Cuando la chica hizo acto de presencia en mi consulta iba ayudada, sostenida, porque al parecer mostraba grandes dificultades para caminar por sí misma. Las facciones de su rostro agraciado estaban desprovistas de cualquier expresión. No había en sus ojos la menor chispa de interés y se obtenía de ella una extraña abstención, una total ausencia.

Les dije que la sentasen frente a mí y así lo hicieron. Acto seguido le pregunté a la muchacha:

¿Cómo te encuentras?

Tuve la sensación de que ni tan siquiera me había oído. Dejé transcurrir un lapso prudencial de tiempo y ella siguió inmersa en un total y absoluto silencio.

Su madre, llorando, con frases entrecortadas y presa del nerviosismo, me explicó que hacía unos seis meses que presentaba aquella misma actitud que yo estaba observando, sin causa ni razón aparente que la justificara. Los médicos, tras practicarle una serie de pruebas –electroencefalogramas, «taks» y resonancias magnéticas–, para detectar cualquier lesión cerebral, se confesaron impotentes frente a tan extraño caso. No podían diagnosticar qué tipo o clase de enfermedad causaba en la muchacha aquella extraña «pose» de mutismo y ausencia.

Viendo la imposibilidad de contactar con la chica requerí la

ayuda de mi sobrina –que tiene el don de la *videncia*, aunque no lo utiliza–, pidiéndole que cuando yo hiciese oración al Señor, mirase espiritualmente a la joven y me dijera lo que veía dentro de ella.

Oré al Señor, suplicándole que con su luz y la del Espíritu Santo iluminase el alma, la mente y el cuerpo de aquella niña, para que mi sobrina pudiese escrutar desde su casa qué era con exactitud lo que sucedía. Acabada la oración, la vidente me dijo:

–Tío, he visto dentro de esta niña el alma de un hombre como muerto. Creo que se suicidó, pero antes de morir pasó bastante tiempo en estado de coma.

Así pues, sabiendo cual era el estado de esa alma en tinieblas, oré de nuevo al Señor hasta arrancarla del cuerpo de la niña, bajo la atenta mirada espiritual de mi sobrina que seguía mi actuación desde el otro extremo del cable telefónico.

Cuando hube terminado de orar, ella me dijo:

–Ya se lo han llevado los seres de luz.

Di gracias a Dios por su infinita misericordia, pidiéndole a la madre de la muchacha que, cada semana y por lo menos una vez, la trajeran a mi consulta.

Durante un período de tiempo que abarcó entre cinco o seis semanas, la jovencita estuvo en mi presencia. Yo, le pasaba las manos por encima de su cabeza y le daba una bendición, haciendo también que la observasen espiritualmente para que no fuera de nuevo atacada por otro ser. Por fin y pasados un par de meses desde el instante en que la viese por primera vez, la joven empezó a hablar, entrecortadamente sí, pero poco a poco recobró el habla con normalidad, los movimientos, la energía necesaria para caminar, la voluntad... En una palabra, se reencontró con sí misma y con su propia autonomía.

Di una vez más gracias al Señor por la bondad y misericordia derramadas sobre la muchacha y sus familiares ya que, esa joven que vino ante mí con igual inexpresividad que un «zombi», hoy, al cabo de seis meses, está perfectamente curada. Es un ser normal como otro cualquiera.

EL HOMBRE QUE MATO A SU PADRE

Hace algún tiempo tuve la visita de un joven de veintitrés años, de complexión robusta y atlética, acompañado de su hermana que contaba unas dieciocho primaveras.

Me explicaron ser propietarios de un bar en el que habían invertido la totalidad de sus ahorros, pero estaban preocupadísimos, porque a pesar de sus esfuerzos y las muchas horas de trabajo que dedicaban al negocio, las cosas, día a día, iban de mal en peor.

Dijeron asimismo que el muchacho, en ocasiones, captaba en su entorno una sombra de talante amenazador que se materializaba de forma demoníaca, hecho éste que le producía verdadero terror. Llevados por su ignorancia en estas cuestiones, por la buena fe, y sobre todo por el afán de liberarse de aquella espectral visión, habían realizado algunas sesiones de espiritismo, sin el menor resultado positivo. Al margen de todo lo expuesto añadieron, que tanto él como ella, tenían dificultades para respirar, se encontraban casi siempre fatigados y una inquietante confusión reinaba en el interior de su mente.

Hice sentar al hombre delante mío. Oré al Señor para que su Santo Espíritu estuviese en nosotros y con su luz y sabiduría nos guiase para realizar aquella obra de caridad si Él así lo deseaba.

Cuando terminé la oración me dirigí al joven –mejor dicho a *quien estaba dentro de él*–, preguntándole en el Nombre de Dios y de su Santo Hijo Jesucristo, si era hombre o mujer. No obtuve respuesta. En aquellos instantes no tenía a mi lado, como suele suceder en otras ocasiones, una persona con don de

videncia. No obstante yo sabía que aquel muchacho, al igual que su hermana, estaban poseídos.

Todas mis preguntas fueron contestadas con el mayor hermetismo. Total y absoluto silencio.

Al final, *le dije:*

–Sé que estás ahí, en el interior de este chico, y te conmino para que en el Santo Nombre de Dios, por el poder de su Santo Espíritu y en el Nombre de su Hijo Jesucristo, respondas a mis interrogantes. De lo contrario, te expulsaré del cuerpo de este joven. Pero si aceptas mis razonamientos y pides al Señor perdón y misericordia, Él, piadoso y clemente, te perdonará. De lo contrario, si te lanzo fuera de este cuerpo y te ato, detrás tuyo y más brillantes que la luz del sol, hay unos seres que se harán cargo de ti para conducirte hasta las tinieblas donde pagarás hasta el último céntimo de tus culpas y pecados. Así pues, en el Santo Nombre de Dios, ¡CONTÉSTAME!

La respuesta que obtuve fue escalofriante:

–Ni tú ni nadie me hará salir de este cuerpo. Lo mataré a él y a su hermana, sin que tú puedas impedirlo. Estoy en el infierno porque maté a mi padre y no tengo salvación. Mientras estuve en vuestro mundo nadie me quiso ni yo amé a nadie, y tuve siempre mi alma repleta de odio. Pero ahora ha llegado mi momento: PUEDO VENGARME Y HACER DAÑO Y NO PARARE HASTA DESTRUIRLOS.

Le rogué en el Nombre de Dios que me escuchara y que hiciésemos juntos oración para que Él se apiadase perdonándole sus culpas.

El muchacho tenía los ojos desorbitados mientras el ser que estaba en su interior utilizaba sus labios para dirigirse a mí. Yo, dada mi experiencia en el campo de la fenomenología paranormal, estaba completamente seguro de que se trataba de un caso de posesión absoluta y aquél ente era peligrosísimo ya que, al haberse posesionado de un joven de constitución atlética, podía atacarme en el momento menos esperado.

Así las cosas, me alcé de la silla y en el Nombre de Dios y de su Santo Espíritu, cogí por la espalda al poseído y activando mis músculos quise arrancar de su cuerpo al ser maligno. Pero ocurrió que como aquel día no pensaba trabajar mi ingesta había sido copiosa, lo cual me impidió desenvolverme con la soltura que en mí es costumbre. Era consciente de estar handicapado y de ahí que los esfuerzos que estaba realizando no arrojasen el resultado positivo que cabía esperar.

El ente, furioso y embravecido, me gritaba:

–¡No podrás conmigo! Ni tú, ni nadie.

Tuve la íntima convicción de que el ser maligno estaba «atado» al joven; que se aferraba al poseso con unas cuerdas mentales tan efectivas en aquel reducto de tinieblas, como podía serlo una gruesa cuerda material en el mundo en que nosotros vivimos.

Le dije:

–Sé que estás «atado» a este muchacho, pero en el Nombre de Dios y de Jesucristo y por el poder de su Santo Espíritu, rompo (y al decir estas palabras con las dos manos sobre su pecho, hice como quien rompe unas cuerdas, repitiendo la operación sobre su vientre) **estas cuerdas de iniquidad con que has estado maniatando a este hermano... ¡quedan rotas!**

Pero como consecuencia de mi agotamiento no conseguí expulsarlo. El cansancio no procedía de la lucha que estaba manteniendo con aquel ente diabólico, sino, como ya he dicho antes, a causa de una ingesta alimenticia superior a la normal, «alegría» que me permití porque no entraba en mis cálculos trabajar aquella tarde. Es obvio que para realizar este tipo de exorcismos se necesita estar en impecables condiciones físicas, psíquicas y espirituales, por lo cual, una digestión pesada o lenta no favorece en absoluto la tarea difícil que debe llevarse a término.

Por todas estas razones, aquel ser seguía resistiéndoseme.

Puse la mano encima de la cabeza del muchacho, al tiempo que recitaba:

Te aplasto, en el Nombre de Dios, y arranco de tu alma toda la fuerza. Así como te lo digo, así será por el poder de nuestro Dios.

Le vi jadear y encogerse. Su mirada era tan fija y midriática como la de un muerto. Me levanté, anunciando:

–Hermano, basta por hoy. Pero te digo, tan cierto como que Dios existe, que te arrancaré de este cuerpo si no te rindes a su perdón y misericordia.

Mirándome con pupilas heladas en las que chispeaba un odio terrible, respondió:

–¡No podrás conmigo!

Le repliqué:

–Menudo susto te has llevado...

–Es cierto –respondió el ente maligno–, **pues has destruido todos los hilos con que tenía atado a este hombre. Pero aunque ahora me encuentro exhausto, lo ataré de nuevo y más duramente. Y volveré a verte, PERO NO SOLO. ¡Y verás lo que te ocurre entonces!**

–Te esperaré, hermano. Y quien lo va a pasar mal serás tú.

Le dije a su hermana que volvieran el miércoles, dado que yo podría contar con el concurso de una vidente ya que, esos casos, si bien puedo resolverlos con la ayuda del Señor, es mucho más fácil para mí llevarlos a buen puerto con la ayuda de un vidente.

Para la fecha convenida cité en la consulta a un buen amigo que tiene dones de videncia pero, transcurridas dos horas y en vista de que el muchacho no se presentaba, mi auxiliar hubo de ausentarse dado que no podía dedicarme más tiempo.

No habían transcurrido apenas diez minutos desde el instante en que mi amigo se ausentara, cuando sonó el timbre de la puerta.

Vi al joven. Pero a través de sus ojos me miraba aquel ser nauseabundo lleno de odio y tinieblas.

¿Eres tú, verdad? –le pregunté.

Sí, yo soy. No te equivocas.

–Pasa y hablaremos.

–No quiero entrar y mucho menos mantener una conversación contigo. ¡Me marcho!

Empezó a bajar las escaleras y cuando justo se encontraba en el rellano inferior, le dije:

Hermano, arrepiéntete de tus pecados y el Señor tendrá misericordia de ti, te perdonará, y hallarás la paz y el reposo que tu alma necesita. Por favor te lo pido, ¡arrepiéntete!

Revolviéndose hacia mí, estrábica la mirada y encendidos los ojos como si de un loco agresivo se tratara, crispado por un nerviosismo paralelo a la exacerbación, aulló:

–¡NECESITO AYUDA!

A lo que yo, repuse:

–En el Nombre de Dios, sube y la tendrás.

Me obedeció, manso como un inofensivo cordero.

Hice que tomara asiento delante de mí, y pronuncié:

–Hermano, sé de tu odio, sé cuanto sufres, sé que llevas una cruz muy grande en tu pecho y que vas vestido como los penitentes de Semana Santa. Veo también que cubres tu rostro con un capirote. Si llevas la CRUZ es que crees en Dios o has creído en Él alguna vez. Por tanto, vamos a orar al Señor para que perdone tus pecados.

Oramos y el Señor le concedió la benevolencia de su perdón misericordioso.

Cuando yo le inquirí acerca de si aceptaba marchar en paz con los seres de luz, aceptó en Nombre de Dios, y lo entregué en manos de sus Angeles Santos. Que el Señor, nuestro Dios, perdone sus fechorías y pecados.

Este es el punto y final a este caso que resultó tremendamente duro para mí.

LA JOVEN QUE HABLABA CON VOZ DEMONIACA Y TENIA AUSENCIAS

Uno de los casos más claros de posesión maligna que he podido contemplar, vino a mí hace algún tiempo, caída la tarde, cuando ya las manecillas del reloj habían rebasado las diez de la noche.

Me telefonearon desde una ciudad próxima a Sabadell pidiéndome por favor que les recibiera, dado que se trataba de un asunto de *vida o muerte*. La persona que se encontraba al otro extremo del tendido telefónico dijo ser curandera, confesando al mismo tiempo que estaba terriblemente asustada. Le respondí que era muy tarde, que había tenido una jornada muy dura, que estaba cansado pero, que aún así, observaría al poseso para emitir mi opinión.

No transcurrió una hora tan siquiera cuando ya estaba sonando el timbre de mi domicilio. La mujer que me había telefoneado contaba unos treinta y cinco años, su presencia era afectuosa y agradable, y me presentó a un matrimonio compuesto por dos jóvenes. La esposa resultaba ser casi una niña, de facciones dulces y expresión bondadosa. Su marido era un joven físicamente agraciado.

La curandera pidió hablar a solas conmigo, para hacerme un resumen del caso que traía hasta mí. Empezó diciéndome que aquel matrimonio atravesaba un verdadero via crucis, un auténtico calvario, ya que la muchacha, el día anterior, tomando un cuchillo de cocina, había intentado asesinar a sus dos hijitas. La tragedia no llegó a consumarse porque el marido y otro señor que accidental y afortunadamente se encontraba en

aquel momento en la casa, pudieron impedirlo. Pero ocurrió que de entre los labios de la joven madre surgía una voz espantosa que les amenazaba, lo cual, impactó con verdadero terror tanto al marido como al hombre que había intervenido para evitar que el horrible crimen se realizase.

En este punto interrumpí a la bondadosa curandera, diciéndole:

–No me cuente nada más, señora. El resto, prefiero verlo por mí mismo.

Pasamos a mi despacho, tomando asiento todos. A mi izquierda lo hizo la muchacha afectada. Enfrente, su marido y la sanadora.

Dirigiéndome a la joven madre, quise saber:

–¿Es cierto que ayer intentó causar daño a sus dos hijitas?

Rompió en lastimero llanto respondiendo entre sollozos que ella adoraba a sus hijas, que no era consciente de que *aquello* hubiese podido suceder y que no se acordaba absolutamente de nada.

Resulta que con anterioridad psiquiatras y psicólogos, le habían diagnosticado esquizofrenia y paranoia, con pérdida de consciencia y ausencias. Había estado internada en establecimientos psiquiátricos y experimentaba un profundo terror al hecho de que volviesen a encerrarla.

La consolé con palabras de aliento mientras depositaba mi mano, con ternura y suavidad, sobre la suya, diciéndole:

–Todo está bien, hijita. Teniendo fe en Dios podremos arreglarlo todo. Tranquila, ¿eh?.

Después, me volví hacia el marido, interrogándole acerca del tiempo transcurrido desde que su esposa manifestase por vez primera aquellas anomalías. Pero no pudo responderme porque desde mi izquierda, donde se encontraba la joven señora, surgió algo muy parecido al gruñido de un lobo o un perro... Al torcer la cabeza comprobé con estupor que aquella joven que minutos antes mostraba una expresión comprensiva y dulce, incluso triste y desvalida, ahora... *ahora tenía la boca abierta, los labios y la nariz alzados en talante agresivo, mostrando los dientes en igual actitud amenazadora que lo hubiera hecho la más agresiva de las bestias.* Las facciones de su rostro habían cobrado una crispación distorsionada, estremecedora; los ojos eran vidriosos e inexpresivos en contraste con el fulgor

virulento de su expresión, como si detrás de sus pupilas no existiera el menor residuo de vida.

Luego, de su boca, surgió una voz siniestra que –si bien en mi largo recorrido y en mis muchas experiencias en esta difícil vertiente del *exorcismo* he visto y oído voces y comportamientos humanos (y no tan humanos) de todas formas y maneras, y muchas de ellas verdaderamente terribles–, durante unos segundos , me dejó, no sé todavía con exactitud, si sorprendido o atemorizado. La voz era uno de esos registros que los trucos y la «magia» del cine consiguen en las películas de terror para estremecer a los espectadores... Pero, escuchada en labios de aquella joven de físico agradable, resultaba más que estremecedora, tan incomprensible como espectral.

Dijo, textualmente:

–Me voy a lanzar sobre tí para destrozarte.

El corazón me dio un vuelco y seguro que la adrenalina se disparó más de lo preceptivo.

No obstante, avancé hacia ella sin moverme del asiento –la silla que suelo ocupar tiene movimiento a merced a unas ruedecitas–, mirando con fijeza sus ojos, al tiempo que preguntaba:

–¿Qué haces dentro de esta muchacha, fanfarrón?

Repitió su amenaza de antes:

–¿Me abalanzaré sobre ti para destrozarte!

–Fanfarrón lleno de odio y tinieblas, ve con cuidado, porque tu poder no es más que un puñado de polvo lanzado contra el viento. Eso que tu supones «poder», no es nada. ¡Absolutamente nada!.

–¡Te voy a destruir! –repitió el ente maléfico.

Tras la nueva bravuconada hizo además de abalanzarse sobre mí.

Pero reaccioné con rapidez y aferrándole por el brazo con energía, dije con autoridad:

–Siéntate aquí, delante mío, y escucha bien lo que te digo: No pretendas asustarme pues los seres como tu no me inspiran el más mínimo temor. Ni un millón de todos vosotros conseguiríais aterrorizarme. Así pues, en el Nombre de Dios, respétame, como yo te respeto, porque de lo contrario vas a ser tú, TU, quien sentirá terror.

Clavó sus ojos en los míos con fijeza, anunciando:

–Veo que no te asustas de mí, que sostienes mi mirada...

Entonces se produjo una extraña metamorfosis y *su voz* volvió a ser la de aquella dulce joven, al proseguir:

–No, no me tienes miedo.

–¿Sabes por qué? –le pregunté con cierta ironía. Y yo mismo le dí la respuesta–: **Porque creo en Dios con toda mi alma. El, es el único verdaderamente fuerte y poderoso. Así que, hablemos, y quizá El tenga misericordia de tí, se digne perdonarte y te conceda la salvación. Lo único que te pido es que respondas a mis preguntas. Dime, ¿dónde está la chica?**

–Fuera..., la he expulsado y ahora soy yo el que manda en su cuerpo, pues es totalmente mío. (1)

–¿Hace mucho tiempo que vas con ella?

Desde que era pequeña. Al principio se me hacía difícil controlarla porque cree en Dios y eso me molesta. Suele rezar, sí... Pero ahora he conseguido imponer mi fuerza y salgo cuando quiero porque puedo superarla en poder.

–¿Es cierto que ayer intentaste matar a sus hijitas?

–¡También son mías!, ¿sabes? Ese par de pendones son realmente mis hijas.

–¿Tus... HIJAS?

–¿Te sorprende, verdad? ¡Pues es cierto! Porque el único QUE SE JODE A ESTA PUTA SOY YO. El cornudo que tiene por marido, si intentase tocarla, sabe que lo mataría. Ella es mía, UNICAMENTE MIA. Muchas veces, cuando necesito experimentar placer, la masturbo, y el gusto lo siento yo.

En verdad, la confesión de aquel ente diabólico, resultaba estremecedora.

No obstante, le dije, con voz pausada y tranquila:

Hermano, veo que estás inmerso en las tinieblas y rezumas odio... Te crees fuerte y no eres más que un pobre fanfarrón. Tienes aterrorizada a esta muchacha, a su marido, a todos sus familiares, e incluso a la buena mujer que la ha traído hasta aquí. Pero has cometido el gravísimo error de venir a mi casa.

(1).–Cuando el ente maligno dijo «haber echado fuera a la chica», se estaba refiriendo al hecho de que en el cuerpo de la joven sólo estaba él. Por eso cuando obraba el mal, ella no podía acordarse de lo sucedido, por la sencilla razón de no ser consciente de los hechos. He aquí los lapsos de ausencia que los psiquiatras no alcanzaban a comprender.

Te las prometías muy felices pensando que también a mí me aterrorizarías, ¿verdad? Pero ya estás viendo que la realidad es muy diferente a lo que tu imaginabas. Ahora, hermano, te voy a decir en el Nombre del Señor, que si te arrepientes de corazón, El tendrá misericordia de ti y podrás partir en paz al encuentro del camino que conduce a la vida, el amor y la felicidad.

Su respuesta, en cierto modo, no dejó de ser desconcertante. Incluso podía pensarse, en principio, que un tanto cínica.

–Pienso que tienes razón ya que siempre me ha parecido que dentro de esta chica se halla un demonio maligno. Yo soy malo, sí, pero no tanto.

–Tus palabras están repletas de verdad –le respondí. Añadiendo–: **Cierto que dentro de esta pobre muchacha hay un diablo. Pero ese diablo... ERES TU. Así las cosas, lo más sensato es que oremos al Señor y El tendrá misericordia de tí.**

Me respondió el ente maligno:

–Sí, hagamos oración. Creo que hoy es el día en que debo abandonar el cuerpo de esta mujer.

El espíritu perverso, al hablarme así, creyó engañarme. Pero yo tenía la íntima certeza de que trataba de burlarse, aunque decidí seguirle el juego.

Hicimos oración conjuntamente y al término de la misma, le pregunté:

–¿Aceptas la misericordia salvadora que el Señor te ofrece por la mediación redentora de nuestro Santo Hermano y Señor Jesucristo?

Surgió la exclamación brutal, grotesca y desafiante:

–No... ¡JA, JA, JA! ¡Cómo te he engañado!

Con una sonrisa triste puesta en mis labios ya que la diabólica hilaridad y terqueza de aquel espíritu errante me producía más tristeza y pesar que otra cosa, le contesté:

–No, no me has engañado. Pero me siento cansado, es tarde ya, y pienso que debemos dejarlo para otro día. Te invito a que comparezcas en este mismo lugar dentro de setenta y dos horas. Y te aconsejo que emplees ese lapso de tiempo en orar al Señor porque, de lo contrario, tan cierto como Dios existe, te arrancaré del cuerpo de esta joven, te ataré, y será conducido al infierno de la desolación donde purgarás tus culpas hasta el último día. Te he ofrecido en el Nombre de Dios y el de su Hijo Jesucristo su misericordia y benevolencia... Y no es de mis palabras

de las que te has burlado sino de las del Señor. Así pues, te emplazo para dentro de tres días.

–¡No vendré!.

–Vendrás y tú lo sabes. Como hay Dios que lo harás. Soy para tí un reto y no podrás sustraerte a la tentación de medir tus fuerzas conmigo. Entonces descubrirás si realmente tienes todo «eso» de lo que presumes. Te crees fuerte y poderoso, y yo te digo en el Nombre de Dios y de Jesucristo y por el poder de su Santo Espíritu, ¡fuera de este cuerpo!

Lo aparté de un empujón. Entonces se produjo la metamorfosis y la joven volvió a ser ella. Preguntó, parpadeando:

–¿Qué ha pasado?

–Nada –le respondí. Y dirigiéndome a su marido, amplié–: Vuelvan dentro de tres días para concluir lo que hoy hemos iniciado.

Transcurrido aquel período regresó el matrimonio, la sanadora y otro señor.

El hecho de que hubiera concurrencia no era desde luego de mi agrado. Cuando me concentro en estas labores espirituales me preocupa que hayan espectadores en el entorno. No es positivo ni recomendable. Por la elemental razón de que si se trata de personas emotivas y sensibles, *acompañadas de almas malévo las*, éstas, es más que probable que se solidaricen y ayuden al espíritu que yo pretendo expulsar.

De todas formas y por cuestión de ética no les rogué que salieran del despacho. Hice sentar frente a mí a la joven esposa poseída por el ser inmundo, déspota, fanfarrón, maligno, inmisericorde, dueño de una sabiduría serpentiforme, y a mi izquierda, se acomodó mi estimada vidente la señorita Montse –joven que fue atacada por espíritus *poltergeist,* liberada gracias al Señor–, con la cual habíamos preparado una trampa a aquel perverso demonio con el ferviente deseo de atraparlo de la manera más rápida posible.

Así las cosas y teniendo al ente de cara a mí, le dije:

–Estamos reunidos en el Santo Nombre de Dios y de su Santo Hijo Jesucristo y por el poder de su Espíritu, yo te conmino, ser de tinieblas y mentiras y te digo... QUE TE ARRANCO DE ESTE CUERPO EN EL NOMBRE DE DIOS Y DE JESUCRISTO Y POR EL PODER DE SU SANTO ESPIRITU, y te pongo dentro de esta joven –me esta-

ba refiriendo a Montse, la vidente–, **diciéndote: TE ATO Y ARRANCO DE ESTE CUERPO PARA ENTREGARTE A LOS ANGELES DEL SEÑOR, para que ellos te lleven al lugar que Dios te dará, lo que en su justicia quiera darte.**

Y lo expulsé del cuerpo de Montse.

En el momento de invocar el nombre de Dios y de Jesucristo la joven esposa había pasado a una especie de trance, o sea, de total posesión por parte del ser inicuo que la torturaba. Al arrancarlo del cuerpo de la vidente, la casada prosiguió en idéntico estado, cual si continuase poseída. Luego, al disponerme a pasar mis manos por encima de la cabeza de la muchacha, observé que la curandera y el hombre que la acompañaba esbozaban unas sonrisas escépticas.

Ella, anunció:

–*El ser continúa dentro de la joven.*

Y el desconocido, agregó:

–*Estoy por completo de acuerdo. Yo soy vidente y no he observado absolutamente nada.*

–Estimados señores –contesté–, creo que por ser ustedes hipersensibles han quedado influenciados por ese ser tenebroso.

–*Bueno* –repuso la sanadora–, *eso no pasa de ser una opinión muy personal suya.*

Empezaba a sentirme un poco molesto. Pero aún así y conservando las buenas formas como es mi costumbre, dije:

–Señora, les he dejado estar presentes en contra de mi voluntad y por educación. Pero le voy a aclarar un concepto, señora: No es usted quien me está hablando, sino el espíritu que la acompaña y que se supone que es su guía. Porque usted es una *médium*, ¿cierto? Y si lo desea, puedo demostrarle que no estoy equivocado.

Muy segura de sí misma, me contestó con acento desafiante:

–*Sí lo desea...*

–Siéntese frente a mí.

Cuando lo hubo hecho la tomé de las manos preguntándole al ser que llevaba dentro si era hombre o mujer.

–*Soy su guía espiritual* –repuso.

Y al interrogarle acerca de quién la guiaba a ella, pues era hembra, me dijo:

–*La curandera.*

Yo, respondí:

–Si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el mismo agujero. ¿Cómo puedes decir que eres su guía si estás ciega para la verdad?

Acto seguido le pregunté si deseaba orar respondiéndome que no. Lo arranqué del cuerpo de la curandera dejándola sin la supuesta guía, que no era tal, sino un ente que amargaba la vida de aquella mujer.

Una vez lejos de mi domicilio, ya en la calle, la curandera y el vidente que la acompañaba, viéronse acometidos por náuseas y mareos, estando en un tris de caer desmayados. Creo que fue por causa de aquel ser demoníaco y los que «acompañaban» a la sanadora y su desconocido amigo. No he vuelto a saber nada más del joven matrimonio, y es que supongo que ni la curandera ni el vidente quisieron perder a los dos jóvenes que engrosaban su lista de clientes.

LA MUJER SANTIFICADA

Ocurrió hacia finales de 1980.

Al mediodía, terminado el culto, acudió a nosotros un matrimonio con el que habíamos tenido relación anteriormente, y nos fue presentada la hermana de la esposa.

Acomodados en la sala donde solemos recibir las visitas la señora nos puso en antecedentes sobre su hermana que adoptaba una actitud mística evidenciada en prolongados silencios, truncados sólo por la conversación que cualquier miembro de la familia abriese con ella. Dicho de otra forma: era como si la dama viviese en un permanente estado de ausencia y aislamiento, ajena por completo a lo que la rodeaba. A tal extremo llegaba su abstracción, que se despreocupaba por la comida. Los familiares debían de insistir para que ella se percatase de que tenía el plato, delante, encima de la mesa.

La miré atentamente calculando que podía estar entre los 45 y 50 años. Su aspecto sosegado y tranquilo, transpiraba un halo beatífico denotando al mismo tiempo una total indiferencia hacia el mundo y por supuesto hacia la conversación que estábamos manteniendo.

Obviamente la preocupación de sus allegados se circunscribía al hecho concreto de que la mujer, pese a convivir con ellos, lo hacía inmersa en su mundo interior, cerrada en sí misma.

Tras mirarla unos segundos en silencio decidí preguntarle:

–¿Hermana, cree usted en Dios?

–*No sólo creo en Dios* –repuso serenamente– *sino que estoy en El y El vive en mí. Los míos no pueden comprenderme, pues*

aunque mi cuerpo está en este mundo, mi alma se encuentra en Dios.

Tengo que reconocer que me sorprendió aquella respuesta llena de espiritualidad.

Traté de razonarle el hecho de que debía esforzarse por comprender y amar a los suyos, ya que el sacrificio que éstos hacían para alimentarla y vestirla bien merecía la recompensa de su cariño.

–*Mi familia no ve con los ojos del espíritu –anunció–, no comprenden que yo trabajo siempre pero que lo hago en otra dimensión. No pueden entender que esté llevando a cabo las obras que el Señor me encomienda.*

Mientras la mujer se expresaba en estos términos, mi presidente y pastor de nuestra Iglesia, el hermano J.C.X., que estaba presente en la entrevista, me dijo que detrás de aquella persona se encontraba un espíritu satánico, un espíritu de las tinieblas, sin luz en el señor. Llevaba una túnica talar y en la cabeza una tiara.

Eso nos hizo comprender que nos encontrábamos frente a un caso de posesión que se manifestaba en unas coordenadas de santidad, espiritualidad y sabiduría por completo falsas.

Tras la pausa, la interrogué de nuevo, en estos términos:

–Hermana... ¿Ha tenido en alguna ocasión malos pensamientos? ¿Deseos de dañar a alguien? ¿Ha experimentado la necesidad de suicidarse?

Movió la cabeza negativamente y luego dijo:

Jamás. El Señor me protege, me habla y me guía.

A pesar de lo que me había dicho mi pastor un sinfín de contradicciones entrechocaron en mi mente. Me costaba admitir que aquel hablar sereno y rebosante de beatitud fuera la manifestación de un espíritu malévolo.

Pero debía insistir. Le pedí que me diese sus manos y accedió sin la menor objeción, como también fue aquiescente al hecho de permitirme hablar, a través de ella, con la voz que se le comunicaba y que de acuerdo con lo manifestado por la mujer era la del Señor. En el momento que yo tomaba sus mano, el hermano y vidente J.C.X., me alertó de que el espíritu la tenía fascinada y controlada de tal forma que difícilmente podríamos conseguir nada sin la ayuda de Dios.

Yo, decidí comunicarme con el espíritu, diciéndole:

–Nosotros somos cristianos y amamos al Señor. Te pido en el Santo Nombre de Dios Eterno y de su Santo Hijo, Jesucristo, que respondas a mis preguntas, y te ruego, si existe un poco de luz y amor en tu alma, que desates los inicuos lazos con que tienes atada a esta hermana. Pues si bien tú puedes engañar a muchos con tu pretendida santidad, sabemos que eres un espíritu lleno de tinieblas y falacias, sin luz en el Señor. Por ello te conmino, en el Santo Nombre de Dios vivo, a que respondas.

Ni una sola palabra brotó por entre los labios de la mujer que decía hablar por boca del espíritu. Era como si se hubiese apartado de ella, aunque sin duda seguía manteniéndola sujeta y controlada.

Dejé las manos de ella preguntándole si no había acudido respuesta alguna a su mente mientras yo le hablaba. Tan sólo respondió que Dios estaba en su interior y que obedecía sus mandatos.

Yo, seguía sin los argumentos necesarios que me permitiesen confirmar de manera fehaciente que aquella mujer estuviese poseída por un espíritu maligno. A pesar de que J.C.X. lo veía con total claridad. Rogamos al Señor suplicándole espíritu de sabiduría y discernimiento para *ver* y comprender.

Cuando concluimos las oraciones, insistí:

–Señora, ¿cuándo escucha la voz de Él la oye como la mía? ¿O es como un pensamiento que acude a su mente? Me gustaría que confiase en mí para explicarme lo que oye..., pues debe entender que la comprendo perfectamente y no me burlaré. Lo único que nos motiva es su bienestar.

Con una tenue sonrisa en los labios, respondió:

–Se lo contaré todo porque usted me inspira confianza.

Le di las gracias y acto seguido empezó su relato:

–Desde pequeña supe que la gracia de Dios se había depositado en mí. El sacerdote del pueblo estaba al corriente de ello. No obstante las personas del mundo y mi familia decidieron internarme en un centro psiquiátrico. Ellos, no oían ni veían lo que yo.

»Al abandonar la casa de salud vine a Barcelona con los míos... Pero ya que usted me ha preguntado lo que me dice Dios, se lo explicaré: EL MUNDO ESTA LLENO DE MALDAD Y EL SEÑOR LO DESTRUIRA, PUES EL FIN ESTA MAS CERCANO DE LO QUE MUCHOS SE IMAGINAN.

Cuando este infierno haya sido destruido y no quede nadie sobre él, salvo aquellos que el Señor preserve, Dios bajará para crear una nueva raza de seres puros y santos; una raza que no tendrá más objetivo que servir a Dios.

Tratando de dominar mi sorpresa quise saber si Él formaría una nueva raza como hiciera en su día partiendo de Adán y Eva.

–No, no será así –repuso–. *Dios está preparando el cuerpo de una mujer que jamás ha cometido pecado para casarse con ella y de esta unión santificada, surgirá la nueva humanidad. La mujer...* SOY YO.

Un aire gélido me heló el alma al escuchar aquellas palabras. No pude contenerme y exclamé: «¡Dios mío, apiádate de esta hermana y de este espíritu rebosante de tinieblas y maldad!».

Quise provocarla, inquiriendo:

–Así, ¿será usted tan grande como la Virgen María, verdad?

Sin que la sonrisa beatífica que asomaba a sus labios perennemente estereotipada, se borrase, me respondió con dulzura:

–Seré superior... Dios me ha escogido para ser su esposa y sé que Él dice la verdad.

Una vez más insistí, expresándome con estas palabras:

–¿Cree que yo la quiero engañar o confundir?

Ella exclamó al instante:

–¡No, no...! Pero aunque quisiera no iba a conseguirlo porque Dios está conmigo.

Haciendo acopio de toda mi capacidad de convicción le rogué que prestase atención a lo que iba a decirle. Y tras una pausa fugaz, dije, interrogante:

–¿Sabe usted que existen espíritus de mentira y falsedad que se hacen pasar por ángeles del Señor, por Jesucristo, o como en su caso, por el mismo Dios? Verá, buena mujer... Puedo contarle el caso de un amigo mío que aseguraba escuchar la voz del Señor; fue encerrado en un manicomio del que no ha vuelto a salir. ¿Es consciente, señora, de que si todo lo que acaba de decirme lo repite usted en presencia de un psiquiatra éste dispondría de elementos suficientes para decidir su internamiento?

Hice un nuevo esfuerzo suplicándole que meditase en profundidad cuanto acababa de manifestarme, que escudriñase la

auténtica verdad que vivía en su interior y que no era otra que el hecho terrible de estar fascinada y poseída por un ser maléfico y tenebroso.

Ella, con una expresión de paz ciertamente estremecedora, respondió:

–*No estoy equivocada. Seré la esposa de Dios en este mundo.*

Volví a insistir en la necesidad de que meditara acerca de su actitud y palabras. Entretanto cambié impresiones con el matrimonio que la acompañaba y junto al hermano J.C.X. establecí el diagnóstico. Tomamos la decisión de invitar a la familia para el próximo domingo con la finalidad de apartar, someter y entregar a los hermanos de la luz, aquel demonio perverso lleno de tinieblas e ignorancia que poseía a la infortunada mujer.

Luego, oramos al Señor. Justo entonces ella empezó a exponer los pensamientos más recónditos que aquel espíritu le inspiraba. Fuimos conscientes de la gravedad del caso y del grado de posesión alcanzado por el ente malévolo sobre aquella mujer, y le rogamos encarecidamente que nos visitara en fecha próxima.

Pero no volvimos a saber de ella ni de sus familiares. Seguro que el ser que la sojuzgaba *trabajó* en su mente para que así sucediera.

Estábamos convencidos de que con auxilio divino habríamos podido ayudar a la poseída desligándola del ser maligno, pues ambos conformaban un mismo pensamiento, una simbiosis cuerpo-espíritu-mente, que hubiésemos vencido con la ayuda del Señor.

Creemos, en fin, que confiando en Dios y en nuestra palabra, ella habría acabado por dudar de sí misma y de sus pensamientos, hechos ambos que la hubiesen conducido a la salvación, una vez expulsado el espíritu ignorante y pleno de tinieblas que vivía en su interior.

Pero, antes de terminar, me gustaría extenderme en algunas consideraciones. Cuando nosotros extirpamos con la ayuda del Señor y en su Santo Nombre, un espíritu malévolo de la persona poseída, quedan en la mente de ésta y también en su alma, residuos de los pensamientos que su «amo» le imponía, los cuales sólo pueden ser eliminados, oraciones al margen, con la

negación inicial de las ideas malignas que le fueron inculcadas. Luego, con el transcurrir del tiempo, la vuelta psíquica a la total normalidad es factible.

Volviendo al caso concreto a que nos estábamos refiriendo, cuando acabamos de hablar con la mujer le rogamos que se sentara para bendecirla en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y mientras los demás hermanos y yo poníamos las manos en su cabeza, percibí un perfume con olor a incienso, tan penetrante, que a punto estuve de marearme. Mirando a la derecha, donde se hallaba el hermano vidente J.C.X., le pregunté en tono quedo:

–¿No percibes el olor?

Cabeceó afirmativamente al igual que su hijo y el hermano B.B., también presente. Todos tuvimos la misma sensación que si nuestras manos se encontrasen encima de un incensario. El espíritu tenebroso, falaz e ignorante, quiso ofrecernos una prueba de su santidad y poder, pero nosotros éramos plenamente conscientes de que aquel perfume no era otra cosa que la manifestación de un ente diabólico y falso, que sólo se amaba a sí mismo y a las creaciones de su mente pervertida por el pecado. Pero, como ya hemos dicho antes, no volvimos a tener la menor noticia de aquella mujer ni de su familia.

Expuesto el caso, sólo pido a Dios, Padre Eterno, Clemente y Misericordioso, que tenga piedad de esta hermana engañada por un demonio pérfido y sutil y que su alma quede liberada de las ataduras de ese ser infernal, para que pueda encontrar la paz y luz verdaderas que sólo el Señor ofrece.

LA JOVEN QUE SE CREIA POSEIDA POR EL DEMONIO

Aunque parezca una macabra ironía debo confesar que eran exactamente las doce de la noche –la supuesta hora de las brujas–, cuando la campanilla del teléfono repiqueteó causándome, al instante, extrañeza y cierta preocupación.

No es normal que alguien elija momento tan intempestivo para efectuar una llamada telefónica. Lo lógico es pensar, de inmediato, que se trata de algo urgente, perentóreo. Al menos, para quien ha decidido telefonear.

Así era, en efecto.

Se trataba de una madre, nerviosa y desesperada, que me confesó a las primeras de cambio tener un gravísimo problema con su hija, la cual contaba veintiocho años de edad. Atropelladamente me explicó que la muchacha había sufrido un cambio brutal, alarmante, a raíz de haber efectuado un viaje a Palma de Mallorca: se había vuelto agresiva, apenas entraba en conversación, miraba siempre con unos ojos extraños (tan diferentes a los de antes), lloraba con frecuencia y su estado manifestaba una profunda depresión. Se negaba, además, a ingerir alimentos. El médico habíase limitado a prescribir unos fármacos (calmantes) que no surtían el menor efecto. La muchacha no había mejorado lo más mínimo.

Me contó la afectada madre que el día anterior, su hija, hizo intento de estrangular el gato con sus propias manos, pero el felino se revolvió con inesperada agresión, arañándola, pese a lo cual la muchacha prosiguió en su bestial intento hasta conseguir que el bicho muriera no sin antes la dejase ensangrentada con sus afiladas zarpas.

Según me explicaba la angustiada mujer, su hija, antes de que se produjera aquella extraña e inexplicable metamorfosis, se había mostrado siempre como una joven agradable, simpática, muy sensitiva, cordial y afectuosa, extrovertida, y muy respetuosa con sus mayores y amistades. El cambio había sido tan repentino, brusco y estremecedor, que la madre a duras penas reconocía en *la de ahora* a su hija *de siempre*. Me dijo, además, que su miedo había ido *increscendo* desde el instante que echara en falta un cuchillo de cocina que suponía en poder de su hija, oculto, con la evidente intención de causar daño a alguien; y ese alguien podía ser la propia madre.

Cuando la pobre señora acabó de explicarme sus cuitas y temores, le dije:

Mire, tal como está su hija en este momento, difícilmente accederá a una entrevista conmigo. Tengo la certeza de que lleva en su interior un espíritu enfermo y en tinieblas. Intentaré hacer exorcismo para arrancarlo de su cuerpo. Llámeme dentro de una hora y le explicaré cómo ha funcionado la experiencia.

Apenas colgar el teléfono me hice de nuevo con el aparato para comunicarme con Santander, donde se encontraba disfrutando de sus vacaciones la joven vidente de 15 años que solía colaborar conmigo, explicándole:

Sonia, voy a orar al Señor por una joven que vive en Barcelona.

Luego, le trasladé con todo detalle la conversación que acababa de mantener con la madre de la afectada.

Tras el relato, inicié la oración:

–Estamos reunidos en tu Santo Nombre, Señor, y en el de tu Hijo Jesucristo, y te suplicamos que tu Santo Espíritu esté con nosotros para que se cumpla tu Santa Voluntad. Te pedimos señor por esta hermana residente en Barcelona, rogándote que con tu Espíritu y tu Luz, ilumines el alma y la mente de esta joven que tanto sufre y que si está a su lado o dentro de ella el alma en tinieblas de un hombre o una mujer, la hermana Sonia pueda verla con la forma exacta que tenía cuando estaba en la tierra. Te lo pedimos en el Santo Nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

Cuando acabé de orar, la hermana Sonia me dijo:

–Señor Mora, veo un hombre que parece loco y negro como

la muerte, de unos cincuenta años, cabello gris peinado hacia atrás, cejas hirsutas, que mide aproximadamente un metro setenta y cinco y se halla dentro de ella. Es peligroso y maligno.

–Le respondí:

–Sonia, tú mira bien y escucha: Señor, estamos reunidos en tu Santo Nombre, en el de Jesucristo y el de tu Espíritu. Te pedimos que tus Angeles Santos estén presentes para que nos ayuden con su consejo y Espíritu a realizar esta obra de caridad.

Luego, me dirigí al ser lleno de confusión y tinieblas que poseía a la joven barcelonesa, diciéndole:

–Hermano, en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso, en el de Jesucristo, y por el poder de su Santo Espíritu, te digo que: Yo te conjuro en el Santo Nombre de Ellos y por el poder de sus Espíritus Santos, te digo: Te ato con una ligadura indestructible, en el Santo Nombre de Dios y de su Hijo Jesucristo, y te ato por el poder de su Santo Espíritu, entregándote a los Angeles de Dios para que ellos te conduzcan al lugar que el Señor te otorgue con su justicia o misericordia.

Luego, tomando de nuevo el teléfono, inquirí:

–Sonia... ¿cómo ha ido?

Lo siento Jorge. A este ser no lo has podido atar.

–No te preocupes –contesté.

Volví a conjurarlo, cogiéndolo ahora, y lo entregué a los seres de luz para que lo llevasen a un lugar desde el que nunca jamás podría volver a perjudicar a nadie, ya que no existe el retorno.

Dimos gracias al Señor y luego telefoneé a la señora para que me explicase en qué estado se hallaba su hija en aquellos momentos.

–Se encuentra en su habitación y parece tranquila y calmada.

Contesté que la mantuviera en observación durante los próximos días y que si no mejoraba totalmente le pidiese al Señor que le concediese trasladarla hasta mi consulta para escrutar su espíritu.

Le dije eso porque es frecuente que cuando un ser lleno de odio, tinieblas y confusión, ataca a un mortal, al desaparecer deja el cuerpo y la mente del agredido/a lleno de impurezas. Por tal motivo se requiere a posteriori una terapia adecuada

hasta conseguir el total restablecimiento psicosomático del afectado.

Fechas más tarde me llamó la atribulada madre contándome que aquella mañana su hija había intentado suicidarse arrojándose por el balcón. Afortunadamente pudieron impedirlo trasladándola de inmediato a la consulta de un neuropsiquiatra, quien diagnosticó que debía ser ingresada de inmediato en un centro psiquiátrico. Pero intervino un matrimonio amigo de la familia ofreciéndose para trasladar a la joven a una finca que poseía en la montaña.

Le aconsejé que era una medida más prudente y efectiva la del internamiento en la clínica, pues el reposo psiquiátrico ayudaría, al menos, a un restablecimiento momentáneo. Añadí que cuando le diesen el alta y se encontrara más tranquila la llevase a mi consulta.

He tratado cientos de casos similares y sé por experiencia que gracias al Señor, después de arrojar al ser maligno, el complemento de una terapia espiritual y la fe en Dios, resuelve por completo el problema.

Me contestó que así lo haría.

Pero todo aquello coincidió con mi período vacacional. Más, al regreso, no volví a saber de aquella persona.

EL ESPIRITU MALIGNO SERPENTIFORME

Ella me había llamado anteriormente por teléfono, rogándome que la recibiera, a lo cual accedí.

Era una mujer joven, argentina, de agradable presencia física, que contaba treinta y cinco años de edad, aunque parecía tener menos.

Mis primeras preguntas se circunscribieron al hecho concreto de su sensibilidad, a si existía en ella tendencia a la depresión, si tenía miedo y si experimentaba la indescriptible angustia de sentirse «acompañada». La respuesta a todos mis interrogantes fue afirmativa. Luego, espontáneamente, me confesó que era casada si bien ella y su marido vivían separados.

Mientras la escuchaba fui elaborando mi diagnóstico: *estaba poseída por un ser.*

Una vez la hube oído, hice oración al Señor, a su Hijo Jesucristo y a su Santo Espíritu. Por último tomé las manos de la mujer pidiéndole que cerrara los ojos al tiempo que la advertía de que las preguntas que iba a efectuarle a continuación –aunque las respondiese a través de sus propios labios–, iban dirigidas realmente al espíritu que la poseía. Y que debía contestarme lo que le fuese acudiendo a su cerebro en función de los interrogantes.

Acto seguido, comencé:

–¿Eres hombre o mujer?

–Mujer.

–¿La quieres o la odias?

–La quiero.

–¿Quién eres?

–Soy su madre.

–¿Estás dentro o fuera de ella?

–Fuera.

–¿Hace tiempo que vas con ella?

–Muchos años.

¿Quieres que oremos al Señor para que perdone tus pecados, le conceda la salvación a tu alma y puedas acceder a la vida espiritual que el Señor nos otorga con su misericordia?

–Sí...

Oramos.

Y al término, cuando quise entregarla en manos de los seres de luz y le estaba diciendo:

–Véte en paz en el Nombre de Dios...

...Y con las manos empujaba hacia arriba para que emergiese, la mujer empezó a ulular, obligando a la posesa que retorciera el cuello, dándome la sensación de que su cabeza se metamorfoseaba hasta parecer la de una serpiente presta a atacar y creí, incluso, oír los silbidos propios que emitía el repugnante reptil.

Yo, sudaba copiosamente, pese a tener un ventilador en las cercanías. Cuando se restableció la situación pregunté, esta vez a la señora que me visitaba:

–¿Cómo se siente?

–Bastante confusa...

Yo, era consciente de que aquel ser seguía con ella. Así que, cogí sus manos de nuevo repitiendo la pregunta inicial

–¿Eres hombre o mujer?

–Mujer.

–Tú, eres un HOMBRE. Y te pido que me escuches porque, tan cierto como que Dios existe, si no aceptas su perdón y misericordia, irás al pozo de las tinieblas y la muerte, pues el que no se humilla ante el Señor, se condena. O sea, que tú mismo debes escoger el lugar donde quieres ir: si a la vida, el amor y la luz, o por el contrario a la muerte, el odio y las tinieblas.

Dijo que aceptaba el perdón.

Volví a insistir con toda la fuerza que el Señor me otorga, y al terminar, pude ver con claridad que aún estaba dentro de ella. Luego lo ataqué de nuevo, conjurándolo en el Nombre de Dios y de Jesucristo, y por el poder de su Santo Espíritu quise

arrancarlo del cuerpo de aquella hermana. Pero estaba siendo víctima de un calor espantoso, sudaba a mares, y decidí dejarlo.

Me refresqué en el baño y al regresar le dije a ella:

–Señora, vamos a salir. Tomaremos un refresco si le parece... Luego quiero telefonear a la vidente Sonia para hablar de este caso.

Cuando regresamos hablé con Sonia, diciéndole, tras exponer el asunto:

–Voy a orar por esta hermana y por el ser maligno que la acompaña, para que sepamos exactamente quién es.

Una vez hube orado la hermana Sonia me explicó:

–Está atado a ella a través del pecho y el vientre.

Tuve que hacer tres conjuros y no lo pude arrancar. Mientras efectuaba mis exorcismos la mujer gritaba con desesperación:

–¡NO..., NO..., NO!

Al iniciar el cuarto intento, pronuncié:

–Te conjuro en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso; te conjuro en el Santo Nombre de Jesucristo y te conjuro por el poder de su Santo Espíritu. Y te digo, fanfarrón lleno de odio y maldad, que te ato en el Nombre de Dios con una ligadura indestructible; y te ato en el de su Hijo Jesucristo: y te ato por el poder de su Santo Espíritu, ¡y te arranco de este cuerpo!

Al tiempo que hacía el gesto físico de atarle con las manos, lo iba ligando con la mente y el espíritu de forma que, al tirar de la cuerda invisible, conseguí arrancarlo del cuerpo de la mujer poseída.

Al momento me di cuenta de que el ente acababa de ser expulsado porque ella dejó de ulular y también cedieron la serie de extrañas contorsiones –recordando siempre las de un ofidio– que había venido realizando mientras yo efectuaba mis conjuros.

Sonia, que me *veía* desde Santander con su mirada espiritual, confirmó:

–Ahora sí ha salido, señor Mora.

Había concluido una nueva batalla. Y el Señor acababa de concederme el inmenso placer de culminarla exitosamente. Su gracia todo lo puede.

Antes de despedirnos la bella argentina confesó que desde

los quince años sufría ataques sexuales del ente maligno del que yo acababa de liberarla. Y que si bien contrajo matrimonio muy enamorada de su esposo, el demonio lascivo que la poseía le hizo romper los lazos afectivos y sexuales obligándola finalmente a dejar a su marido. Tal confesión la había escuchado yo, con anterioridad, del espíritu maligno y serpentiforme que la poseyera: consiguió confundirla manipulando sus sentimientos para que aborreciese a su cónyuge. Y aunque parezca increíble, así es, pues cuando estos seres infames se introducen en una persona, lo que ellos piensan y desean lo siente –y padece– el poseído como si de su propio pensamiento se tratara. De esta forma, controlan, tergiversan, confunden, manipulan y corrompen a la persona de la que se han adueñado.

Espero que el Señor bendiga a esta hermana y pueda, en adelante, vivir una existencia plácida como digna hija de Dios y apartada de todo mal.

Tiempo después recibí noticias de que mis deseos para con ella se habían convertido en realidades. Di gracias al Señor por tal razón y por su generosidad al permitirme acudir en ayuda de mis semejantes.

EL JOVEN POSEIDO POR EL ALMA DE UN HOMBRE NEGRO

Recibí una llamada telefónica desde Baracaldo (Bilbao), de una atribulada señora que tenía graves problemas con su hijo de dieciocho años de edad. Convinimos fecha para el encuentro y el día fijado la mujer y el muchacho se presentaron en mi consulta tal como habíamos acordado.

Sentados ya –el joven se hallaba frente a mí–, les hice las preguntas habituales (una especie de test), para indagar si el chico iba «acompañado»; o sea, si estaba o no poseído por un alma en pena o por un ser maligno.

Le interrogué sobre el hecho concreto de si padecía depresiones y su respuesta vino a ser, más o menos, la siguiente: «que ya desde pequeño no jugaba con los otros muchachos de su edad, que siempre estuvo falto de la lógica alegría juvenil, y que muy pronto los médicos empezaron a prescribirle una serie de fármacos para tratar de controlar y reducir las anomalías que planteaba su sistema nervioso-emocional.

»A los quince años ingirió 24 pastillas de un determinado específico, pero gracias a un oportuno y rápido lavado de estómago pudieron salvarle la vida. Ya a los trece años se puso en manos de psiquiatras que diagnosticaron *(¡cómo no!)* «esquizofrenia y paranoia, con depresiones profundas». Lo que ignoraban aquellos pobres hermanos médicos –o mejor dicho, lo que no sabía la ciencia médica ni la psiquiatría–, era que el joven que yo estaba observando en aquellos momentos era víctima de una posesión.

Le pregunté, también:

–¿Te sientes solo..., aislado de este mundo y como si no perteneciese a él? ¿Es cierto que no deseas comunicarte con quiénes te rodean y que no acostumbras a fiarte de nadie? ¿Te falta ilusión por la vida...? ¿O acaso preferirías dejar de vivir?

Su respuesta a todos mis interrogantes fue rotundamente afirmativa.

–¿Crees en Dios, hermano?

–Sí..., sí creo en Dios, señor Mora. Pero no debo ocultarle que a veces tengo dudas acerca de su existencia.

–¿Por qué?

–No sabría contestarle con exactitud. A veces dudo, eso es todo.

–No debes dudar jamás de Dios, muchacho –le dije, mirándole fijamente a los ojos–. Él es el único viviente y Creador de cuanto existe. Es la única razón de todo cuanto nos rodea, la fuente Creadora, el porqué y el cómo de nuestra existencia.

Acto seguido le expliqué que iba acompañado por un alma en pena y que orando al Señor se vería liberado de aquélla y recobraría así la paz, el amor, y la libertad de los hijos de Dios.

Le vi sonreír tras mis palabras, preguntando:

–¿De qué te ríes?

Tardó unos segundos en responder. Como si le diera vergüenza o tuviese miedo de que yo me molestase. Pero al final, dijo:

–Es que «eso» del alma en pena me hace gracia.

Al mirarle de nuevo a lo más profundo de las pupilas capté la presencia del espíritu que le poseía escrutándome a través de los ojos del muchacho. Le interrogué:

–Hermano, ¿me estás viendo por medio de los ojos de este joven, verdad?

–Sí. Te veo.

–¿Eres consciente de que ya hace tiempo que dejaste tu cuerpo de carne en la tierra?

–Sí... Lo sé.

–Muy bien. Te doy gracias por tu sinceridad.

De inmediato me puse en contacto telefónico con la joven vidente Montse preguntándole qué «era» lo que había dentro de aquel muchacho. Hice oración al Señor para que a través de su Santo Espíritu y su Luz purísima permitiese a Montse *ver*, sin ninguna clase de engaño, cómo era el alma que se ocul-

taba dentro del bilbaíno; si era hombre o mujer, y que pudiese contemplarlo con la figura física que tuvo cuando fue ser humano.

La respuesta de la vidente se concretó con estas palabrasyc

–*Jorge... veo a un hombre negro.*

–¿Negro por su suciedad espiritual –pregunté de inmediato–, o por el color de su piel?

–*Es de raza negra.*

Le di las gracias.

Luego, tomando las manos del muchacho, me dispuse a conversar con el espíritu del hombre negro que le poseía.

–Hermano mío, ¿sabes realmente que tú ya estás muerto para este mundo?

–*Sí.*

–¿Estás dentro o fuera de este joven?

–*Dentro.*

–¿Hace muchos años?

–*Desde que tenía cuatro que penetré en él.*

–¿Crees en Dios?

–*Sí.*

–¿Quieres que hagamos oración al Señor para que perdone tus pecados y te dé la salvación?

–*Quiero, sí.*

–Oramos al Señor y luego indagué:

–Hermano, ¿de qué raza eres tú?

–*De raza negra.*

Exactamente como había dicho Montse.

Aceptó salvarse a través del perdón que le concedía Dios por los méritos de nuestro Santo Hermano y Señor Jesucristo y lo entregué en manos de sus Angeles Santos para que le condujesen al lugar de su descanso.

LA JOVEN DE 21 AÑOS POSEIDA POR SU ABUELO

Este caso fue realmente espectacular.

Se trataba de un matrimonio que se presentó en mi consulta acompañando a su hija, de veintiún años.

Tan pronto tuve a la muchacha sentada frente a mí y la miré escrutadoramente al fondo de los ojos, supe que estaba poseída.

Quizá los lectores se pregunten cómo puedo determinar tales diagnósticos con tanta rapidez. Por una parte la experiencia de muchos años al servicio de mis hermanos y por otra una lógica «profesionalidad», hacen que me equivoque en contadas ocasiones. Soy consciente de que la palabra POSESION es dura, y al mismo tiempo, preñada de connotaciones diabólicas pero, debo decir en honor a la verdad, que los casos malignos de posesión pueden cifrarse entre un 5 y 10 por mil, y de estos 10, siempre existen uno o dos que realmente son malignos. Los entes que efectúan esta clase de POSESIONES son malévolos en grado superlativo y pueden ser calificados, sin temor al equívoco, de demoníacos. Está demostrado que su perversidad satánica cuesta a veces la vida de las personas a las que han poseído.

A propósito de esto último que acabo de decir tengo, por desgracia, un ejemplo tan triste como reciente. Un buen amigo mío, de Sabadell, excelente persona, honrado y decente, sufría desde su juventud depresiones profundas, lo cual le obligaba a estar en manos de psiquiatras. En ocasiones, hablábamos, y yo le decía que viniese a visitarme. Pero él no se tomaba en serio

mis advertencias sobre la posibilidad de que estuviese poseído por un alma en pena o un espíritu maligno que pretendía perjudicarle. El caso concreto es que nunca pude convencerle para que me dejase practicarle una *revisión* en profundidad, para detectar *qué era lo que llevaba dentro.* Esta misma semana, el bueno de mi amigo abogado había realizado otras tentativas para quitarse la vida (1), pero sobreponiéndose en el último instante. Pero al final de la lucha terrible y continuada con este maligno ser, fue derrotado y se mató. Pido al Señor clemente y misericordioso que perdone sus culpas y le conceda la salvación eterna a su alma, por los méritos de Jesucristo Señor nuestro.

En fin... Volvamos al caso concreto del matrimonio que traía a su hija para que la reconociera. Los padres me explicaron que estaban viviendo un auténtico *vía crucis* dado el extraño comportamiento de la chica, la cual solía ausentarse del domicilio paterno y al regresar, no recordaba absolutamente nada de lo ocurrido ni tan siquiera donde había estado. La muchacha acusaba a su padre de intento de violación, de pertenecer a la Mafia, de que jamás la había querido y de que la odiaba a muerte. Estuvo en varias ocasiones recluida en establecimientos psiquiátricos de los que normalmente terminaba fugándose. Solía enfrentarse a sus padres, atacándolos, y rompiendo, en sus terribles accesos de furor, cuanto hallaba por doquier. Llevaba doce años bajo control psiquiátrico pero los progresos habían sido nulos.

Cuando los padres hubieron concluido aquel estremecedor *currículum vitae* anómalo, tomé las manos de la joven y le dije:

–Quiero que te relajes y estés tranquila. Yo estoy convencido de que eres una buena chica y mi única pretensión es ayudarte. Creo que esos actos extraños que protagonizas con frecuencia no son producto de tu voluntad, sino de la de ALGUIEN que te obliga a realizarlos. A continuación voy a hacerte unas preguntas y tú deberás responderme aquello que venga a tu mente.

1. Cuando decidió suicidarse, le habló a su hijo con estas palabras: *Sube conmigo a la azotea para que puedas ver cómo papá vuela.* Este fue el último testimonio oral del abogado antes de que el ente demoníaco que le poseía lo proyectase hacia la muerte.

Mientras yo conversaba con la muchacha, Montse, la vidente, escrutó a la joven viendo que llevaba en su interior un hombre de unos treinta y cinco años. Me lo confesó junto al oído, con voz tenue, para no alarmar a la poseída. Es una precaución que debe tomarse porque, si bien hay personas que al saber que están «acompañadas» por un alma en pena o espíritu no se impresionan, las hay de sensibles y débiles que pueden afectarse profundamente e incluso sufrir un *shock*, tan peligroso o más que la posesión misma.

Le pedí que cerrase los ojos, cogí sus manos, y oré al Señor. Al concluir, anuncié:

–Hermano o hermana mía, díme... ¿Sabes que dejaste tu cuerpo carnal en la tierra y que estás muerto para este mundo?

–¡Sí!

–¿Eres consciente de tu desaparición física?

–¡Sí!

–¿Dónde te hallas? ¿Dentro o fuera del cuerpo de esta muchacha?

–Dentro de ella.

–¿La quieres?

¡Sí!

–¿Eres pariente o familiar suyo?

–¡Sí!

–¿Qué grado de parentesco te une a esta joven?

–Soy su abuelo. Fui fusilado a los treinta y cuatro años, en Montjuich (Barcelona), al término de la guerra Civil española.

Al aclararme que era el abuelo materno de la poseída, miré a la madre, preguntándole:

–Señora, ¿qué edad tenía su padre cuando murió?

Ella, arrasados los ojos en lágrimas, nerviosa, entrecortada la respiración y visiblemente emocionada, repuso:

–Yo no llegué a conocerle. Le fusilaron los nacionales, acabada la guerra, cuando contaba treinta y cuatro años. Tengo muchas fotos de él y las guardo cuidadosamente por su enorme significado sentimental.

–Preste atención –le dije–, pues Montse va a decirle cómo es el hombre que está dentro de su hija.

La vidente hizo un relato tan meticulosamente fiel del aspecto físico de aquél que poseía a la joven, que la buena señora quedó como alucinada. Sólo tuvo aliento para exclamar:

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo es esto posible?

Le expliqué:

–Supongo que ahora se da cuenta de lo muy equivocados que estaban los psiquiatras y médicos que durante tanto tiempo han visitado y medicado a su hija. Ellos creen que el saber recibido en sus muchos años de estudio les faculta para solucionar problemas como éste, pero ya lo ve, están errados en la mayoría de las ocasiones. Porque esos médicos, psiquiatras y psicólogos, carecen del don fundamental necesario para detectar cuando una persona se halla poseída, sea por un familiar desaparecido, un espíritu maligno o enfermo, los cuales pueden causar graves transtornos psicosomáticos en aquel de quien se apoderan. Esto, señora, el detectar esa clase de «anomalías», es privilegio de los humanos a los que el Señor ha dotado del don del discernimiento de espíritus, para no ser engañados por los seres malignos e inmundos que, mostrándose bajo una capa de amor y bondad, tratan de sorprender la buena fe de quienes carecen de ese don ya mencionado.

La mujer siguió llorando mientras yo le ofrecía todas aquellas explicaciones con el objeto de aclarar sus dudas y convencerla de cuál era la realidad que afectaba a su hija.

Después, volví a interrogar al espíritu del abuelo:

–Hermano, ¿crees en Dios?

De un buen revolucionario y seguramente de un ácrata consumado, sólo esta respuesta podía esperarse:

–¡NO!

Por lo que pude seguir averiguando, aquel espíritu ya había poseído anteriormente a su propia hija, haciéndole romper su compromiso con un joven con el que estuvo a punto de casarse. Más tarde conoció al que ahora era su esposo –padre de la muchacha poseída–, también odiado por su difunto padre el cual, entró en la nieta casi desde su nacimiento y cuando la niña tuvo uso de razón ya la obligó a enfrentarse con su progenitor, murmurando al oído de la madre que él la tocaba y acariciaba de manera pecaminosa.

Cuando la muchacha poseída habló a solas conmigo, me confesó, resuelta, muy segura al parecer de lo que decía:

–Señor Mora... Mi padre es un ser perverso que pertenece a la Mafia. ¡Le odio!

Posteriormente y entrando de nuevo en conversación con el

espíritu del hombre que fuera fusilado en Montjuich en 1940, le dije:

–Hermano, sólo pretendo convencerte de la realidad. ¿De veras crees que ahora tienen valor tus pensamientos políticos? ¿De qué sirve eso donde tú te encuentras? Son vivencias de un mundo al que ya no perteneces. Te pido que tengas piedad de ti mismo y que ores conmigo al Señor.

Pude convencerlo.

Oramos y luego se entregó al perdón y misericordia del Señor. Lo puse en manos de los seres de Luz y ellos lo condujeron al lugar que Dios le había concedido en sub inefable y magnánima bondad..

LA JOVEN QUE SE MUTILABA A SI MISMA

Cierta soleada mañana, alrededor de la once, se personaron en mi consulta una señora y su hija. Esta contaba veinte años aunque parecía más joven, quizá por su extremada delgadez.

Al mirarla quedé vivamente impresionado: *a su mejilla izquierda le faltaban trozos de carne.* Era como si con unas tenazas le hubiesen arrancado pedazos del rostro.

Las heridas me parecieron tiernas y deduje de ello que eran recientes, lo cual me llevó a indagar:

–¿Has sufrido algún accidente...?

La madre, sin responder a mi interrogante como tampoco lo hizo la muchacha, me rogó que la dejara explicarse.

–La escucho, señora.

Confesó que su hija, desde corta edad, había sufrido diferentes enfermedades de las que, afortunadamente hasta entonces, pudo siempre salir con bien. Dijo también que desde siempre se mostró muy inquieta, nerviosa, hipersensible, cargada de miedos y angustias, proclive en exceso a las depresiones y manifestando de continuo una inquietante tendencia al suicidio.

Al respecto, matizó:

–*Señor Mora... mi hija ha protagonizado diecisiete tentativas de quitarse la vida empleando para ello barbitúricos. Pero como nunca la dejamos sola, hemos podido salvarla. Tres veces ha estado en coma con grave peligro de muerte. Como usted mismo puede comprobabar está muy delgada, apenas come, y cuando conseguimos hacerle ingerir algún alimento, lo vomita. Los médicos se confiesan impotentes para curarla, y los psi-*

quiatras que la atienden no saben o no pueden hacer otra cosa que tenerla sedada... ¡Y ya ve, se le caen los párpados! Por las noches difícilmente consigue conciliar el sueño y suele tener pesadillas espantosas. Señor Mora, ¿puede usted ayudarnos? ¡Se lo suplico!

Al preguntarle por las heridas del rostro, respondió:

–*Se las produce ella misma con las uñas, arrancándose la carne a pedazos.*

Volví a mirarla atentamente.

Tenía un cabello precioso, unos grandes ojos impregnados de tristeza, muy negros, ovalado el corte de cara y finas las facciones. Pero contemplar su mejilla izquierda era como encontrarse frente a una parcela de dantesco infierno.

Me dijo también la madre que todo el cuerpo era una pura llaga y que al andar lo hacía con dificultad, porque se había arrancado las uñas de los dedos de los pies con unas tenazas.

Debo confesar que me sentí horrorizado frente a aquella trágica exposición de los hechos, que de no haber visto con mis propios ojos difícilmente hubiese creído.

Dirigiéndome a la joven, quise saber:

–¿Por qué te mutilas de esa manera? ¿Cuál es la razón por la que has arrancado las uñas de tus pies?

Vi una expresión en sus ojos que parecía provinente del mismísimo infierno, cuando me respondió:

–*No puedo evitarlo.*

–¿Lo evitarías si pudieses?

–*¡No!*

Entonces le dije:

–Dime si estoy en lo cierto al creer que siempre te has sentido sola, que tú HAS QUERIDO ESTAR SOLA, que supones carecer de afecto y comprensión, que no tienes amistades, que te acompañan el dolor, la tristeza y el sufrimiento, sin que jamás consigas escapar a ellos. Y respóndeme a una pregunta. ¿Crees en Dios?

–*Sí. Creo en Él.*

–Bien... Entonces vamos a orarle para que nos dé conocimiento y sabiduría, por medio de su Santo Espíritu, para que podamos ayudarte.

Oré al Señor y supe que dentro de aquella joven se encon-

traba un espíritu maligno que la hacía sufrir de manera horrible todos los segundos de su vida.

Pedí a mi hermano en el Señor, reverendo Castells, que mirase a aquella jovencita.

Estaba realizando aquel trabajo espiritual un miércoles de enero del 89, por la mañana, y no tenía a mi lado la joven vidente Montse. Fue esta la razón por la que hube de solicitar el auxilio de mi hermano en la fe, reverendo Castells. Y oré al Señor para que su Santo Espíritu nos alentara y con su luz permitiera ver si dentro de la jovencita había el alma de un hombre o una mujer.

Yo estaba prácticamente seguro de lo que ella llevaba dentro. Mis sospechas quedaron confirmadas cuando el reverendo Castells, anunció:

–Amigo Jorge, en el interior de esta niña, como un enorme cerdo, está el alma, más negra que la propia muerte, de un cardenal. Incluso, lleva puesta la tiara. Se trata de un hombre mayor. O es un auténtico demonio o está completamente loco. Quizá pretende santificar a esta chica por medio del infierno en que ha convertido su vida.

Llegué al convencimiento de que aquel era un espíritu inmundo, demoníaco, escurridizo como una serpiente, que se creía como un dios. De los realmente peligrosos. De los que poseen a las personas y a través de ellas satisfacen sus más aberrantes caprichos, desde el alcohol y la droga hasta la más concupiscente fornicación, pasando por los asesinatos, las violaciones, la sodomía... Son demonios corrompidos hasta lo más profundo de su alma, ebrios de odio, maldad y poder, que se convierten en señores de este mundo, provocando guerras, asesinatos, envidias, venganzas, maledicencias, fornicaciones, en el grado más lascivo...

Estos seres pueden ser llamados, y lo son, espíritus inmundos.

Delante de mí tenía uno de ellos.

Metido dentro del cuerpo de aquella pobre niña. Seguramente, cuando estuvo en el mundo, creía en Satanás y no en Dios, pues Jesucristo ya habló con claridad sobre ello: POR SUS FRUTOS LOS CONOCEREIS.

Di las gracias al reverendo y le dije:

–Sigue mirándola pues le voy a expulsar del cuerpo de la

muchacha. Creo que va dentro de ella desde su más tierna infancia.

Oré al Señor con toda la fuerza de mi alma y a su Hijo Jesucristo, pidiendo a su Santo Espíritu ayuda e iluminación. Luego armado de mi fe en el Señor y en su divino Hijo, puse mis manos sobre la cabeza de la jovencita y le dije:

–Que el Señor nuestro Dios te bendiga y guarde de todo mal, que su Santo Espíritu esté en ti y con su luz te guíe... **Y a ti, hermano, en el Nombre de Dios Todopoderoso, en el de su Hijo Jesucristo y por el poder de su Santo Espíritu, te ato con unas ligaduras indestructibles. ¡Fuera de este cuerpo en el Santo Nombre de Dios! ¡Fuera de este cuerpo en el Santo Nombre de Jesucristo! ¡Fuera de este cuerpo por el poder de su Santo Espíritu!**

Repetí de nuevo las mismas palabras y acabé diciendo:

–Te entrego atado a los Angeles de Dios para que ellos te conduzcan al lugar que el Señor, con su justicia, te otorgará. Y así como te lo pedimos, Señor, nos sea concedido.

Me puse de nuevo al teléfono y pregunté:

–¿Cómo ha ido, hermano Castells?

–Perfectamente, Jorge. Se lo han llevado.

–Gracias por tu ayuda –me despedí de mi buen amigo.

Luego me senté al lado de la jovencita y mirándola con toda la ternura de que fui capaz en aquel momento, le dije:

–Hasta hoy, pequeña, tu voluntad ha sido insuficiente para controlar y detener la potencia maléfica del espíritu inicuo y malévolo que te poseía. Pero de ahora en adelante, cuando te asalte la tentación de cometer algún acto contrario a las disposiciones y mandatos divinos, leerás la oración que voy a entregarte. Incluso, te pido que la leas en este mismo instante por primera vez.

Se trataba de un rezo con el que le pedía al Señor que la protegiera contra cualquier mal.

Aprovechando aquella pausa, la madre, feliz por lo que acababa de presenciar y convencida de la curación de su hija, decidió sincerarse conmigo en profundidad.

Musitó con voz débil, un tanto temerosa::

–Quisiera hablarle de mi marido, señor Mora.

La invité con una sonrisa a que prosiguiese, diciendo:

–La escucho, señora.

–Verá, él, pienso que realmente es una buena persona, pero... Hace unos años se produjo en mi esposo un cambio brutal. De ser un hombre de excelentes cualidades, honrado, sensible, cariñoso con la familia, amistades y compañeros de trabajo, se convirtió en la antítesis de lo que fuera hasta entonces. Se dio a la bebida, emborrachándose continuamente, y desde ese momento, entre su alcoholismo y lo de la niña, no ha habido un segundo de paz en mi casa.

Le respondí:

–No le quepa la menor duda, hermana, de que su esposo lleva dentro de sí un espíritu que es a quien realmente le agrada el alcohol por cuya razón ha convertido a su cónyuge en un enfermo alcohólico. Si es posible, tráigalo aquí, y veré lo que puedo hacer para ayudarle.

Cuando yo me creía que las desgracias de aquella pobre y sufrida mujer habían concluido, me sorprendió con una última y sorprendente confesión:

–Tengo otra hija, ¿sabe? También es una buena chica... Sin embargo, hace un par de años, comenzó a manifestar unos miedos y angustias extrañísimos. Al final, decidió irse de casa. Cuando al cabo de un tiempo tuve opción a preguntarle por qué se había marchado, dejándome estupefacta, me respondió: «Porque hago el amor con un demonio».

Escrutamos espiritualmente a esta muchacha comprobando que dentro de ella se encontraba el alma de un joven *punk* de veinte años.

No es necesario tan siquiera comentar que aquella pobre señora era digna, más que de lástima, de admiración. Cargaba con la enorme cruz que significaba convivir con una familia en la que tanto el marido como las dos hijas eran –una ya estaba liberada– objeto de terribles posesiones.

El padre, por un espíritu esclavo de la bebida.

La hermana mayor –Montse, vidente, se encargó de inspeccionarla con sus ojos espirituales–, poseída por el alma de un joven *punk*, que no era consciente de donde estaba ni de lo que hacía; un desdichado espíritu en tinieblas que, al estar dentro del cuerpo de aquella muchacha, hacía el amor con ella de manera psíquica, aunque él, en su ignorancia supina, pensaba que era tan real como cuando formaba parte de los humanos. Ella, en cambio, recibía idénticas percepciones eróticas a las que

pueden sentirse al realizar el coito a través de una vivencia onírica.

Pedí a esta buena mujer que convenciera a su esposo y a la hija mayor acerca de la necesidad de que me visitaran, para que yo expulsase de sus cuerpos aquellos seres que los poseían.

Me prometió poner en el empeño toda su voluntad.

EL ESPIRITU ASTUTO

Fechas atrás vino a visitarme a mi casa la vidente Montse –colaboradora habitual mía–, acompañada de su madre y la hermana de ésta, quien, al parecer, estaba atravesando una faceta claramente depresiva que le hacía alimentar pensamientos nocivos y malignos con franco peligro sobre su estabilidad emocional.

La observamos espiritualmente y Montse vio el alma de un hombre en tinieblas dentro del cuerpo de su tía. Rogamos al Señor por él, pero este ser no aceptó nuestros ruegos. No obstante, pudimos al fin sacarlo y lo entregamos a los seres de Luz que allí lo esperaban para conducirlo al lugar adonde el Señor quisiera destinarle en su justicia y misericordia.

Una vez cumplido este servicio espiritual, la madre de Montse –que también posee el don de la videncia, pero que nunca ha sido adiestrada por una persona que entienda verdaderamente de las cosas mentales y espirituales–, me pidió si era factible que hiciera algo en favor de su abuela (la bisabuela de la joven vidente), explicándome al respecto:

–Hace tiempo y estando en casa de mi madre, Montse detectó allí la presencia del alma de mi abuela.

Yo le respondí que si la biznieta había captado aquella presencia era debido a que el alma de su bisabuela aún no estaba despierta espiritualmente y ello le impedía marchar del lado de su hija (la abuela de Montse).

–Por tanto –añadí–, creo que lo más prudente es que oremos al Señor para que nos envíe el alma de esta buena hermana y nosotros, junto con ella, oremos de nuevo a El para obtener el perdón de sus pecados e ignorancia.

Montse, tras la oración inicial, anunció:

–No la veo, señor Mora.

Repetimos nuestros ruegos por segunda y tercera vez, sin que aquél viniese hasta nosotros. Con franqueza me sentí un tanto desconcertado, pues nunca, cuando oramos al Señor, deja de acudir a la llamada el alma sin luz de una persona, sea esta buena, o sea lo que nosotros consideramos mala.

Frente a tan desconcertante situación un pensamiento asaltó mi mente... «¿Y si hubiera sido un espíritu maligno el que tomó la forma manifestándose ante la hermana vidente Montse como su auténtica bisabuela?». Yo sé que estos espíritus pueden adoptar todas las formas e imágenes que su maligna imaginación les sugiere, confundiendo en ocasiones –y aterrorizando incluso– a las personas que poseen el don de la videncia. Hace más de diez años que vengo exorcizando hombres y mujeres, mirándoles mental y espiritualmente por medio de seres que poseen la luz de la videncia, a los cuales, gracias al Señor y a los conocimientos que El me ha dado, les enseño la única forma existente para ver la realidad de estos seres maléficos llenos de odio, vanidad y locura. Esa manera única es la de orar al Señor y pedirle siempre que su Santo Espíritu esté en el alma del vidente, que le guíe y sea su fiel compañero, pues sólo a través de la oración y de la fe en Dios, pues el vidente observar, por sí mismo, la verdad de estos seres.

Si el vidente reconoce que no tiene la preparación y sabiduría necesarias para emprender la difícil singladura que representa consagrarse a la ayuda de sus hermanos poseídos, debe buscar a una persona que atesore el don del discernimiento de espíritus para, así, evitar ser engañado, ya que para tratar con esos entes malignos, tal como dijo Cristo, se precisa la sabiduría de la serpiente y la sencillez de la paloma.

Hay una regla que considero fundamental para los videntes: tener el criterio necesario para distinguir entre las pobres almas errantes sin luz y entre los demonios perversos, dueños del mundo en que vivimos, de los que no pueden ni DEBEN fiarse ni un solo instante. Porque nuestra lucha, tal como muy bien dice el Apóstol Pablo... *no es contra los hombres y mujeres de este mundo, sino contra las potestades aéreas, los espíritus ma-*

lignos, los príncipes y dueños de este mundo de pecado y muerte.

Equivocada ha estado desde siempre la Iglesia Católica al proclamar –ayer y hoy– que en los casos de posesión, eran los demonios o ángeles caídos los causantes del mal, el odio, la ignorancia, los asesinatos, las guerras, los suicidios, las degeneraciones sexuales y un largo etcétera de tribulaciones y penalidades. Equivocada estaba y está al cargarlo todo en el debe del Diablo, al que desde in *illo témpore*, ha convertido en el enemigo irreconciliable de Dios; en su único adversario.

¿Realmente es el Diablo adversario de Dios?

Me agradaría conocer al respecto, en la actualidad, las opiniones de los más brillantes teólogos católicos. Y me gustaría también que expusiesen sus teorías por separado.

¿Acaso los hombres y mujeres de este mundo no somos todos, y cada uno de nosotros, adversarios de Dios?

¿Acaso hacemos la voluntad de Dios y no la nuestra?

¿Acaso el hombre puede, sin el auxilio espiritual del Dios omnipotente, hacer algo que sea digno de llamarse *bien*?

Si analizamos estos interrogantes con detenimiento podremos comprobar y llegar a la conclusión que no sólo UNO es el culpable del pecado de muerte que pesa sobre los hombres y mujeres que vienen a este mundo. Todos nosotros SOMOS DEMONIOS, ya que ninguno cumplimos la voluntad de Nuestro Padre y Dios. Cada uno de nosotros es el culpable de su propia muerte; de la del cuerpo e incluso de la del alma. Y sólo existe UNO que pueda redimirnos: Dios, por medio de su Santo Hijo Jesucristo, a través del sacrificio de su vida.

Así pues, volviendo al tema de los videntes, éstos tienen que estar siempre alerta y dispuestos a orar al Señor y a Jesucristo con una fe limpia de fanatismos. Es elemental que tengan la condición de verdaderos cristianos y que al mismo tiempo estén permanentemente atentos a la hora del discernimiento, desconfiando de los seres malignos ya que muchos de ellos suelen ser peligrosísimos.

Bien... Cuando hube concebido el pensamiento de que el alma sin luz que vio Montse podía no ser realmente la de su bisabuela, hice oración al Señor, diciendo:

–Señor y Padre nuestro, Tu que has creado la tierra y los cielos en tu Eterna Sabiduría, te pido en el Santo Nombre de tu

Hijo Jesucristo y por el poder de tu Santo Espíritu que si este ser que se apareció a los ojos espirituales de la hermana Montse es su bisabuela, que venga aquí, ante nosotros, para predicarle Tu Evangelio, Tu perdón y Tu misericordia. Pero si se trata de un espíritu en tinieblas, lleno de mentiras y pecado, ¡yo le conjuro en tu Santo Nombre!, ¡y en el Santo Nombre de tu Hijo Jesucristo le conjuro!, ¡y por el poder de su Santo Espíritu le conjuro!, para que se presente delante de mí a dar cuenta de lo que está haciendo en aquella casa. Y así como he dicho, que así quede hecho, por el poder de tu Santo Espíritu.

La joven vidente me miró, diciendo:

–*No veo nada.*

Hay ocasiones en que los conjuros deben repetirse hasta un máximo de tres veces y sólo en casos excepcionales puede reincidirse una cuarta vez.

Volví, pues, a conjurar a aquel ser o lo que fuese, a que se presentara en Nombre del Señor.

La muchacha siguió sin detectar presencia alguna.

Eso me llevó a preguntarle:

–¿Se encuentra bien, Montse?

–*Sí...*

–Es muy extraño –repuse–. Aquí está sucediendo algo que no acabo de comprender.

Oré de nuevo al Señor y a su Hijo Jesucristo para que hiciesen venir a este ser fuera la bisabuela de la vidente o un ente de tinieblas que hubiese adoptado la forma de aquella anciana. Y le volví a conjurar. Estaba confuso y pregunté otra vez a la muchacha:

–¿Cómo te encuentras?

Me respondió que «bien» pero creí advertir en su rostro una extraña, sutil sonrisa. Aquellos momentos no eran los más idóneos para sonrisas, aunque lo que yo creí ver fue tan sólo un amago. Tomé mis gafas y miré escrutadoramente los ojos de Montse, insistiendo:

–¿De veras te sientes bien?

Volvió a sonreír de una manera que no me gustó en absoluto; quizá más que la sonrisa en sí actuaba en aquel instante mi mecanismo de alerta y desconfianza en prevención de no ser engañado. Había pedido al Señor casi unas diez veces y estaba, tal como ya he dicho con anterioridad, desconcertado. Por la

sencilla razón de que yo sé que no hay ningún ser en este mundo de tinieblas y sueños, en este mundo de siniestra maldad y locura, que nos rodea e interpenetra, que al conjurarlo en el Nombre de Aquel que lo ha creado todo con su Eterna Sabiduría y de su Santo Hijo Jesucristo, pueda resistirse.

Así las cosas miré por enésima vez a la joven vidente, diciéndole:

–Dame tus manos.

Al cogerlas entre las mías supe de inmediato que dentro de ella se encontraba el ser demoníaco que habíamos conjurado en el Nombre del Señor. Como una serpiente penetra en su nido, así el ente habíase adentrado en el cuerpo y la *psiquis* de la joven vidente, la cual, al tener sus manos en las mías quedó en estado de sopor.

Le dije al ser:

¿Qué haces dentro del cuerpo de esta muchacha?

Me siento muy bien en ella... –respondió.

Le pedí en el Nombre del Señor que me dijera si él se había hecho pasar por la bisabuela de Montse. Con una sonrisa orgullosa y petulante me contestó que, efectivamente, así era. Por último le rogué que pidiese perdón al Señor por sus pecados, pero se negó a escuchar mis palabras.

Finalmente lo exorcicé en el Nombre de Dios y de Jesucristo, atándolo, para entregarlo a los seres de luz que lo condujeron al destino que el Señor en su justicia le tuviera reservado.

Después, vuelta la normalidad y la calma, le expliqué a mi joven ayudante:

–Hermana Montse, lo que acaba de ocurrir ha de servirte de lección para el futuro en cuanto a que estés atenta, despierta y muy alerta, y con toda tu confianza puesta en Dios, para que estos seres jamás se adueñen de tí. Hoy, gracias al Señor, hemos podido detectar que el ente perverso estaba en tu interior, de lo contrario, aunque Dios habría acudido en tu auxilio por tu buen corazón y la ayuda que prestas a tus semejantes, podrías haberlo pasado muy mal. No olvides nunca lo que te he dicho en innumerables ocasiones: *sabiduría de serpiente y sencillez de paloma.*

La vidente, un tanto impresionada por lo sucedido, tomó buena nota mental de ello, pues acababa de descubrir que si su capacidad de discernimiento no estaba en continuo estado de

alerta cuando ponía en juego sus dotes de videncia, podía ser engañada –e incluso poseída– por alguno de aquellos entes demoníacos muy capaces de presentársele como la Virgen María, Jesucristo o como cientos de Santos varones.

Era aquella, una experiencia, que en el fondo había resultado positiva para todos cuantos nos encontrábamos allí.

EL GUARDIA Y LOS FENOMENOS DE POLSTERGEIST

(Primera Parte)

Fue mi buen amigo y hermano en la fe de Cristo, reverendo Castells, quien me puso al corriente de un caso verdaderamente singular.

Una familia residente en Castellar del Vallés (Barcelona), estaba siendo atacada de manera inmisericorde por un ser que, según manifestaciones del reverendo, era un auténtico demonio de maldad y astucia. En aquella casa sucedían a diario fenómenos extrañísimos que enervaban a los habitantes de la misma poniéndolos en un permanente estado de irritación, nerviosismo e inquietud, causa y efecto de que entre ellos se produjesen constantes enfrentamientos.

Los hijos del matrimonio –varón y hembra–, por la noche, eran agredidos, les arrancaban las sábanas del lecho, se movían los objetos de la habitación... El padre, miembro de las fuerzas de seguridad del Estado, a causa de los malos pensamientos que de continuo le asaltaban, había tomado la decisión de entregar el arma reglamentaria a sus superiores por miedo a cometer una barbaridad.

El pastor Castells, amén de contarme el caso, me preguntó si yo me prestaría para auxiliar a aquellas personas atormentadas. El, había estado en lugar detectando (el hermano Castells es vidente) la presencia de un sacerdote, maligno como el más perverso de los demonios y más oscuro que las tinieblas. La vez en que mi amigo se enfrentó al ser atándolo en Nombre del

Señor, vio con estupor como el ente inmundo rompía sus ataduras desapareciendo seguidamente. Me explicó asimismo, que al margen del sacerdote, existían también las almas de un hombre y una mujer.

Resumiendo, pues: en aquella casa era prácticamente imposible vivir en paz, ya que aquel triunvirato de espíritus perniciosos se encargaban de amargar la vida del matrimonio residente y sus dos hijos, aterrorizados todos, impotentes ante la fenomenología diabólica desencadenada a su alrededor que amenazaba sus vidas.

El relato del hermano Castells concluyó con estas palabras:

–Ayer estuve allí y estuvo en un tris que no me destrozasen la americana, pues noté sin lugar a dudas que me cogían por la espalda tirando brutalmente de mí.

–Esta tarde te acompañaré –le dije.

Poco tiempo después el reverendo y su esposa, Montse y yo, nos desplazamos al pueblo donde vivían estas personas con el ánimo y el espíritu dispuesto a prestar ayuda a aquellos hermanos que tanto la necesitaban.

Cuando entramos en la casa me fue presentado el matrimonio. Ella, parecía triste y resignada. Pero el esposo mostraba una expresión de amargura, mezclada con impotencia, odio y desesperación. Tuve la íntima sensación de que estaba a punto de explotar y de que no confiaba demasiado en nuestros auxilios.

Luego y de acuerdo con el reverendo imploramos al Señor nuestro Dios para que su Santo Espíritu, su Sabiduría y Luz Eterna, estuviesen con nosotros, alimentando el deseo de ayudar a nuestros hermanos que tanto sufrían. Cuando hube concluido la oración, Montse anunció que solo veía un hombre y una mujer. El espíritu varón se encontraba delante mío, burlándose. El de la hembra se hallaba sentado en un sofá, a mi izquierda. Por más que oramos al Señor, ni la vidente ni el pastor Castells pudieron captar la presencia del diabólico ser que, en su existencia terrena, fuera sacerdote.

Así pues, tras orar de nuevo, le pregunté a Montse:

–¿Dónde está el espíritu de ese hombre?

–En el rincón del comedor, frente a usted, y se ríe.

Me levanté y dije:

–Señor, hemos venido a esta casa para ayudar a estos her-

manos nuestros que gimen bajo la férrea tiranía de estos espíritus inmundos. Así, Señor, si esta es tu Santa Voluntad, te pedimos que tu Santo Espíritu esté con nosotros, tu Luz, y también te suplicamos por Jesucristo Señor nuestro, que tus Angeles Santos nos ayuden en esta obra de caridad que nos disponemos a realizar.

Acto seguido y mirando hacia el lugar donde, según las indicaciones de la vidente Montse, se encontraba el espíritu, anuncié:

–Hermano, tú, que te estás burlando de nosotros... Yo te conjuro en el Nombre de Dios Todopoderoso, te conjuro en el Santo Nombre de Jesucristo, te conjuro por el poder de su Santo Espíritu y a ti te digo: ¡Fanfarrón lleno de tinieblas! ¡Yo te ato en el Santo Nombre de Dios, con una atadura indestructible! ¡Y te ato en el Santo Nombre de Jesucristo! ¡Y te ato por el poder de su Santo Espíritu! Y te digo... ¡¡VEN AQUI!!

Y allí, atado a mis pies, estaba aquel ente lleno de tinieblas. Lo entregué en manos de los seres de luz y ellos se lo llevaron al lugar donde debía purgar sus pecados.

Abrió los ojos el reverendo Castells y me hizo un signo afirmativo de que todo se había desarrollado como deseábamos.

Luego pregunté dónde se encontraba el alma de la mujer y me respondieron ambos videntes que seguía sentada en el sofá, a mi espalda.

Revolviéndome hasta situarme frente a ella para conjurarla, la até en el Nombre de Dios, de Jesucristo, y por el poder de su Santo Espíritu, para entregarla seguidamente a los seres de luz.

Habíamos arrojado del lugar, para siempre, a los dos acólitos del siniestro espíritu. Pero a éste último, al que en vida ejerciera ministerio sacerdotal, mis dos auxiliares seguían sin detectarlo.

Puestas de esta manera las cosas me situé en el centro del comedor –bastante amplio por cierto–, rogándole a Dios. Al concluir, dije:

–Hemos venido a esta casa en el Santo Nombre de Dios y en el Santo Nombre de Jesucristo y en el de su Santo Espíritu, y a tí te digo, hermano:

–Estoy aquí, en tu terreno, bravucón lleno de odio e inmundicia, más muerto que los que reposan en el camposanto.

Y con una fuerza tremenda en mis palabras y ademanes,

concedida por el Señor Jesucristo, exclamé a continuación:

–¡Yo te conjuro en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso! ¡Te conjuro en el Santo Nombre de nuestro hermano y Señor Jesucristo! ¡Y te conjuro por el poder del su Santo Espíritu!

Tras pronunciar estas palabras, terminé, diciendo:

Y estés donde estés, yo te ato con una atadura indestructible (acompañé aquellas palabras con mi brazo derecho alzado y trazando un círculo de trescientos sesenta grados, para que estuviera donde estuviese, escondido o invisible a los ojos de los videntes, lo pudiese atar). **Y a ti te digo... ¡¡Ven aquí!!**

Y allí, a mis pies, atado y vencido, hallábase aquel ente malévolo y pernicioso. Lo entregué a los seres de luz para que ellos lo llevasen al lugar que en su justicia el Señor quisiera destinarle.

El hermano Castells y Montse abrieron los ojos al unísono y con expresivos gestos me confirmaron que se lo habían llevado.

Luego nos reunimos para comentar el trabajo espiritual que habíamos llevado a término y el reverendo, me dijo:

–Cuando una vez atado le has gritado que viniese, ha pasado por delante de mí como un bólido de carreras, como una sombra fugaz de tan fuerte que has tirado de él.

Tanto Castells como Montse me informaron de que veían unos hilos finísimos que llegaban hasta la casa. Y eso sólo se interpretaba de una manera: que algunos hermanos de la tierra, seres de carne y hueso, habían pagado a un brujo o mago negro para que enviasen los espíritus de iniquidad que acabábamos de expulsar, con el fin de torturar a quiénes allí vivían convirtiendo su existencia en un infierno.

Volví, pues, a orar al Señor, a Jesucristo, y a su Santo Espíritu. Tomé los hilos haciendo una bola con ellos, arrojándolos hacia la dirección de donde procedían, pidiendo al Señor que si era su Santa Voluntad, que cada uno recogiese aquello que había sembrado. De esta forma devolví toda la inicua maldad contra la cabeza de aquellos que decidieran enviarla.

Al fin, dirigiéndome al dueño de la casa, le reconforté con estas palabras:

–Todo ha terminado bien, señor. El peligro ha desaparecido definitivamente. Tan cierto como que Dios existe y tan cierto como que usted y yo estamos mirando en este momento, el

ente maligno y los seres que le ayudaban en su perniciosa tarea, no volverán a molestarles jamás. Por tanto, no se desespere y ore al Señor. El le ayudará tal como acaba de auxiliarle a través de mis exorcismos.

Con los ojos anegados en lágrimas y trémulo de emoción, me contestó:

–¡No puede hacerse idea de lo que hemos pasado, señor Mora! Sin poder acudir a nadie por miedo a que se burlasen de nosotros o dijeran que estábamos locos... Nunca he sido un hombre cobarde, ¡nunca! Más bien al contrario, me tengo por un tipo duro y fuerte, valeroso... Pero esta situación estaba pudiendo conmigo. Hasta el extremo de haber llegado al convencimiento de que la única forma de terminar con ella era matar a mi mujer y a mis hijos y por último, volarme la cabeza de un tiro. ¡Es inimaginable lo que hemos sufrido estos dos últimos años!

El cambio que habíase obrado en aquel hombre –tras la hora que duró el exorcismo–, era en verdad radical. Yo mismo no pude dejar de sorprenderme.

Me hablaba ahora con ilusiones renovadas explicándome las penas anteriores con un abierto horizonte a la esperanza... Me dijo –yo ya estaba al corriente de ello–, que tanto había sido su temor y tan grande su desesperación, que aterrorizado frente a la posibilidad de cometer algo gravísimo había decidido entregar su pistola a los superiores del cuartel para sentirse, al menos, más protegido contra sí mismo o contra las acciones que pudiera cometer sin que la iniciativa de aquellas partiera de su propia mente.

Yo le dije que muchos de los crímenes inverosímiles e incomprensibles para la razón de los humanos, que desgraciadamente se cometían casi a diario, tenían como génesis o *leit motiv*, la presencia de entes tenebrosos, malignos y demoníacos, como los que se habían posesionado de su casa y de todos ellos, excitando a la persona poseída a cometer actos irreparables de consecuencias verdaderamente caóticas.

Luego y tras despedirme, murmuré para mis adentros: Que el Señor Nuestro Dios nos guarde de todo mal y que su Santo Hijo Jesucristo, nuestro Santo hermano, Señor y Salvador nuestro, nos preserve de todo mal, y que su Santo Espíritu nos limpie y santifique para que podamos llevar a cabo sus obras.

EL GUARDIA Y LOS FENOMENOS DE POLSTERGEIST

(Segunda Parte)

Transcurrieron ocho días aproximadamente.

El reverendo Castells me telefoneó para informarme de que si bien aquella familia de Castellar del Vallés habían experimentado una ligera mejoría sintiendo un poco más de paz en sus almas, continuaban, no obstante, notando presencias malignas en el interior de su domicilio.

En especial, quien más detectaba la vecindad de los seres malévolos era el guardia, al que tiraban de los cabellos produciéndole un daño horrible y, cuando al acostarse dejaba sobre la mesita de noche el mechero y el reloj, *alguien* los hacía tintinear con la consiguiente angustia y sobresalto.

Puestas así las cosas nos personamos de nuevo en la casa decididos a terminar de una vez por todas con las presencias malignas que en ella se detectaban todavía.

Yo, cuando habíamos estado allí inicialmente y expulsamos los entes que les amargaban la existencia, no me quedé satisfecho por entero ya que intuía la posibilidad de que algunos de los componentes de la familia pudiesen estar poseídos por otros seres, ajenos a los que acabábamos de arrojar. Y cabía también la posibilidad de que mis amigos videntes –el reverendo Castells y Montse– no los hubieran captado, ya que existen espíritus astutos que cuando se saben en presencia de alguien que puede descubrirles, salen del poseído y se ocultan a los poderes de quien tiene el don de la videncia.

Por estas razones, cuando entré por segunda vez en aquel domicilio, pedí al pastor y a la muchacha que observasen atentamente a su alrededor mientras yo oraba al Señor para que con su Espíritu y su luz pudiesen captar si habían otras presencias en aquella casa.

Hice que entraran en el comedor, la abuela, el matrimonio, los dos hijos y un tercero, de ocho años, que en la anterior ocasión no se encontraba allí. Solicité permiso de la madre para que me dejase escrutar a la hija, el cual me otorgó. Luego hice sentar a la muchacha, de unos dieciocho años de edad, frente a mí y, tras orar al Señor, le pregunté:

–¿Tú ya sabes que no perteneces a nuestro mundo?

–*Sí* –fue la respuesta.

El reverendo y Montse me confirmaron que se trataba de un chico que iba al lado de la joven.

Lo cogí en nombre del Señor, lo até, y pude entregarlo en manos de los seres de luz.

Luego, Castells me dijo que acababa de tener una visión acerca de aquel muchacho: *Le vio subido a una moto circulando a excesiva velocidad y que al llegar a un cruce no respetó el STOP, siendo arrollado por un coche que le causó la muerte instantánea.* Pudimos deducir que el muchacho, en vida, conocía a la hija del guardia y quizá sentía por ella cariño o amor y que después de su muerte , su espíritu se puso al lado de ella, causándole inquietud, enfados, nerviosismo, e incluso facetas depresivas.

Después tomé al niño de ocho años teniendo sus manos entre las mías, le pregunté si era consciente de que ya había dejado su cuerpo en la tierra; la respuesta fue afirmativa. Le pedí que orase conmigo al Señor y así lo hicimos. Pero cuando le interrogué acerca de si aceptaba el perdón y la misericordia de Dios, dada por Jesucristo Señor nuestro, me respondió tajantemente que «¡No!».

Hice un intento desesperado de entregarlo a manos de los seres de luz pero, en el instante que pretendía dominarle, se me escurrió.

Lo mismo Castells que Montse confesaron no saber con exactitud *qué era* aquel ente, dado que se metamorfoseaba frente a sus ojos espirituales. Lo vieron como una mujer. Luego se transformó en un demonio negro con cara de chivo, oscuro

como pura tiniebla. Finalmente le vieron explotar igual que si se tratase de una granada de mano.

Yo me enfrentaba al handicap de estar, por decirlo de alguna manera, fuera de mi territorio. Cuando practico estos exorcismos me gusta hacerlo en mi despacho, en mi *Sancta Sanctorum*. Y no como ahora que me encontraba en una casa muy grande donde había una familia que inconscientemente participaba de la maldad y confusión que estos seres generan y que los humanos, como esponjas sensibles, asimilan. También estaban allí Castells, hipersensitivo además de vidente; su esposa, médium pero muy sensible al mismo tiempo. Y por último Montse, de cuya sensibilidad ya he hablado en el transcurso de otros casos.

Difícil papeleta la que se me presentaba en aquel momento.

Pedí al cabeza de familia que reuniese a los suyos delante de mí. El reverendo y Montse se situaron a mi derecha, lo mismo que la esposa de Castells, sentada en una mesa.

Entonces, conjuré a este espíritu en el Santo Nombre de Dios, lo conjuré en el Santo Nombre de Jesucristo, lo conjuré por el poder del su Santo Espíritu y luego lo até en el Nombre de Dios, con una atadura indestructible, lo até en el Santo Nombre de Jesucristo, y lo até por el poder de su Santo Espíritu, y al decir:

¡¡VEN AQUI...!!

... tanto la vidente Montse como el reverendo estaban desconcertados, ¡pues no podían verlo!

Pero en aquel preciso instante la señora Castells dejó caer la cabeza contra la mesa, llorando amargamente.

Supe que el ente maléfico había penetrado en el cuerpo y la *psiquis* de nuestra hermana. Y cuando puse la mano encima de la cabeza de ella, empezó a atacarme, pegándome puntapiés, enrojecidas las facciones de su rostro cual si fuesen las del mismísimo demonio.

Me gritaba al mismo tiempo:

–*¡Brujo perverso y maldito! ¡No podrás conmigo!*

Mientras el reverendo Castells oraba al Señor pidiendo por su esposa, suplicando que aquel espíritu inmundo la abandonase, yo, le conjuré y até, pero al arrancarlo ni se movió, de tan unido, de tan extraordinariamente adherido como estaba al cuerpo y la mente de aquella mujer tan sensitiva.

De nuevo lo conjuré y até, exclamando con toda la fuerza de mi alma y de mi voz:

–¡¡¡VEN AQUI... VEN AQUI!!!

Por fin, sí.

Allí, tendido a mis pies, se encontraba aquel monstruo lleno de tinieblas convertido en un amasijo oscuro.

Lo cogí con mis manos, atándolo, para entregarlo seguidamente a los seres de luz.

Al concluir, dí las gracias al Señor por su misericordia y sabiduría, gracias a la cual habíamos podido reducir a aquel ente malévolo para enviarlo al punto donde El hubiera decidido destinarle.

Por experiencia puedo decir que cuando en una casa se produce un caso de infección colectiva, o sea, que todos sus moradores son víctimas del cautiverio ejercido por uno de esos seres, es más práctico y expeditivo trabajar en terreno propio e ir cogiéndolos uno por uno.

EL AMIGO DESCONSOLADO

Les recibí en mi despacho a las cuatro de la tarde, minuto arriba, minuto abajo.

Un matrimonio de avanzada edad del cual, ella, era hermana de mi cuñado.

El esposo hacía unos seis meses aproximadamente que se encontraba muy mal.

Siempre había sido un hombre fuerte, enérgico, decidido y emprendedor. Aunque magro de cuerpo y pese a sus setenta y cinco años,m se mantenían vivas en él las huellas de una vida activa en la que no se había concedido excesivas treguas. Un fajador nato. Pero todas aquellas virtudes o cualidades habíanse esfumado medio año atrás.

Aquel hombre de facciones agradables y expresión bonancible que manifestaba pureza de sentimientos y una honradez a toda prueba, había tenido un íntimo amigo con el que solía pasear casi a diario, en invierno y en verano, y juntos recordaban lo que solemos llamar «buenos tiempos»; esos tiempos que para los que ya hemos cumplido cierta edad, no volverán. Como las oscuras golondrinas de Bécquer.

Pero bueno, centrándonos en el problema, mi visitante y su amigo no sólo recordaban los buenos tiempos sino que conversaban de política, fútbol, problemas cotidianos, etc. Inesperadamente, el fiel amigo murió.

Cuando mi visitante, extremadamente afectado por el óbito de su consuetudinario compañero, acudió al hospital o a la funeraria, hubo de enfrentarse a la desagradable sorpresa de que el difunto mostraba unos ojos muy abiertos, tanto, que casi se

le salían de las órbitas. Aquello, es obvio, incrementó su impresión inicial, la recibida al conocer la noticia de la muerte.

El día del entierro se quedó estupefacto al comprobar que los familiares de su extinto amigo, personas obreras pero no miserables, lo sepultaban metido en un ataúd de los que sólo utilizaban los mendicantes, indigentes o pobres de solemnidad.

La noche siguiente al entierro, sobre las dos de la madrugada, la hermana de mi cuñado se despertó sobresaltada al oír gritar a su marido, al tiempo que se incorporaba del lecho:

«–¿Dónde estoy? ¿Qué me pasa? ¡Me estoy ahogando!»

La buena mujer lo tranquilizó como buenamente pudo diciéndole que acababa de sufrir una pesadilla. Que procurara calmarse y conciliar de nuevo el sueño.

Fueron transcurriendo los días y la cuestión se agravó. El hombre tuvo facetas depresivas agravadas con un continuo llanto y sin dejar un solo instante de referirse a su amigo muerto. Aseguraba oírlo a su lado y escuchar como lo llamaba; incluso repetía los paseos que antaño habían realizado juntos creyendo firmemente que iba acompañado y en conversación con el difunto.

Cuando la esposa concluyó el relato, pregunté:

–¿Quién era ese amigo?

Me dieron el nombre.

Al momento me acordé del extinto ya que también me había relacionado esporádicamente con él. Se trataba de un hombre inteligente, un tanto cáustico en ocasiones, pero simpático y buena persona en líneas generales.

Creí llegado el momento de explicarles lo que íbamos a hacer, para lo cual, como casi siempre, requerí la presencia de mi joven ayudante la vidente Montse.

Una vez reunidos los cuatro hice oración al Señor, para que Montse pudiera captar la presencia del espíritu, dentro o fuera del cuerpo de aquel anciano desconsolado por la pérdida irreparable de su gran amigo.

La vidente, me dijo:

–Veo a un hombre de unos setenta años, quizá setenta y cinco... Tiene el cabello gris, con entradas, y está en el interior de este caballero.

–¿Cómo es de alto, Montse?

–Aproximadamente como el señor al que posee.

Cogí las manos del anciano entre las mías y oré al Señor para que perdonase en su infinita misericordia aquel alma errante, y al terminar, cogidas todavía las manos del hombre, dije:

–Querido hermano, escúchame con atención: Yo no quiero hablar con este hombre que tengo delante de mí, sino contigo. Por eso pido al Señor que te salve y te conceda su perdón, y también la gracia que El nos da por Jesucristo Nuestro Señor. Pido a Dios, asimismo, que abra tus oídos mentales y espirituales para que puedas escuchar mis palabras, que te brindo con todo el amor de mi corazón. Le pido igualmente que te despierte del sueño de la muerte, para que sepas que Dios te ama y que tiene misericordia de todos sus hijos. Así, pues, yo te preguntaré y tú me responderás. Hermano..., ¿sabes que ya estás muerto para este mundo, que tu cuerpo de carne se halla fuera de tí, y que tu vives por el Espíritu del Señor que te da vida?

–¡Sí..., sí..., lo sé!

Al instante sus ojos se anegaron de lágrimas.

Le consolé, diciendo:

–Hermano mío, no llores. Hoy es día de felicidad y no de tristeza. Pues no has muerto, sino que al contrario de lo que tú piensas, has salido de la muerte para enfilar el sendero que conduce a la verdadera vida. ¿Sabes que estás dentro de tu amigo?

–¡Lo sé!

–¿Me conoces a mí?

–No...

–¿No te acuerdas de un amigo tuyo que se llamaba Jorge Mora?

–¡Sí, sí...!

–Pues soy yo. Jorge Mora es quien ahora se está dirigiendo a tí... El que te explicaba estas cosas de los espíritus que a tí te causaban risa. Ahora, si lo deseas, haremos oración al Señor, pidiendo por tus pecados y por tu vida eterna.

–Quiero hacerlo, sí.

Oramos al Señor y El le concedió su perdón. Lo puse en manos de los seres de luz.

LAS FIGURAS SATANICAS

En cierta ocasión tuve el placer de ayudar a un caballero residente en Mataró (Barcelona), hombre muy formal, culto e inteligente, que desarrollaba dotes de videncia.

El, veía al lado suyo, en la cama, a un hombre con cara de cerdo. Cuando se presentó en mi consulta explicándome el caso arranqué de un manotazo aquella cabeza y até para siempre al ser inicuo, que jamás volvió a aparecérsele.

Transcurrido un largo período de tiempo me telefoneó para explicarme el caso de una señora conocida suya, propietaria de una tienda de tejidos, a la cual comenzaron a mostrársele tanto en su domicilio particular como en el establecimiento caras demoníacas. Dichas figuras brotaban lo mismo que por arte de birlibirloque en las paredes, en la piedra de mármol, etc. Mi buen amigo –que seguía desarrollando sus condiciones de vidente–, con una escarpa y un martillo, machacó una de esas horribles apariciones pero, al día siguiente, pudo observar con estupor que la diabólica visión aparecía de nuevo. Era, ni más ni menos, la cara de un demonio tal como la Iglesia Católica lo pinta: cabeza de chivo, barba, dos cuernos, y ojos maléficos y rasgados.

Me informó asimismo de que la señora que era víctima de tan extraña fenomenología, contaba unos cuarenta años de edad, y que desde un tiempo a esta parte veíase asaltada con frecuencia por peligrosos pensamientos, como por ejemplo el de coger el coche y precipitarse por un abismo, o chocar frontalmente con otro vehículo para matarse. El mismo día en que mi amigo me telefoneaba para exponerme aquella serie de inquietantes hechos, la mujer en cuestión, al levantarse de la cama vio, mirándose en el espejo, que sobre su pecho tenía como grabada la cara del demonio de un palmo aproximadamente de tamaño. Luego, y mientras seguía escrutándose ante la luna del espejo observó como la misma terrible imagen, más pequeña se formaba en su mejilla, debajo de un ojo, aumentando acto seguido de tamaño.

Aterrorizada, gritó con desesperación y acudió a nuestro común amigo el vidente. Este, al comprobar la gravedad del caso, decidió comunicarse conmigo.

Le dije que atendería aquella tarde a la atribulada señora.

Poco antes de recibirla se personó en mi consulta la joven Montse. Oramos al Señor y mi colaboradora vio dentro de la mujer de Mataró un sacerdote, mejor dicho un demonio, ya que su rostro oscuro era una auténtica máscara de tinieblas y crueldad. Su pretensión era matar a la pobre señora forzándola al suicidio.

Cuando la tuve frente a mí, ya no le prediqué al ser que llevaba dentro que el Señor tendría misericordia si solicitaba su perdón, sino que en el mismo instante en que ella tomó asiento le puse las manos encima de la cabeza y le conjuré, diciendo:

–¡Fuera en el Santo Nombre de Dios! ¡Fuera en el Santo Nombre de Jesucristo! ¡Fuera por el poder de su Santo Espíritu!

Tras pronunciar estas palabras tres veces consecutivas la vidente Montse movió negativamente la cabeza, y dijo:

–No ha salido.

Yo lo observaba burlándose de mí, pensando en su negro corazón que no podría arrancarlo del cuerpo de la poseída, lo cual me hizo comprender que estaba fuertemente atada a la infortunada señora.

Así pues, en el Nombre de Dios, de Jesucristo y de su Santo Espíritu, rompí todas las ataduras, me separé de él, lo conjuré, y atándolo con violencia, lo arranqué del cuerpo de la señora con tal rapidez, que Montse exclamó:

–¡Lo veía dentro de esta mujer y ahora lo veo en el suelo!

Cogiéndolo con mis manos lo entregué a los seres de luz y ellos lo llevaron al pozo de tinieblas que tantos y tantos méritos había hecho para obtener.

Luego supliqué al Señor que cubriese con un manto protector a la señora. Su rostro cambió al momento, confesándome:

–Señor, Mora... ¡pensaba que ya no podría aguantar más! Me veía incapaz de seguir soportando tanto dolor. Hasta el extremo de que había decidido matarme hoy mismo. Pero Dios no lo ha permitido gracias a la intervención de este buen amigo que me ha puesto en contacto con usted.

Después, terminado el exorcismo contra aquel ser impuro, me levanté, rogándole al Señor que si era su Santa Voluntad pudiese destruir todas las imágenes demoníacas que se encontraban en la tienda y el domicilio particular de aquella mujer.

Concluido este último trabajo, mi amigo el vidente y la señora, se ausentaron.

No habría transcurrido más de una hora desde su marcha cuando recibí una llamada telefónica desde Mataró. Era la hija de mi amigo quien, exaltada y con voz en la que vibraban agudas notas de horror, me hacía saber que a la dependienta del establecimiento de tejidos propiedad de la señora a la que acababa de librar del maléfico energúmeno, también le estaban apareciendo en el cuerpo aquellas figuras diabólicas.

Le contesté que ante todo procurasen tranquilizarse, que no se atemorizaran, que todo lo arreglaríamos con la ayuda de Dios y que el próximo lunes, acompañado de mi colaboradora Montse, nos personaríamos en la tienda.

Sin embargo y atendiendo a la gravedad del caso, aquella misma noche, terminadas mis habituales oraciones, pedí al Señor que por su Santo Espíritu y con la ayuda de los seres de luz, pudiera saber la verdad sobre lo que estaba ocurriendo en aquel lugar.

Cuando acabé, una voz recitó en mi mente éstas palabras:

–Hermano Mora, esta joven dependienta es una muchacha extremadamente sensitiva y lleva dentro otro sacerdote sin luz, tan perverso si cabe, o más, que el que has sacado del cuerpo de la dueña de la tienda. Además, existe un tercer sacerdote que se encuentra en el propio establecimiento. Cuando llegues allí los pones en nuestras manos, y los llevaremos al lugar que el Señor, con su justicia les dará. Ten buen ánimo, ¡nunca ningún espíritu maligno podrá contigo, hermano! Tú, ¡tú sí podrás con todos ellos! Pues tan cierto como que Dios existe, que no hay un solo espíritu que esté perjudicando a uno de tus hermanos, que no puedas arrancar.

Armados pues con la fe del Señor y de su Hijo Jesucristo y

contando con la inefable ayuda de su Santo Espíritu, llegado el lunes nos personamos en el lugar y pedí ver aquellas figuras demoníacas. Me condujeron hasta el almacén que se encontraba en la parte posterior de la tienda y me señalaron algo que se asemejaba a una media cara, diciendo:

–Ve, esto es un cuerno, y el ojo, y la barba...

Como soy persona a la que le gusta enfrentarse a los problemas con tal claridad solicité que me enseñasen todo lo demás que habían visto. Había un total de seis o siete amagos de relieves demoníacos que, a mi recto entender, atribuí más al miedo de los afectados que a una total realidad diabólica. El ser humano, si tiene la imaginación influenciada por algún poder ajeno, ya sea externo o interno, puede crear o ver rostros, sobre todo en una pared, donde el rebozado, el cemento o los desconchones, adoptan a veces formas extrañísimas que una persona sensible llega a identificar con aquello que su *mente quiere ver.*

Sin dar demasiada importancia a aquellas supuestas apariciones del averno, nos reunimos en un despacho discreto, y una vez dentro pedí a la dependienta que me respondiera a las preguntas que iba a formularle.

Me dijo, contestando a mis interrogantes, que era excesivamente sensible, muy nerviosa, que con frecuencia se sentía confusa, alterada, padecía dolores de cabeza y notaba desde poco tiempo atrás una profunda sensación de cansancio y agotamiento.

Tomé sus manos y tras orar al Señor, inquirí:

–¿Sabes ya que tú estás muerto para este mundo? ¡Contéstame!

–Sí...

–¿Eres hombre o mujer?

–¡Soy un hombre!

La vidente Montse, que estaba a mi diestra, me aclaró:

–Es un cura.

–Ya lo sé –le respondí.

Luego, dirigiéndome al ente malévolo, quise saber:

–¿Dónde estás? ¿Dentro o fuera de esta chica?

–Dentro de ella.

–¿Desde cuándo?

–Desde pequeña.

–Cuando vivías en la tierra, ¿eras sacerdote?

–¡Sí!

–¿Quieres que oremos al Señor para que perdone tus pecados y te dé la salvación que nos concede por Jesucristo Nuestro Salvador?

–¡Sí!

Oramos.

Cuando le dije...

–Hermano, ¡véte en paz!

... el espíritu de aquel sacerdote indigno seguía dentro del cuerpo de la muchacha, burlándose de mí. Riendo. Convencido en su perversa ignorancia de que nadie podía observarle. Pero la vidente Montse, que sí lo captaba, me aseguró:

–No quiere irse.

Entonces, en el Nombre de Dios y de Jesucristo y por el, poder de su Santo Espíritu, lo arranqué, entregándolo a los seres de luz, que lo llevaron al sitio donde el Señor, en su justicia, le tenía reservado.

Cuantos allí se encontraban quedaron estupefactos al comprobar que la joven poseída por aquel indigno y perverso sacerdote, no se acordaba de lo que sus labios habían pronunciado a instancias de aquél.

Como los seres de luz me habían revelado la noche que oré para proteger a las personas afectadas que eran dos los sacerdotes que en espíritu se hallaban allí, uno en el cuerpo de la chica ya exorcizada, y otro campando a sus anchas por el establecimiento, pregunté a la hermana Montse:

–¿Ves alguna otra presencia?

–No.

Por si acaso, conjuré por si había algún alma en pena o espíritu maligno que escapase a la videncia de Montse, pidiendo al Todopoderoso y a su Santo Hijo Jesucristo, que permitiesen que ella lo viera, se hallase donde se hallase.

Al punto, Montse, extendiendo el índice hacia uno de los rincones de la estancia donde nos encontrábamos, exclamó:

–¡Está ahí! Pero no es sacerdote. Es un muchacho joven. Al morir era un novicio...

Tras conjurarlo, lo até, entregándolo a los seres de luz, para que lo condujesen adonde el Señor designara en su justicia y misericordia.

LA SEÑORA GALLEGA

A raíz de haber intervenido en un espacio de la Televisión Autonómica de Galicia –en el transcurso de cuyo programa traté el tema de las posesiones benignas y malignas–, recibí la llamada de una señora gallega que me pidió que la visitase con el fin de exponerme su problema.

La recibí en mi consulta y se presentó acompañada de su sobrina, una muchacha que debía contar sobre los veintitrés años. La señora confesó tener cuarenta y cinco.

Me dijo que desde hacía mucho tiempo era víctima de depresiones crónicas acompañadas en ocasiones de siniestros pensamientos de autodestrucción. Hizo hincapié en que no era feliz y que estaba carente de estímulos que le hiciesen desear vivir.

–Reconozco, señor Mora, que mi esposo es un hombre ejemplar, un buen marido en todos los órdenes y conceptos, y que mis hijos son tan extraordinarios como él, demostrándome en todo momento el cariño y amor que me profesan. Pero...

Prosiguiendo en sus explicaciones me informó de que residía normalmente en Caracas (Venezuela), donde la habían atendido varios neurólogos, psiquiatras y psicólogos, sin que ninguno de ellos hubiera encontrado la terapia adecuada para, cuanto menos, aliviar sus dolencias.

Más tarde le habían hablado de un centro médico situado en la ciudad de Houston (Texas-USA), donde al parecer trataban casos similares al suyo.

–Tampoco allí pudieron ofrecerme el tratamiento idóneo para curarme –dijo al final. Para añadir seguidamente–:

Cuando usted habló por la TV gallega yo me encontraba de vacaciones en mi ciudad natal. Sus palabras, señor Mora, abrieron en mi corazón un resquicio a la esperanza. Y aquí me tiene. ¿Podrá usted ayudarme?

–Por supuesto que sí, señora. Sus dolencias tienen para mí un origen único, tan claro como el agua.

Le expliqué a continuación lo que íbamos a hacer al tiempo que me sentaba frente a ella tomando sus manos entre las mías.

Preguntando al ser que yo sabía llevaba dentro de ella:

–¿Hermano, eres consciente de que ya dejaste tu cuerpo de carne en la tierra, que estás muerto, aunque tu alma vive porque Dios le da vida?

–Sí.

–¿Eres hombre o mujer?

–Mujer.

–¿Dónde estás? ¿Dentro o fuera de esta señora?

–Dentro.

–¿La quieres o la odias?

–La quiero.

–¿Eras en vida familiar suyo?

–Sí.

–¿Quién eres tú? ¿Te acuerdas del nombre que tenías cuando estabas en la tierra?

–Soy su hermana y a mi lado está mi hija.

–¿Quieres que oremos al Señor, nuestro Dios, para que perdone tus pecados y conceda la salvación de tu alma?

–Sí quiero.

Oramos al Señor y luego aceptó el perdón que El nos da por Jesucristo Señor Nuestro.

Y en el Santo Nombre de Dios y de Jesucristo y por el poder de su Santo Espíritu, los entregué en manos de los Angeles Santos de Dios, para que los llevasen al lugar de su descanso.

Como yo nunca he sido vidente y cuando trabajo sólo únicamente puedo fiarme de mi capacidad intuitiva, cuando se trata de personas que residen cerca de Sabadell, al terminar mi trabajo les aconsejo que si pasados ocho días no se sienten bien, que vuelvan a mi consulta. Y digo esto por si algún ser maléfico, en el momento en que voy a arrojarlo del cuerpo que posee, se separa de éste, yo exorcizo en balde y luego el ente regresa a su lugar de posesión. Si la persona que ha sido objeto

de exorcismo me visita por segunda vez, sé que existe un espíritu que se niega tercamente a abandonar su «presa» y entonces es cuando ataco a fondo, lo ato, y se lo llevan.

Pero esta buena señora estaba pasando su período vacacional en Vigo y habría resultado penoso que, de no haber ido las cosas bien durante aquella sesión, se viera obligada a realizar de nuevo tan largo viaje.

Por estas razones me puse en comunicación telefónica con un buen amigo vidente al que pedí, que mientras yo oraba al Señor, mirase a ver lo que captaba.

Al terminar, exclamó:

–¡Caramba, Jorge! Has entregado a tres almas en pena. Una, femenina, que contaba sobre los cuarenta años; otra de una niña de nueve. Y la tercera, de un hombre, que estaba sobre los cuarenta y cinco.

Al explicarle a la señora lo que acababa de referirme el vidente, me confesó, entre lágrimas y sollozos, que su hermana, su marido, y la hija de ambos de nueve años, habían fallecido al instante en una colisión automovilística.

EL DOCTOR EN MEDICINA Y SU ESPOSA ENFERMA

Recibí una llamada telefónica que hasta cierto punto me dejó asombrado. Y la verdad, después de mis muchas experiencias, no soy dado a sorprenderme con facilidad.

Se trataba de un caballero extremadamente educado que se presentó como doctor en medicina, aclarándome que también ejercía como acupuntor siendo experto en otros campos de las medicinas paralelas. El motivo de ponerse en contacto conmigo era para solicitarme que visitara a su esposa.

Convinimos día y hora.

El sábado por la mañana de aquella misma semana se personaron en mi despacho y una vez acomodados, el doctor me explicó, con voz pausada rica en matices, que su esposa padecía depresiones profundas que se iban agravando con el paso del tiempo. Tanto él, como otros colegas suyos neurólogos, la trataban, obviamente. Pero sin que en ningún momento hubiese aparecido el menor síntoma de mejoría. Más bien, todo lo contrario.

Al margen de los estados depresivos continuados y prácticamente crónicos, su esposa tenía a veces visiones o ensueños, los cuales al cabo de cierto tiempo acostumbraban a materializarse. También habían hecho acto de presencia unas especies de lipotimias que, si bien no la dejaban de manera total sin sentido, si le producían vértigos, angustia, y una crispación nerviosa que terminaba en un profundo acceso de llanto en el transcurso del cual apenas podía respirar.

Una vez concluida esta parte del relato, el doctor, con frecuentes asentimientos con la cabeza por parte de ella, se sinceró con estas palabras:

–*Todo lo que acabo de relatarle ha incidido e injerido en nuestra relación conyugal en la mayoría de sus vertientes. A pesar de querernos y respetarnos, las cosas no son como antes. Somos conscientes de nuestro nerviosismo e irritabilidad. Incluso, a veces, más que nerviosos estamos agresivos el uno con el otro. La vida familiar se resiente, se resquebraja, incluidas hasta nuestras hijas pequeñas.*

Tras haber escuchado con total atención las exposiciones presentadas por aquel hombre conspicuo, aparentemente centrado, y muy consciente de la gravedad del momento que su matrimonio estaba atravesando, hice sentar a la esposa delante mío y, como hacía siempre, le expliqué lo que íbamos a hacer.

Cuando inicié mis oraciones al Señor ella se puso a llorar y a agitarse, echando la cabeza atrás hasta que chocó contra el respaldo de la silla, al tiempo que su cuerpo entraba en una rígida, erecta tensión.

Su marido, mirándome, trató de aclarar:

–*Esto le sucede algunas veces pero no hemos podido determinar la razón que lo produce, pues médicamente su cuerpo se nos revela como sano.*

Le puse la mano en la cabeza y dije:

–Hermano, te pido en el Santo Nombre de Dios y de Jesucristo que me escuches. Todo está bien, relájate... Piensa que el Señor nos ama y tiene misericordia de todos sus hijos. Así pues, te ruego que te sosiegues.

Al fin, ella, se relajó.

La senté bien y enjugué sus lágrimas, puesto que lloraba como una magdalena. Cuando la vi más tranquila, le dije:

–Abra los ojos y esté atenta. Procure controlar su mente si aparecen de nuevo las ganas de llorar, de enfadarse, o de decir palabrotas. Y le ruego que responda a las preguntas que voy a formularle *al que está en su interior*, pues usted, señora, va «acompañada» por un alma en tinieblas.

Me dijo que sí a todo y le pedí que cerrase los párpados.

Tras orar al Señor pidiendo su protección y auxilio, pregunté:

–Hermano, ¿sabes ya que dejaste tu cuerpo de carne en la tierra?

–Sí...

–¿Eres hombre o mujer?

–Hombre

El marido estaba blanco como la nieve. Demudado. Casi en fase alucinatoria. Encontrando dificultades para creer lo que estaba viendo con sus propios ojos y escuchando con sus oídos. Desorbitadas las pupilas miraba a su esposa con tanta estupefacción como temor.

–¿Dónde estás, hermano? ¿Fuera de esta mujer o dentro?

–Desde que era muy pequeña que penetré en ella.

–¿La quieres o la odias?

No hubo respuesta y yo insistí:

–¿La quieres o la odias?

Los labios de ella permanecieron apretados. Mudos. En total y absoluto silencio.

Viendo la renuencia de aquel ser a contestar el interrogatorio, anuncié:

–Hermano, yo te ruego en el Nombre de Dios y de Jesucristo que me digas la verdad. No soy tu juez ni tu verdugo, sino simplemente un hombre que ama al Señor y a sus hermanos y oraré por tí a El, para que perdone tus pecados y tenga misericordia de tu alma. Así pues, te ruego que me respondas con la verdad...

–¡LA ODIO!

–¿Crees en Dios?

Ensayó un ambiguo ademán que no negaba ni confirmaba, pero ante mi insistencia, acabó diciendo:

–Sí...

Oramos al Señor pidiendo el perdón de nuestros pecados y la salvación para el alma de aquel hermano, y cuando acabamos, le dije:

–Hermano, ¿aceptas el perdón y la clemencia que nuestro Dios te ofrece por el sacrificio de su Hijo y Señor Jesucristo?

–¡Sí!

–¿Aceptas partir con estos seres de luz que están a tu derecha? Ellos te conducirán por el camino que desemboca en la vida, la paz y el amor, para no morir jamás.

–¡Sí, acepto!

–¿Me prometes solemnemente en el Santo Nombre de Dios y Jesucristo, que te vas, sin engaño de ninguna clase?

No me contestó.

–Hermano... Te ruego que me contestes.

Le pedí varias veces que respondiera pero se mantuvo en absoluto mutismo.

Viendo que había pretendido engañarme al asegurar que aceptaba el perdón y la clemencia que el Señor le otorgaba por el sacrificio de Jesucristo, le conminé:

–Escúchame con atención, hermano mío. El Señor me ha concedido la facultad de que pueda atarte y arrancarte del cuerpo donde te escondes y entregarte en manos de estos seres santificados que están aquí y que te llevarán al lugar donde purgarás tus pecados y todo el daño que le has hecho a esta mujer. Te amonesto pues en el Santo Nombre de Dios y te pido que en el Santo Nombre de Jesucristo que me respondas a las preguntas que te formularé.

Hice una pausa fugaz para recobrar el aliento vivificando con aire fresco mis pulmones, y proseguí:

–Hoy, hermano mío, es tu día. Y ésta es la hora, el minuto y el segundo, en los cuales vas a escoger libremente donde quieres ir: ¿con estos hermanos llenos de luz a la vida, el amor y la paz y vivir como hijo del Señor?, ¿o las tinieblas, la desesperación y la muerte, donde pagarás por todos los pecados que cometiste estando en la tierra y también por el daño espiritual y material que le has causado a esta hermana? Libre eres para decidir, pero te advierto y en el Santo Nombre de Dios te lo digo: ESCOGE BIEN. Porque de lo contrario sabrás por tí mismo que lo que te he dicho es tan cierto como que estoy hablando contigo. ¡Responde!

No contestó.

Cuando me disponía a levantarme para arrojarlo fuera del cuerpo de la esposa del doctor, exclamó de súbito:

–¡Quizá sí que ya es la hora de que deje a esta mujer! Me entrego al Señor.

Lo tomé, poniéndolo en manos de los seres santificados que le conducirían al lugar que Dios le tenía destinado.

Una vez concluido el exorcismo, soplé sobre la frente de la señora, preguntándole:

–¿Ha sido consciente de cuanto ha dicho?

–No me acuerdo absolutamente de nada.

El marido y doctor, pasada la inicial sorpresa, estaba tan

admirado por cuanto acababa de contemplar que se sinceró con estas decisorias palabras:

–Después de lo que he visto en este despacho y tras ser testigo de una experiencia imborrable que no olvidaré mientras viva, pienso que es lamentable en grado sumo que la psiquiatría y la neurología, que tan a menudo se ven impotentes para solucionar una serie de extrañas sintomatologías psíquicas y neuróticas que les plantea la complicada mente humana, no tengan el grado de lucidez necesario para admitir, ya no como ciencia o vertiente alternativa, sino como realidad indiscutible, el hecho de que muchas de aquellas sintomatologías no tienen un origen psíquico sino una génesis de índole parapsicológica, en el supuesto de que los casos de posesión puedan encuadrarse en el campo de la parapsicología. Claro que yo mismo, hasta hace pocos minutos, era un escéptico más. Por eso quisiera que todos mis colegas pudiesen presenciar una experiencia como la que yo acabo de vivir.

–Mire, doctor –le dije–. Sin ánimo de entrar en polémica, usted y yo sabemos que la ciencia médica no está preparada ni mucho menos predispuesta a aceptar este tipo de realidades. Para ella, de alguna manera, sería el principio del fin. La psiquiatría debe seguir su camino y yo el mío. Afortunadamente, en muchas ocasiones puedo corregir los errores de aquella.

Luego, volviendo a la razón de la presencia del matrimonio en mi consulta, le expliqué al doctor:

–Este ser que se había adueñado de su esposa era un espíritu enamoradizo. Pero al quedar atado a su mujer y no encontrar el camino para salir de ella, había llegado a odiarla de tal manera, que de no ser su cónyuge una persona inteligente y con un carácter fuerte y equilibrado incluso dentro de las terribles dificultades que «él» le ocasionaba, es posible que hubiera terminado induciéndola al suicidio –hice una breve pausa y dirigiéndome entonces a la mujer, le pregunté–: ¿No es cierto señora que experimentaba un rechazo mental hacia su marido y también una especie de aversión sexual?

–Sí, es cierto. ¿Cómo lo ha adivinado?

–No se trata de un acto adivinatorio, señora. Sino una simple deducción. Sabiendo que era el espíritu de un hombre quien la poseía, esa actitud de usted hacia su esposo, para mi está tan clara como que dos y dos son cuatro.

Pocos minutos después, nos despedíamos.

El médico, tal como había dicho, jamás olvidaría la experiencia que acababa de vivir entre las cuatro paredes de mi despacho. Y la señora, desde aquel mismo instante, nacería a una nueva vida de paz y tranquilidad.

EL ESPIRITU ENAMORADO Y CELOSO

Las fiestas navideñas estaban llamando a las puertas del calendario y a la puerta de mi casa llamó una joven de treinta y dos años, bellísima, con unos ojos preciosos y unas facciones dulces, exquisitas de tan agradables.

Me contó que estaba casada con un hombre que la aventajaba en veinte años del que se había separado por resultarle la convivencia con él prácticamente imposible. Al producirse aquella separación la joven se había hecho cargo de la hija habida en su matrimonio. El esposo, que la amaba con locura, hizo lo indecible (en el buen sentido) para convencerla de que volviera a su lado, pero ella se encontraba con frecuentes depresiones, extraños pensamientos, su vertiente laboral tampoco funcionaba como hubiese deseado y por todas esas razones tenía el ánimo nada predispuesto a reanudar su vida marital con aquel hombre.

Fue conociendo a otros varones y cuando empezaba a convencerse de que uno de aquellos le simpatizaba o suponía quererle, sin saber el cómo ni el por qué, de pronto, le encontraba defectos y al final rompía aquel amago de relación.

Por fin hubo uno con el que decidió vivir en pareja pero aquel joven, al cabo de poco tiempo, se ahorcó. La familia del muchacho la responsabilizaron a ella de la tragedia y eso la sumió en un pozo de pesadillas y confusiones del que se veía imposibilitada para salir por sí misma.

Acabó admitiendo que estaba harta de la vida y que de no haber sido por su hija, quizá habría tomado la irrevocable decisión de suicidarse.

–Toda mi existencia carece de sentido, señor Mora. Desde pequeña fui una chica triste, incapaz de comunicarse con los demás... Sola, siempre sola. ¡Profundamente sola! Sé, no obstante, que tengo mi corazón lleno de amor. Pero, la pregunta es: ¿a quién puedo dárselo? Todo lo que toco lo destruyo. Me he pasado la mayor parte de mi vida con el miedo metido en lo más profundo de mi alma. Siempre en tensión... Siempre esperando algo malo... Siempre nerviosa e incapaz de hallar la paz para mi espíritu y mi mente. Cuando estoy en la cama siento, en muchas ocasiones, como si alguien me estuviera tocando. A veces tengo la certeza de que una voz desconocida le habla a mi pensamiento y experimento verdadero terror...

Al ver que las lágrimas asomaban a sus hermosas pupilas, tomé sus manos y le dije:

–Mira, yo voy a orarle al Señor. Luego volveré a tomar tus manos y tras pedirte que cierres los ojos, te haré unas preguntas. Y tu me iras contestando lo que te venga a la mente, ¿de acuerdo?

Mientras le daba estas explicaciones vi que gradualmente se iba poniendo nerviosa hasta el extremo que me pidió pasar al baño. Al volver, me dijo con voz temblorosa:

–Señor Mora, por favor... ¿puede pasarme algo? Es que me siento nerviosísima, ¿sabe? ¿Volveré a ver a mi hija?

–No temas nada, de veras. Has venido para curarte, no para que yo te haga el menor daño. He visto miles de personas y gracias al Señor nunca ha sucedido nada malo. No temas. Estás en buenas manos. No dejaré que te ocurra el más insignificante de los males, pues el Señor vela por todos nosotros.

Procuré que se relajase y al verla más tranquila, proseguí:

–Vamos a esperar unos minutos a que venga mi auxiliar, la señorita Montse, una vidente que colabora conmigo en estas tareas espirituales. Necesito que ella me confirme si la situación que intuyo en tí es exactamente como yo la veo.

–¿Qué cree usted, señor Mora?

–Muy sencillo. Que estás acompañada por un espíritu enamorado de tí. Se trata, sin duda, de un muchacho joven. En esto último puedo equivocarme, en lo de que vas acompañada, por supuesto que no.

Segundos después le dije que cerrara los ojos al tiempo que tomaba sus manos entre las mías, preguntando:

–Hermano, en el Santo Nombre de Dios, ¿sabes que ya no eres de este mundo nuestro?

–Sí, lo sé.

–Qué eres, ¿hombre o mujer?

–Hombre.

–¿Estás fuera o dentro de esta joven?

Justo en aquel instante hizo acto de presencia Montse –es la única persona que tiene autorización para entrar en mi despacho cuando estoy efectuando un trabajo espiritual–, a quien indiqué con una seña que mirase «lo» que estaba dentro de la muchacha.

Proseguí mi interrogatorio, repitiendo:

–Dime dónde estás, ¿dentro o fuera de ella?

–Dentro.

–¿Hace mucho tiempo de eso?

–Entré en su cuerpo cuando ella contaba tres años.

–¿La quieres o la odias?

–¡La quiero mucho...! ¡Nunca he querido hacerle daño!

–Hermano, ¿eres un hombre joven, de mediana edad o mayor?

–Me llegó la muerte a los veinte años.

La vidente Montse me hizo un gesto inequívoco diciendo en silencio que se trataba de un muchacho de edad similar a la de ella.

Entretanto, el espíritu del joven, suplicaba a través de los labios de su poseída:

–¡Déjame con esta mujer, por favor! Yo la quiero y no le hago ningún daño. ¡Sólo quiero protegerla!

De acuerdo con las teorías espiritistas a este joven hubiese sido calificado de «guía espiritual». Yo hace años que dejé de creer en los *protectores*. ¡Dios nos libere de todos ellos! Sólo Dios y su Hijo Jesucristo nos deben proteger y nosotros solicitar su protección. El alma sin luz de un hermano, que posee a un mortal, que vive dentro de él, e influye en todas sus decisiones, no es precisamente una garantía de seguridad y éxito. Yo diré lo de siempre: *si un ciego guía a otro ciego, acabarán cayendo ambos en el mismo hoyo.*

No hice caso de sus súplicas limitándome a preguntarle:

–¿Quieres que oremos al Señor para que perdone tus pecados y le conceda la salvación a tu alma?

–Sí, si quiero... Siempre he creído en Dios. Pero..., ¿quién protegerá a Feli?

La muchacha poseída se llamaba Felisa.

Le respondí, en tono conciliador:

–Dios la protegerá. El cuida de todos nosotros hasta que se produce la muerte del cuerpo. Luego, restaurará nuestra alma concediéndonos otro cuerpo lleno de Luz y de la gloria de los hijos del Dios Altísimo, y tú, joven hermano mío, cuando estés satisfecho y lleno de luz, pide al Señor por Felisa. Entonces sí podrás ayudarla, pues para aquellos que se aman no existe el tiempo ni el espacio. Desde entonces sí podrás ser su protector.

Tras una brevísima pausa, añadí:

–Hermano, aceptas el perdón y la misericordia que Dios te ofrece por Jesucristo Señor Nuestro, que dio su vida para que nos salvásemos por toda la eternidad... ¿Si o no?

Su respuesta fue afirmativa y luego aceptó partir con los seres de luz a quienes dijo:

–Veo una luz muy bonita.

Yo, le hablé con estas palabras:

–Hermano, que Dios te bendiga. Te ayudaré a marchar en paz.

Puse mis manos en la espalda de la muchacha, sobre la cintura, y al empujarlo para que saliese del cuerpo, ella empezó a mover los labios y el espíritu dijo a través de ellos:

–¡Adiós, amor mío! Nunca más estaré contigo... ¡Adiós Feli, vida mía! Siempre me acordaré de tí. Te quiero amor mío. ¡Nunca te olvidaré..., nunca! Adiós... Adiós... Adiós.. Adiós vida mía, ¡siempre te querré!

Felisa estaba llorando amargamente.

Miré a Montse y me confirmó que el joven espíritu enamorado se había ido con los seres de luz.

Soplé sobre la frente de la joven y ésta, tras parpadear, me preguntó:

–¿Qué ha pasado?

–¿No te acuerdas de nada? –interrogué yo a mi vez.

–No, señor Mora. Realmente estoy muy confusa... Pero no tengo noción de lo que ha sucedido...

Se lo expliqué punto por punto.

Conforme iba avanzando en mi relato, Felisa tuvo ciertos contactos con lo sucedido ya que admitió recordar, como entre

brumas, la voz del joven espíritu diciendo que la quería.

Luego, y al concluir mis explicaciones, le aclaré que aquella sensación que había tenido a veces acerca de sentirse manoseada en la cama, era debido a que «él», pretendía obrar como cuando era humano y al quererla con tanta pasión, intentaba hacer el amor con ella cosa que, naturalmente, estaba incapacitado como espíritu para realizar de manera plena.

Este joven no era malo y la quería con el amor que en la tierra podemos sentir por otra persona del sexo opuesto. Incluso, estoy convencido, de que aquel espíritu influyó en su momento sobre la joven señora para que se separase de su marido que la aventajaba en edad. Y debió repetir la operación con todos los hombres que Felisa iba conociendo.

Por eso he dicho antes y repito ahora... LIBRENOS DIOS DE TODOS LOS ESPIRITUS LLAMADOS PROTECTORES.

LA JOVEN, EL ESPIRITU FORNICADOR Y EL ESPIRITU INVISIBLE

Aquella tarde recibí dos muchachas de unos veintitrés y veinticinco años respectivamente.

Al no encontrarse en el despacho mi joven colaboradora, la vidente Montse, hice oración al Señor y seguidamente tomé las manos de una de las chicas. Al preguntarle al espíritu que la poseía si era hombre o mujer dijo tratarse de un varón confesándose consciente de haber muerto cuando contaba veinte años de edad.

Cuando le requerí para que hiciésemos oración al Señor en busca de la clemencia y misericordia de El, no obtuve respuesta. Tras insistir varias veces sin que a la mente de aquella señorita acudiese respuesta alguna que debía gestarse en el joven que la poseía –la chica en cuestión era afecta a las depresiones, estados de ansiedad, crisis nerviosas, histerias, llanto y pensamientos de suicidio–, anuncié:

–Hermano, sé que me estás escuchando, y te pido en el Nombre del Señor que respondas, pues es para bien de tu alma y de esta muchacha, y si aceptas el perdón y la clemencia del Señor, podrás irte en paz. De lo contrario tendré que expulsarte fuera de ella y no hallarás el perdón del Señor, sino su justicia y tendrás que pagar todo el daño que le estás haciendo a ella.

Mientras estaba pidiendo a aquel ser que se entregase a la misericordia de Dios, entró Montse. Hice oración al Señor y la vidente me dijo:

–Esta chica no lleva nada.

–Estás equivocada, Montse. Acabo de hablar con el espíritu que la posee.

Hicimos de nuevo oración y mi auxiliar volvió a repetirme:

–No veo nada.

Entonces, alzándome de mi asiento, me puse a unos tres metros del punto donde la poseída se hallaba sentada, pidiéndole:

–Cierra los ojos...

Luego me dirigí a este ser que habíase apartado momentáneamente de ella y dije:

–¡Escúchame, hermano! Tú, que tantos años hace que estás amargando la existencia de esta joven... Yo te conjuro, donde quiera que te halles, ¡en el Santo Nombre de Dios!, te conjuro ¡en el Santo Nombre de Jesucristo!, te conjuro ¡por el poder de su Santo Espíritu!, y a ti te digo: Yo te ato en el Santo Nombre de Dios, con una atadura indestructible; te ato en el Santo Nombre de Jesucristo y te ato por el poder de su Santo Espíritu.

Al pronunciar estas palabras y estos conjuros, con el brazo extendido y el puño cerrado, aguantando así la cuerda mental y espiritual, di un brusco tirón y allí, a mi lado, estaba el espíritu rebelde de aquel joven. Lo tomé con mis manos para entregarlo a los seres de luz para que lo condujeran al lugar de su castigo.

Acto seguido hice sentar frente a mí a la otra muchacha. Tras orar al Señor y al preguntarle si se trataba de hombre o mujer me respondió que era varón aceptando el hecho de ser consciente de su muerte terrenal.

Montse me informó de que veía dentro del cuerpo de la chica un hombre de unos cuarenta y cinco o cuarenta y ocho años, de complexión atlética, y cabello abundante y grisáceo.

Cuando le interrogué acerca de si quería u odiaba a su poseída, exclamó:

–¡La quiero, la quiero...! ¡La quiero mucho! ¡Soy su padre!

Seguidamente, estalló en copioso llanto.

Luego, le oí repetir:

–¡La quiero, la quiero, la quiero...!

Lo interrumpí, para decirle:

–Hermano, tranquilo. Ya he oído que la quieres... Pero, ¿crees en Dios?

–Sí.

–¿Quieres que hagamos oración al Señor para que perdone

tus pecados y te otorgue su clemencia por Jesucristo Señor Nuestro?

–¡No! Quiero quedarme con ella. La amo, la adoro...

Y siguió deshaciéndose en expresiones de amor y pasión hacia su poseída.

Viendo entonces que se negaba rotundamente a hacer oración, oré al Señor sacándolo del cuerpo de su hija para entregarlo a los seres de luz.

Después bendije a la joven y quise saber si era consciente de lo que acababa de suceder, de lo que había hablado. Me respondió que tenía la sensación de haber soñado pero con un punto de lucidez que le indicaba que «otro» había estado hablando por su boca.

Luego, me confesó:

–Siempre he tenido la certeza de que él estaba junto a mí. Desde que murió nunca se ha apartado de mi pensamiento y he creído que me protegía, pues ambos estábamos muy unidos y habíamos sufrido mucho.

Dirigiéndome a mi eficacísima colaboradora, Montse, le dije lo siguiente:

–Explícale a esta chica como era el hombre que yo he sacado de su cuerpo.

La vidente, repuso:

–Debería contar entre cuarenta y cinco o cuarenta y ocho años de edad. Fuerte, alto, de contextura más bien atlética. El color del cabello grisáceo...

La muchacha, con unos ojos muy abiertos y mostrando en la expresión de sus bellas facciones un rictus de asombro y estupor al mismo tiempo, exclamó:

–¡Imposible...!

–¿Por qué? –le pregunté yo.

Y ella, con voz firme y lógicamente muy segura de lo que decía, anunció:

–Mi padre era más bien bajo y delgado y murió alrededor de los sesenta.

–Estaba convencido de que no era quien decía ser –le hablé a la joven. Añadiendo–: Me ha hecho sospechar esa insistencia en decir una y otra vez que te amaba y te quería. Más bien parecían los lamentos de un hombre profundamente enamorado. Y no era lógico que tu padre te amase de esa «manera». ¿Me

permites que te haga una pregunta tan delicada como necesaria?

–Sí, claro que sí, señor Mora.

–Cuando estabas en la cama, despierta o en sueños, no habías experimentado la sensación de que un hombre se tendía sobre tí como si pretendiera realizar el acto sexual...

–¡Sí, cierto! Casi siempre sucedía lo que usted acaba de decir. Sin embargo, era la figura de mi padre la que se acercaba al lecho. Y yo le decía: «Papá, papá, si me quieres, ¿por qué me haces esto?» Yo sufría al estar convencida de que aquello era un pecado grave. ¡Hacer el amor con mi propio padre!

–Puedes estar tranquila que ya ha quedado fuera de toda duda que no era él. Se trataba del espíritu fornicario que he arrojado fuera de tu cuerpo, que adoptaba la apariencia de tu progenitor, para engañarte y para que no lo rechazaras.

Estos seres son los que la Iglesia Católica llamaba espíritus íncubos o súcubos.

Por último, la bendije.

LA JOVEN QUE INSULTABA A SU MADRE

–Siempre y sin razón, señor Mora, me pongo furiosa, llena de odio e insulto a mi madre con palabras de lo más groseras que imaginarse pueda. Y ello, dura desde que yo era bastante menuda. Yo..., ¡quiero a mamá! Pero nuestra existencia en común es un verdadero infierno. ¿Cómo es posible que queriéndola pueda llamarla puta, guarra, alcahueta y otras barbaridades por el estilo?

Esto, me lo estaba explicando en mi despacho, una joven señora que no contaba más de treinta y cinco años.

–Veamos... –susurré, tras un período de silencio que invertí en escrutar atentamente las facciones de mi interlocutora– ¿Verdad que es usted una persona sensible, pero introvertida al mismo tiempo, que de continuo se encuentra nerviosa y que padece depresiones con cierta frecuencia?

–Sí...

–¿Y no es cierto también que su vida carece de alicientes, que se halla como muerta, que no es capaz de amar a nadie y se siente llena de rencor y odio?

–Ha hecho usted un perfecto retrato de mi personalidad psíquica, señor Mora. ¡Hasta parece imposible!

Acto seguido hicimos oración al Señor, pidiendo que su Santo Espíritu y su inmensa sabiduría estuviese con nosotros. Al concluir los ruegos la joven Montse, que allí se encontraba, le dijo a nuestra visitante:

–Lleva dentro de su cuerpo el alma sin luz de un muchacho de unos veintiocho o treinta años.

Luego, tomé las manos de la mujer y tras orar de nuevo, el alma de aquel hombre aceptó la clemencia y la salvación que Dios, por Jesucristo nuestro hermano y Señor, nos otorga. Lo entregué en manos de los seres de luz.

Por último impuse mis dedos sobre la cabeza de la exorcizada y la bendije en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Pedí también al Señor que protegiese su alma, su mente y su cuerpo de toda influencia maligna, y terminamos.

Si he decidido explicar este caso concreto, parecido a otros cientos que he tratado –de los cuales expongo más de uno en la presente obra–, es porque tiene para mí un especialísimo significado.

Supongo que los lectores se estarán preguntando sobre ese significado, ¿no?

Bien. Voy a aclararlo de inmediato. Tal hecho sirvió para que Montse me obsequiara con una extraordinaria prueba de videncia. Y por eso y por tenerla a mi lado colaborando en mis tareas espirituales, le doy gracias infinitas al Señor.

¿Cuál fue esa extraordinaria prueba?

No pudimos ser conscientes de ella hasta que al cabo de un mes, la joven señora de treinta y cinco años, regresó a mi consulta.

Lo primero que le pregunté, fue:

–¿Acaso no se encuentra bien...?

Ella, con una franca sonrisa en sus labios rojos y carnosos, exclamó:

–¿Bien dice usted, señor Mora? –añadiendo con énfasis contagioso–: *¡Me encuentro en la gloria! Desde que estuve en su casa por primera vez, mi madre y yo vivimos como José y María. Jamás he vuelto a insultarla ni a faltarle el respeto, ¡estamos de maravilla! El cambio se nos antoja un sueño... Un sueño tan hermoso que a veces, incluso, tenemos miedo de despertar de él.*

No puedo, ni pude en aquel momento, ocultar que estaba sorprendido.

–¿Entonces...?

Volvió a sonreírme con una alegría que desde muchos años atrás no disfrutaba.

–¡Ah...! ¿Se está preguntando que si todo va bien por qué he vuelto, verdad?

Yo, devolviéndole su franca sonrisa, moví la cabeza afirmativamente al tiempo que pronunciaba:

–En efecto, señora. Eso es lo que me estoy preguntando.

–Verá... He venido a instancias de mi madre para darles las gracias por mi recuperación casi milagrosa y, al mismo tiempo, para solicitar de ustedes un favor.

–¿De qué se trata? –pregunté, sin ocultar mi curiosidad.

–Mi madre, cuando me peleaba con ella insultándola gravemente, solía decir que me expresaba como un antiguo pretendiente suyo, que por rencillas de enamorados la insultaba y ofendía. Fueron novios durante nueve años pero, debido a su carácter violento, agresivo en ocasiones, así como a sus groserías, insultos y amenazas, tomó la definitiva decisión de romper con él, casándose tiempo después con mi padre. Pero su antiguo novio, siempre la odió, proclamando a los cuatro vientos que era un desgraciado por culpa de ella. Al estallar la Guerra Civil en España, ese hombre fue una de las primeras víctimas del enfrentamiento, cuando contaba unos veintiocho años de edad.

Terminó su extenso relato, preguntándome:

–¿Podría ser ese hombre el que la señorita vidente vio dentro de mi cuerpo?

–Es difícil... Pero no imposible, desde luego.

–¿Si yo le mostrase una fotografía del ex-novio de mi madre, cabría la posibilidad de que ella lo reconociese?

–¡Claro que sí! –exclamé.

Entonces la exorcizada extrajo de su bolso de mano un retrato antiguo en el cual estaba reproducido un grupo de seis hombres, situados en línea horizontal frente a la cámara.

Montse, tras escrutar detenidamente la fotografía, señaló a uno de los hombres y anunció:

–Este es el espíritu que llevabas dentro de tí.

La mujer se quedó sin habla. Muda. Pálida como un cadáver. Pero con los ojos muy abiertos, casi desorbitados.

–¡Dios Santo...! –exclamó–. *¡Es él, sí! ¡EL EX-NOVIO DE MI MADRE!*

EL MEDICO DE VALENCIA

Habían transcurrido quince días desde que en Castelldefels (Barcelona), y patrocinado por la revista *KARMA-7*, se celebrara el primer Symposium sobre obsesiones y posesiones demoníacas, en el que había participado médicos, psiquiatras, sacerdotes, jesuitas y parapsicólogos, historiadores, etc., cuando recibí una llamada telefónica procedente de Valencia.

Se trataba de un caballero que se identificó como doctor en medicina y que al no haber podido dialogar conmigo en el referido Symposium, me pedía una entrevista para el lunes de Pascua por la mañana.

Accedí, y al día convenido a las doce en punto, hizo acto de presencia en mi consulta. Cuando tuve en la mano su tarjeta de visita, me quedé boquiabierto frente a su extenso *curriculum vitae* que, dicho con tono desenfadado y coloquial, «no tenía desperdicio».

Lean y verán:

Puericultor del Estado por oposición.
Inspector médico de la Cruz Roja.
Profesor por I.C.S.
Médico de A.P.D. por oposición.
Médico del S.S.E. por oposición.
Radiólogo.
Médico de la Marina Mercante.
Diplomado en Sanidad.
Médico puericultor y maternólogo titulado.
Experto en Higiene y Seguridad en el trabajo.
Médico de empresa.

Cuando terminé de asimilar todo aquel rosario de títulos y doctorados, procurando esconder en la medida de lo posible mi sorpresa y hasta puede que mi admiración, aquel cúmulo de títulos y licenciaturas, empezó a exponerme su vida y problemas.

Su estado civil era el de soltero si bien habían desfilado por su vertiente amorosa infinidad de jóvenes, novias inclusive algunas de ellas, con más de una de las cuales tuvo intención de matrimoniar en busca de establecer la familia que todos apetecemos. Pero nunca las cosas, en cuestión de amores, se desarrollaron a medida de sus deseos.

En el área profesional y económica tampoco los resultados habían sido brillantes. Cualquier empresa que iniciaba estaba de antemano destinada al fracaso, lo mismo que si él fuera un gafe de la peor especie. Por lo que se refería a los estudios me confesó que cuanto lograra le había costado sangre, sudor y lágrimas. Todo a base de grandes sacrificios y tremendos esfuerzos; lo que a otros sólo les costaba 10 a él le había costado 100.

Hombre fundamentalmente católico había llegado a la conclusión de que el catolicismo había perdido carisma y que el Espíritu de Dios no lo encontraba en aquellos que predicaban su Santa Palabra. Convencido de su tesis, si bien seguía asistiendo a los ritos de la Iglesia, lo hacía por simple rutina. Por no romper una tradición que, en él, databa de antiguo.

Acabó exponiendo que en los últimos tiempos se dedicaba al estudio del ocultismo y también al descubrimiento por su parte de las religiones Budista, Hinduista y de los grandes maestros orientales. Me habló de haber encontrado por esos caminos un poco de paz aceptando, también, que la amarga existencia de soledad y depresiones que le acompañaba, seguramente era el reflejo de un mal *karma* de otra vida.

Dijo asimismo, en el transcurso de su larga pero interesante perorata, que mi disertación sobre las posesiones –se refería al Symposium citado en principio– le impresionó profundamente, y que estaba convencido de encontrarse en uno de los supuestos que yo citara en mi ponencia.

En uso de la palabra y respondiendo en líneas generales a sus exposiciones le dije, de entrada, que no perdiese el tiempo dedicándose a las ciencias ocultas, pues solo hallaría miseria mental y espiritual.

Luego de una brevísima pausa y mirándole con fijeza, anuncié:

–La mayoría de esos volúmenes no son más que tímidas aproximaciones a la verdad, fruto de la tremenda ignorancia de los pseudointelectuales, místicos y librepensadores, que se dedican a esos trabajos. Pura especulación, doctor, de la que sus autores sólo pretenden éxitos comerciales y buenos dividendos.

Me tomé otro respiro antes de añadir:

–Nos rodea un mundo fantasmagórico separado del nuestro, del humano, por el delgado filo de una navaja, poblado de millones y millones de hermanos nuestros, presos en las redes de su propia ignorancia. Al morir sus cuerpos, siguieron muertas sus almas, sin luz, sin conocimiento ni sabiduría espiritual, en tinieblas, llenos de miedos, de odio, ávidos de sexo, de bebida y comida, esclavos de la fornicación, con ansias los más duros e inteligentes de volver a vivir... Y estos, buscan siempre el cuerpo y la mente de personas sensibles e impresionables, y cuando una de aquellas se pone a su alcance, la penetran, y así, al dominar la psiquis y el alma del poseído se convierten en «uno de solo», y así, pueden gozar de todos los placeres carnales, como el comer, el beber, la fornicación... Controlan la personalidad del «ocupado», que pasa a un segundo término, ya que siempre prevalece la voluntad del posesor.

La conversación se fue convirtiendo en una gigantesca hipérbole en cuyo transcurso expusimos teorías, posibilidades y realidades, siendo yo quien durante la segunda parte llevé el peso de la misma abordando una serie de interesantísimos temas que ahora resultaría demasiado extenso pormenorizar.

Luego de tres horas de diálogo llegamos al *leit motiv* concreto de su presencia en mi consulta, que no era otro que el de averiguar si mi docto amigo llevaba con él algún alma en pena o espíritu maligno.

Le respondí afirmativamente sin dejar lugar a la más mínima duda.

–Sí, va usted acompañado.

Después telefoneé a la vidente Montse que corroboró mi diagnóstico inicial, ratificando que el médico llevaba dentro de su cuerpo el alma de un hombre de unos 55 años.

Oré al Señor y al preguntarle al ente si quería al humano del que se había posesionado o le odiaba, repuso:

–¡Le odio! Estoy atado a él y no encuentro la forma de escapar.

Oramos juntos al Señor y aceptó el perdón y clemencia que por Jesucristo Dios nos da, y acto seguido lo puse en manos de los seres de luz y ellos le condujeron al lugar que le correspondía.

LA JOVEN DE O. DE M. Y EL BRAZO CORROMPIDO

Aquella mañana, acompañado de mi esposa y la vidente Montse me dirigí al pueblecito de O. de M. donde nos esperaba una familia cuya hija mayor, de treinta y seis años, se encontraba desde su más tierna infancia en un estado físico y mental francamente deplorable. Eso, era obvio, se había convertido en un auténtico calvario para sus allegados.

En la actualidad esta muchacha apenas pronunciaba una sílaba limitándose a repetir, de tarde en tarde, algunas palabras que escuchaba a quiénes estaban en su entorno.

A veces, no siempre, la supuesta enferma se comportaba de un modo agresivo, atacando a los suyos. Al tratarse de una mujer recia y fuerte se les hacía muy difícil poder dominarla. Se habían planteado en varias ocasiones la posibilidad de internarla, pero a la hora de tomar la decisión definitiva siempre pudo más el cariño que le profesaban.

Tenía momentos en los que se ponía a pasear trazando círculos sobre sí misma y así se pasaba horas y horas. De súbito estallaba en carcajadas histriónicas a las que sucedían gritos verdaderamente espeluznantes.

Resumiendo: sus familiares vivían un auténtico calvario; algo muy parecido a estar crucificados en vida.

Cuando vinieron a consultarme por primera vez, esta muchacha estaba poseída por un ser inmundo, más negro que la propia muerte. Como no pude hablar con él por la parquedad de vocabulario de la posesa, Montse detectó a ese ente que podríamos calificar de verdadero demonio. Tras el conjuro pude

echarlo fuera y los seres de luz lo condujeron a las tinieblas, a la prisión tenebrosa de donde no podrá salir jamás ni podrá hacer daño a los seres de este mundo terrenal, hasta que haya pagado con largueza todo el mal realizado, tanto en su vida humana como cuando se encontraba en ese mundo sutil y lóbrego donde moraba.

Desde aquel momento la mujer pareció entrar en una fase de tranquilidad y se condujo con mucha más calma que antes. Ya no se mordía las manos, arrancándose la carne y produciéndose horribles heridas como hiciera anteriormente.

A partir del día en que expulsamos ese ser inmundo del cuerpo de la muchacha, sus padres y familiares volvieron a la vida. Cierto que la tuvimos que asistir en otras ocasiones, ya que ella es como una especie de casa en la que no existen puertas ni ventanas, por lo cual, está abierta (aunque pueda parecer lo contrario) y expuesta a cualquier agresión por parte de espíritus sin luz o almas en pena.

Hace poco tiempo los padres de la exorcizada se presentaron de nuevo en mi domicilio explicándome lo siguiente: anexo al comedor de la casa tenían un cuarto, especie de despensa, donde almacenaban patatas, cebollas, verduras, etc. (ellos son payeses), y del interior del mismo hacía unas fechas que brotaba un olor que se podía equiparar al de la carne corrompida. Al percatarse de aquella extraña anomalía habían cambiado las vituallas de sitio pero, al dejar la despensa vacía, no encontraron nada, absolutamente nada, que pudiese justificar el efluvio nauseabundo que percibían.

Oramos al Señor para que con su Santo Espíritu y su Luz eterna iluminase la casa donde vivían aquellos hermanos y los ojos espirituales de la vidente pudieran penetrar en ella. Lo que vio, fue realmente terrible: el alma de un hombre de aspecto fiero que se encontraba en un ángulo de la estancia empleada como despensa, portando en su mano derecha una guadaña y en la izquierda el brazo cortado a un ser humano. La vidente quedó horrorizada al captar aquel lienzo dantesco, macabro, que le era ofrecido a su mirada espiritual. El brazo cercenado que portaba aquel alma en tinieblas era la causa del insoportable hedor que asfixiaba a los habitantes de la casa.

Me levanté e hice oración al Señor y a su Santo Hijo Jesucristo y tras invocar también a su Santo Espíritu, conjuré al

ente, lo até, y lo puse en manos de los seres de luz para que lo llevasen al lugar que el Señor, en su justicia, le concediera.

Volviendo ya al principio del relato, al día en que nos dirigíamos a visitar a esos hermanos, ello era debido a que habían realizado unas reformas en la casa habiéndonos invitado a que la contempláramos en su nuevo aspecto. Como no fuimos capaces de negarnos a aquella prueba de afecto, allí estábamos ya. Las obras efectuadas eran notorias ya que de una simple casa de payés habían hecho un estupendo domicilio, sobre todo en la planta superior, con toda clase de comodidades.

Cuando nos mostraron el dormitorio de los padres de familia, ellos mismos nos confesaron que la muchacha que yo exorcizara anteriormente nunca entraba en ella y que, tan sólo al pasar por delante, se ponía muy nerviosa.

Oramos al Señor y allí, en aquella habitación, la vidente captó el alma de la abuela de la chica. Vio la cama y el cuarto tal como era exactamente cuando la anciana vivía en la tierra. Conteniendo, ahora, el alma en pena de quella mujer como un fantasma sin luz. Oré a Dios y en su Santo Nombre, en el Santo Nombre de Jesucristo su hijo y por el poder de su Santo Espíritu, y tras coger a esta hermana sin rumbo la entregué a los ángeles de luz para que la llevasen al camino que conduce a la vida, la paz y el amor.

El viaje, pues, había servido para algo más que contemplar unas obras y el remozamiento de la casa.

Hoy en día, esta familia profundamente cristiana, vive en la paz del Señor y cuando detectan que su hija se pone nerviosa porque la posee algún alma en pena, la expulsamos de su cuerpo y gracias a Dios pueden seguir viviendo sin angustias ni sobresaltos.

EL MATRIMONIO QUE VINO DE BILBAO

Ocurre, aunque no con demasiada frecuencia porque desgraciadamente no dispongo de tiempo para ello... Ocurre, decía, que de cuando en cuando trato de poner en orden mi biblioteca, mi escritorio, y la serie de papeles, recortes y documentos que voy almacenando, relativos a los casos de exorcismo que he tratado en mis largos años de servicio en favor de mis hermanos por inspiración del Señor y por amor a él.

Estos días y con motivo de ir seleccionando los casos que entrego al Sr. Caudet para que él les vaya dando el toque sintáctico y literario que precisan para ser trasladados a ustedes, los lectores, en forma de libro, he encontrado unos apuntes que al instante me llenaron de alegría porque casi me había olvidado de ellos.

Se trata de un suceso acaecido hace diez años y que se produjo, más o menos, como voy a explicarles a continuación.

Un matrimonio procedente de Bilbao vino a la Iglesia en la cual yo servía al Señor predicando su palabra. Eran jóvenes ambos componentes de la pareja; él debía rondar la treintena y ella contaba unos veintisiete años de edad. Cuando concluyeron los servicios religiosos les invitamos a que entrasen en la habitación donde practicábamos la caridad espiritual y los exorcismos a las personas necesitadas de ello.

Mientras hablábamos con el matrimonio el Obispo de la Iglesia, hermano J.C.X., vidente por la gracia del Señor, me informó con asombro que detrás del hombre que estaba conversando conmigo se encontraban los espíritus de dos guardias ci-

viles. Los veía con igual claridad que si estuviesen en carne y hueso delante de sus ojos.

La visión espiritual del hermano J.C.X. se circunscribía a la estación invernal dado que captaba a aquel par de ex-miembros de la Benemérita con capotes y cuello alzado, como si se resguardasen del frío, aspecto serio, fusil al hombro y tricornio encasquetado.

Tras tener conocimieno de la visión me dirigí al muchacho que hablaba conmigo y que acababa de confesarme que sufría depresiones, angustias, nerviosismos y profundos estados de ansiedad acompañados de inquietantes pensamientos, los cuales, incluso, estaban comenzando a afectar la relación cordial e íntima que hasta entonces había mantenido con su joven y bella esposa, explicándole lo que acababa de ver nuestro Obispo.

Quedé perplejo al ver como palidecía su rostro. Tuve la sensación de que iba a desmayarse. Luego, tras rehacerse, me preguntó con apenas un hilo de voz:

–*¿Cómo son esos guardias civiles?*

El vidente se los describió con escrupulosa exactitud.

–*¡Dios mío!* –fue su inmediata exclamación–. *¡Se trata de dos compañeros míos asesinados por ETA! Yo también soy guardia civil.*

–Pues ya ve, hermano mío –dije yo–. Nosotros no teníamos la menor noción de ese hecho.

–*Fueron víctimas de una emboscada* –explicó el joven–. *Los frieron a balazos y quedaron muertos al instante.*

Le expliqué que lo único que estaban muertos eran sus cuerpos. Que ellos permanecían como dormidos porque seguramente ignoraban el hecho de no pertenecer ya a este mundo.

Luego, oramos al Señor y El, benigno y misericordioso, perdonó los pecados de aquellas almas y los seres de luz las condujeron al lugar de su definitivo descanso. A una nueva vida donde jamás habrían de temer a la muerte, ni a la enfermedad, ni al odio, ni a la guerra, ni al crimen, ni a ninguna otra de las muchas adversidades y tragedias que nos encontramos en la tierra.

Eso es lo que el Señor dará a sus hijos cuando todos estemos en paz con El y aceptemos con respeto y amor su misericordia, clemencia y perdón, que nos concede por los méritos de la preciosa sangre de Jesucristo, Hermano y Señor nuestro.

Francamente, me he sentido feliz al encontrar los apuntes de este caso y poder hacerles a ustedes partícipes del mismo. Una experiencia más que, igual que los relatos anteriores y los que seguirán, deben servirnos de estímulo, aliento, y sobre todo de ejemplo para llevar una vida recta y ordenada al servicio del Señor y de nuestros hermanos.

EL INEFABLE PODER DE LA ORACION

Este caso me ocurrió personalmente.

Siempre he pensado que la cuantía en cuanto a confusión y tinieblas por parte de las almas que abandonan nuestro mundo, están directamente relacionados con cada persona, ya que no existe nadie que sea igual a otro ni en el aspecto físico ni en el espiritual. Hay personas que, en el instante del óbito, cuando su espíritu se desprende de la envoltura carnal, tienen luz en el Señor, por la fe, el amor y la caridad que hayan demostrado en vida hacia Dios y hacia sus hermanos. En cambio otras tardan días, años o siglos en encontrarla, según sea su arrepentimiento más o menos sincero.

Bien... Volviendo a lo que me proponía explicarles, cierta mañana, al adquirir el periódico, como suelo hacer a diario, vi en portada la fotografía del cuerpo amortajado del que fuera, en vida, un gran hombre; una eminencia en el mundo material por sus inventos e innovaciones en el ámbito de la ingeniería. A él se le debían unas admirables obras realizadas en Barcelona durante la Exposición Universal del año 1929.

Yo tuve el placer de conocerle personalmente; le apreciaba porque me parecía un gran hombre a todos los niveles. Recuerdo que en uno de nuestros ocasionales encuentros, una vez le comenté: *Usted, el único error que ha cometido, es haber nacido en España.* Y él, con una suave sonrisa en los labios, me respondió: *Es posible que tenga razón.*

Ahora, frente a mis ojos aturdidos estaba su foto en el diario que, en una extensa glosa, le dedicaba grandes elogios. Pero, por esas extrañas ironías de la vida había muerto prácticamente solo, a excepción de la dulce monjita que velara los postreros instantes de su vida.

Había muerto un hombre grande, no sólo por su inteligencia, sino también por la grandeza de su corazón y de su alma, hecho este que quedaba reflejado en alguno de los libros que le fueron publicados y que yo conservo en mi biblioteca.

Se me antojaba una brutal paradoja que aquel personaje ensalzado, admirado y casi reverenciado por sus obras físicas, hubiese muerto en la total ignorancia, huérfano de cariño, envuelto en la soledad y casi en el anonimato. Me pregunté, con rabia y dolor: *¿Cómo es posible que los hombres seamos tan embusteros y malvados?*

Fuertemente impresionado por el vacío inmenso que había acompañado aquel alma en sus últimos estertores, lloré con amargura. Y de inmediato hice oración al Señor por ella para que abriese sus ojos a la luz purísima, a fin de que quien tanto había amado la belleza, pudiera ver y gozar del mundo celestial donde moran quienes aman al Señor. Allí podría crear todas las cosas que en este mundo de muerte y destrucción no pudo realizar por la cobardía, maldad e ignorancia de los humanos.

Oré a Dios para que abriese su corazón y pudiera escuchar a sus hermanos celestiales. También le pedí a El que perdonase sus faltas y pecados, cortando los lazos que pudieran retenerle atado a este mundo, ya fueran de amor, maldad o ignorancia, y al fin su espíritu, liberado, pudiese ascender al lugar de su descanso.

Cuando concluí mis ruegos y oraciones seguían mis ojos anegados en lágrimas. Iba a levantarme de la butaca cuando, en aquel preciso instante, escuché una voz dentro de mi mente que me hablaba en estos términos:

– Hermano Mora, el Señor ha escuchado tus oraciones y ha tenido misericordia de este hermano tuyo.

Estas palabras las recibí en castellano. Pero segundos después, llegaron otras hasta mi pensamiento, pronunciadas ahora en catalán (mi lengua vernácula y la del difunto):

– Hermano Mora, te doy las gracias por tus oraciones, pues el Señor ha tenido clemencia de mí, concediéndome su luz y su perdón. Tú, has sido el único que le ha rogado a El por mí; sólo deseo, hermano mío, que la misericordia que acabas de tener

conmigo, la tenga el Señor contigo cuando dejes tu cuerpo en la tierra –y concluyó, diciéndome–: **¡Bendito seas por tu caridad!.**

Cuando acabé de escuchar aquellas frases mi alma quedó muy afectada. Especialmente por la primera voz; aquella que me confirmaba que mis oraciones habían sido escuchadas por el Señor.

Pensé... *¡Dios mío! ¿Cómo es posible que Tu escuches los ruegos de un hombre lleno de pecados, mentira y locura?*

Ante la duda de que todo aquello que acababa de sucederme no pasase de ser un ensueño o una alucinación, telefoneé a mi buen hermano en el Señor, el vidente J.C.X., explicándole lo que me había ocurrido. Le pedí que orase al Altísimo para aclarar si se trataba de una ofuscación de mi mente o si en verdad todo habíase producido de acuerdo con mis explicaciones.

Al momento, me respondió:

–Hermano Mora... Nada de lo que me dices es producto de tu imaginación ni de una fase alucinatoria. Es la auténtica realidad. Pues tengo ante mí el alma de este hermano, llena de gozo, paz y gloria, que me da fe de lo que tu cuentas. Y añade, que desde el lugar donde ahora se encuentra, nos ayudará en nuestra obra con sus oraciones al Señor.

Si he relatado este caso singular a los lectores ha sido con la pretensión de que todas las personas sepan y entiendan que el Señor escucha las oraciones hechas por un corazón que ama a sus semejantes, y para que entiendan al mismo tiempo que Dios, tal como dice nuestro hermano y Señor Jesucristo, no es un Dios de muertos sino de vivos.

Alabado sea su Santo Nombre, por los siglos de los siglos y por toda la eternidad.

EL JUDIO ALEMAN MUERTO EN LA CAMARA DE GAS

Una mañana, cerca del mediodía, nos visitó una señora a la que acompañaban su hermano y la esposa de éste.

Una vez terminado el culto acudí a saludarla ya que su rostro no me era desconocido aunque no tenía noción exacta de cuando nos habíamos visto con anterioridad.

Al acercarme, me dijo:

–¿Qué tal hermano, Mora? ¿Se acuerda de mí...?

–Pues... –dudé– En este momento, no. Le ruego que perdone mi precaria memoria, pero...

–¡No se preocupe! Ve usted a tanta gente que es lógico que no pueda recordarnos a todos. Soy la mujer que vino hace unos doce meses, aproximadamente. Aquella que estuvo padeciendo flujos de sangre durante casi cuatro años y que me curé con la ayuda del Señor.

–¡Ah, sí! Ya la recuerdo. ¿Qué tal se encuentra?.

–Perfectamente bien. Gracias.

Me explicó a continuación el motivo de su nueva visita. Acompañaba a su hermano que se encontraba trabajando en Alemania, para que el vidente J.C.X. le reconociese, y muy en especial a su esposa. Esta se hallaba en manos de psiquiatras pues se pasaba los días llorando, víctima de una terrible depresión nerviosa en el transcurso de la cual había apuntado tendencias suicidas.

La invitamos a entrar en la sala donde realizamos los trabajos espirituales, tomando asiento. Estábamos, al margen de nuestros visitantes y quien estas letras redacta, nuestro hermano y vidente J.C.X., los hijos de éste, hermanos J.C.L. y

C.C.L., y la esposa de nuestro presidente y gran sensitiva, la hermana L.

Me puse frente a la mujer afectada, muy joven por cierto, ya que escasamente contaba veinticuatro años, preguntándole lo que le ocurría.

Se echó a llorar y entre lágrimas y sollozos me dijo que lo tenía todo para ser feliz: un esposo que la amaba, dos preciosos hijos y, además, un excelente empleo. Pero que pese a ser consciente de aquella magnífica realidad, llenaba su corazón una pena tan grande que se pasaba las horas llorando y que pensaba con peligrosa frecuencia que estaría mucho mejor muerta.

Le pregunté si tenía fe en el Señor, respondiendo con un «¡Sí!» rotundo. Animándola, pues veía su estado de ánimo preocupantemente decaído, le aseguré que la fe en Dios era vital para salir adelante de los malos tragos y de las situaciones difíciles como la que ella estaba atravesando.

Oramos al Señor para que J.C.X. pudiese captar con sus ojos espirituales si aquella buena y joven esposa padecía cualquier dolencia física, mental o del espíritu. Una vez terminada la oración, mi hermano y vidente, aseguró que aquella muchacha tenía en su interior el alma de un judío muerto en una de las cámaras de gas con que el III Reich y su Führer pusieran en marcha el holocausto genocida que pretendía la «solución final» o exterminio de los semitas.

Se trataba de un anciano que estaba llorando, perdido, sin saber donde se encontraba ni con quien estaba. *Sólo pide* –dijo nuestro presidente– *que le ayuden y que tengan misericordia de él.*

Pedimos al Señor y acto seguido trasladamos aquel alma errante al cuerpo de la hermana L. cuyas manos tome al instante para hablar con el espíritu de aquel pobre judío gaseado en las impías cámaras nazis, explicando la situación real en que se encontraba. Le dije, también, que podía encontrar el camino de la verdad y la luz, **su camino**, orando al Señor para implorar su misericordia y clemencia. Le razoné la existencia de un Dios supremo del que un día todos seríamos sus hijos amados, participando de su plenitud, sabiduría eterna y de su amor.

Luego le exhorté a la oración conjunta y accedió. El Señor abrió su mente, sus ojos y oídos, dándole luz a su alma y vio en

el resplandor de esa luz a nuestros hermanos espirituales que le aguardaban para acompañarlo al camino de amor y paz que todos los que aman a Dios deberán recorrer el día en que El así lo decida.

El espíritu de aquel pobre judío, errante en la muerte como su raza lo había sido tantos y tantos años en la vida, partió con los seres de luz, bendiciendo al Señor por su misericordia.

Una vez concluido el acto de la Caridad Espiritual le pregunté a la joven señora:

–¿Cómo se encuentra ahora?

–*¡Uf...!* –exclamó, luminosa y radiante su mirada –Estoy experimentando la misma sensación que cuando a una le quitan un gran peso que la estaba agobiando.

Le repliqué que el Señor había tenido clemencia de ella y del espíritu de aquel anciano judío y que a partir de aquel momento se encontraría perfectamente bien, pero que no olvidase cada día dar gracias a Dios por haberla liberado del pozo de tinieblas en que vivía.

Dos meses más tarde la bella y joven esposa, madre de dos hijos, nos telefoneó desde Alemania, diciendo que no se cansaba de alabar al Señor y agradecerle por medio de la oración la bondad y misericordia que con ella tuviera ya que, actualmente, se hallaba en un estado físico y psíquico extraordinario. Un estado de paz y alegría como nunca antes conociera.

EL JOVEN CAMPEON DE KARATE

Una tarde, concluido nuestro servicio religioso, vino a encontrarnos una señora acompañada de su hijo, un muchacho de veintidós años de edad.

Esta mujer había sido curada anteriormente por nosotros, con la ayuda del Señor, y desde entonces no habíamos vuelto a tener noticias de ella.

Después de los protocolarios saludos de rigor entramos en la salida donde solemos atender a los visitantes y esperamos a que ella misma nos relatase las razones de su nueva visita.

El problema, ahora, se circunscribía a su hijo.

Durante el período en que estuvo prestando sus servicios para con la Patria, sin un motivo evidente que lo justificase, sufrió una profunda depresión que a menudo degeneraba en flashes irritables que, aumentando en un sorprendente *in crescendo* desembocaban en estallidos de furor a los que seguía una alucinante vorágine de violencia. Incluso, en una de aquellas facetas de brutalidad, llegó a romper una puerta a cabezazos, debiendo ser reducido por las bravas por varios de sus compañeros pues era un experto en kárate y podía resultar muy peligroso.

Siguió contándome la buena mujer, con la voz entrecortada por la emoción y los sollozos que su hijo, cuando se encontraba fuertemente deprimido pero sin talante agresivo, decía creer que su vida estaba exenta de sentido, que nadie le amaba y que no valía la pena seguir viviéndola.

–*El, que siempre había sido un joven alegre y decidido* – continuó relatando la madre–, *se ha vuelto inseguro, tímido y*

desconfiado. Los médicos del ejército le han concedido la baja definitiva y lo han devuelto a casa.

Acto seguido le invité a que tomara asiento frente a mí preguntándole cuál era su opinión acerca de aquellas anomalías de las que era protagonista y afectado a la propia vez.

Su respuesta vino a ser muy parecida a las explicaciones preliminares de la madre: siempre fue un joven alegre, sano de cuerpo y alma, trabajador, exigente consigo mismo y a veces, incluso, perfeccionista. Pero desde hacía unos dos años, aproximadamente, su trayectoria había sufrido una sorprendente involución. La jovialidad se convirtió en tristeza de la noche a la mañana y todos los planteamientos ambiciosos que había ido estructurando de cara a su futuro, se esfumaron como volutas de humo disueltas en el aire. Estaba triste, apático, desmotivado, y en ocasiones le asaltaban los lúgrubes pensamientos del suicidio. Y no acertaba a comprender por qué razón le sucedía a él todo aquello tan terrible.

Mientras el joven me iba relatando sus penas y desventuras, mi hermano, vidente del Señor y obispo de la Iglesia a la que yo pertenezco, le observaba espiritualmente para determinar con exactitud si se trataba de una dolencia física –debida a la carencia de alguna vitamina o de otro producto esencial– o si el mal procedía del espíritu.

Después de examinarlo, el hermano J.C.X., me dijo que sobre el cuerpo del muchacho y pegada a él veía un sombra oscura. Oramos al Señor y el vidente pudo captar hora que se trataba de un alma sin luz, en plenas tinieblas, de un ser espiritual que no sabía donde se encontraba ni casi quién era. Correspondía a un anciano cargado de años que llevaba en su alma la impronta de la muerte.

Tomando las manos del experto karateka hablé con el anciano a través de la mente y oídos de aquél, pues se trataba de un espíritu que sí podía escuchar mi voz.

Le rogué en nombre del Altísimo y de su Santo Hijo Jesucristo que atendiese mis palabras... Pero era tanta y tan grande la confusión y la pena que envolvían su alma, que los hermanos de la luz nos mandaron que, con nuestra mente y la fuerza espiritual que el Señor nos enviaba, se lo entregásemos a ellos. Así lo hicimos y lo llevaron a un lugar de descanso para que allí, su alma, pudiera sanar de las miserias de la vida, que es en

realidad una pura muerte para el espíritu del hombre, pero al mismo tiempo la forja donde moldear nuestro destino.

Como de costumbre, dimos gracias al Señor, y comunicamos al joven afectado que había quedado totalmente libre de aquel alma en pena que le estuviera, quizá sin querer, torturando. Que a partir de aquel momento su vida sufriría un cambio radical y que, poco a poco, las cosas volverían a ser como lo fueron antes. También le advertiremos de que si ocurría algo, ya fuese para bien o para mal, que no dejara de comunicárnoslo.

Transcurrieron bastantes meses, quizá más de medio año, sin que volviéramos a tener la menor noticia de aquel experto campeón de artes marciales.

Pero, de la noche a la mañana –hace escasas semanas de ello–, mi amigo y hermano vidente J.C.X., me puso en antecedentes de que una hermana de aquel joven había ido a visitarle unos días atrás, profundamente preocupada, disculpándose y pidiendo perdón, por el hecho de no haber acudido con mayor prontitud a darle las gracias e informarle de que su hermano estaba por completo curado, que era feliz como nunca y que ya se había reintegrado al trabajo y a su disciplina deportiva en el gimnasio.

TEMAS A CONSIDERAR

GENERALIDADES SOBRE LA CARIDAD Y EL EXORCISMO

1

CONSEJOS PRACTICOS PARA EXORCISTAS

SOBRE COMO CONJURAR Y ATAR A LOS ESPIRITUS MALIGNOS

Todo aquel que desee consagrarse al servicio del Señor y de sus hermanos –amor al prójimo como relejado del mismo amor a Dios–, tiene que aceptar con total sumisión y humildad el hecho irreversible de que el conocimiento y la sabiduría espiritual sólo puede otorgarla Aquel que ha creado cielos y tierra, lo visible e invisible, con la simple fuerza de su aliento. El que es Rey de reyes y Señor de señores.

Esta persona deberá, siempre, pedir sincero perdón por sus faltas y rogar que el Espíritu Santo, la Vida, la Luz y la Eterna sabiduría de Dios estén con él y él, en Dios. Para que las obras que haga y las palabras que pronuncie en favor de cualquier hermano víctima de una contaminación espiritual provocada por espíritus inmundos y malignos sea bendecida por el Señor y su Santo Ojo Jesucristo –redentor en la Cruz de los pecados de la Humanidad–, todo debe ser hecho en unión con el Espíritu de Dios.

También deberá pedir clemencia al Señor, a Jesucristo y a su Santo Espíritu, al conjurar uno o varios espíritus maléficos, para que dejen de obrar el mal, poder atarlos, y ponerlos acto seguido en manos de los espíritus santificados para que los

conduzcan al lugar que nuestro Dios, en su justicia, clemencia o perdón, tenga a bien concederles.

Si el individuo que desea ejercer esta clase de apostolado –exorcizar a sus hermanos poseídos– no tiene el don de discernimiento de espíritus, será prudente y aconsejable que actúe con la colaboración de un vidente, firme en la fe del Señor y ajeno a cualquier clase de fanatismo, orgullo o vanidad; un vidente, en suma, que sólo confíe en Dios, en Jesucristo y en su Santo Espíritu. Que no pueda ser engañado en ningún momento por seres malignos capaces de transformarse a voluntad apareciendo delante de aquel con la imagen esplendorosa de nuestro Santo Hermano y Señor Jesucristo, su bendita Madre, o cualquier Santo.

Tanto el vidente como la persona que realice las obras del Señor con la finalidad exclusiva de aliviar a sus hermanos de las pesadas cadenas con que los atan y esclavizan los espíritus inicuos y malévolos, tienen que producirse con la sencillez de la paloma y la sagacidad y astucia de la serpiente, para no ser engañados.

También deberán suplicar a Dios cuando se dispongan a efectuar un exorcismo en bien de cualquier hermano agredido por las fuerzas del mal, que los Angeles Santos estén presentes para que, una vez el ser maligno haya sido reducido y atado, aquellos puedan trasladarlo a un lugar del que no puedan regresar para seguir haciendo daño. El vidente tendrá que captar con los ojos de la mente y el espíritu que el ser atado por el oficiante es puesto en manos de los Angeles Santos, prueba inequívoca de que el exorcismo se ha realizado a plena satisfacción.

COMO ATAR UN ESPIRITU, ESTE DONDE ESTE, EN EL TIEMPO O EN EL ESPACIO Y QUE SE HALLE EN ESTE MUNDO

Nada mejor al respecto que predicar con el ejemplo.

Por esta razón, voy a referirme a un caso concreto:

«Una señora anciana, abuela de mi estimada y joven vidente, Sonia, se moría por segundos. Estaba ahogándose. No podía respirar. Los médicos la habían desahuciado dándole un plazo máximo de vida que no superaba las cuarenta y ocho horas. Porque, aunque le administraban oxígeno, al no poder respirarlo, estaba indefectiblemente condenada a muerte.

»Sonia (cuenta quince años de edad), oró al Señor y gracias a El pudo ver el espíritu de un hombre que riéndose y gozando como un poseso, apretaba con fuerza la garganta de la indefensa anciana, sentado encima de su pecho.

»La vidente vino a casa, preguntándome: *¿Qué podemos hacer, señor Mora?* Mi respuesta fue lapidaria: *No te preocupes, pequeña. Voy a coger a ese espíritu nauseabundo, lo ataré, y luego lo pondré en manos de los seres de luz quiénes lo llevarán al lugar que Dios le dará con su infinita justicia.*

»Acto seguido inicié mis oraciones... Cuando conjuré a este ser maligno, él y la poseída se encontraban en Santander, y yo, en Sabadell (Barcelona)».

Pude gracias al Señor arrancarlo del cuerpo de la anciana. Ello es una evidencia de que no importan ni el tiempo ni la distancia.

ORACION PARA ATAR Y CONJURAR A UN SER MALIGNO O CUALQUIER ALMA QUE ESTE EN TINIEBLAS Y PECADO OBLIGANDOLE QUE SE PRESENTE ANTE NOSOTROS ESTE DONDE ESTE

Los conjuros se pronunciarán siempre en voz alta.

Estamos reunidos en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso y en el Santo nombre de su Hijo Jesucristo y en el de su Santo Espíritu, y te pedimos Señor que tus Angeles Santos estés presentes para ayudarnos, y si es tu Santa Voluntad, este espíritu que está atormentando

a la abuela carnal de la joven Sonia, concédenos Señor lo que te pedimos, arrancarlo de su cuerpo...

Luego procedí al conjuro, diciendo:

¡A tí te digo, espíritu de tinieblas...! ¡Yo te conjuro en el Santo Nombre de Dios! ¡Y te conjuro en el Santo Nombre de Jesucristo! ¡Y te conjuro por el poder de su Santo Espíritu! ¡Y te ato, en el Santo Nombre de Dios, con una ligadura indestructible! (Cuando se pronuncian las palabras «te ato», con el brazo y la mano derecha alzados y el puño cerrado, se hace como si físicamente se estuviese atando al espíritu en tinieblas trazando círculos de trescientos sesenta grados de izquierda a derecha) **¡Y te ato en el Santo Nombre de Jesucristo! ¡Y te ato por el poder de su Santo Espíritu! Y a tí te digo: ¡Ven aquí!** (Se da un fuerte tirón a la cuerda mental y espiritual con que se le está ligando, arrancando de la persona poseída ese espíritu inicuo y malévolo).

Y allí, delante de nosotros, estará el ente al cual habremos conjurado y atado. En el caso concreto al que me he referido, tuve a mis pies el ser tenebroso y nauseabundo que pretendía asfixiar a la abuela de mi auxiliar y vidente Sonia.

Cuando procedamos a realizar un conjuro sobre un ser maligno que esté dañando a uno de nuestros hermanos, se encuentre en una casa, esté al lado o dentro de un poseído, podremos siempre atarle y reducirlo, obligándole a que venga ante nosotros a dar cuenta del mal que estaba practicando.

Así sucederá, siempre, si el que conjura tiene fe total y absoluta en Dios, en su Hijo Jesucristo y en su Santo Espíritu. De esta forma podremos atar con la ayuda del señor toda alma errante, en tinieblas o en pecado, esté donde esté, incluidos los espíritus indignos. Pero, cuando se trata precisamente de un espíritu indigno, será imprescindible la presencia de un vidente para que atestigüe que los hemos atado y puesto en manos de los seres de luz. Una vez hayamos arrancado uno de esos espíritus del cuerpo de un hermano nuestro deberemos, posteriormente, ayudar al poseso en una especie de reciclaje espiritual,

en una limpieza de su mente y de su cuerpo de todos los residuos malignos y toda la carga negativa que ha dejado en la persona poseída, pasando nuestras manos desde la cabeza hasta los pies.

Luego, diremos:

Te entregamos atado a estos Angeles del Señor, para que ellos te lleven al lugar que Dios te conceda, según su justicia o misericordia. Y así como te lo pedimos Señor, que así nos sea concedido si es tu Santa Voluntad.

Y se entregará el ente arrancado del cuerpo del poseído a los seres de luz.

El vidente que colabore con el exorcista, cuando éste tire de la cuerda *mental* y *espiritual*, exclamando: **¡Ven aquí!**, lo verá delante de él como si de una visión física se tratase e indicará al oficiante: *¡Está aquí!*, señalando el lugar exacto donde se halle el espíritu arrancado del cuerpo del poseso para que quien lo ha conjurado, tomándolo con sus manos (igual que lo haría con una persona de carne y hueso, alzándolo por la cintura) pueda entregarlo a los seres de luz, acto este último del que también dará testimonio el vidente.

Si tras efectuar el conjuro al atar al espíritu este lograse romper o huir a la atadura, se le volverá a conjurar con toda la fuerza y fe que el Señor nos otorgue, volviéndolo a atar, y tan seguro como que Dios existe nuestros esfuerzos se verán recompensados.

COMO DEFENDERSE DE LOS MAGOS NEGROS, BRUJOS Y VIDENTES, POSEIDOS POR ESPIRITUS PERVERSOS, QUE LES AYUDAN EN SU LABOR DE TINIEBLAS Y MALDAD

Hay personas que sufren horribles torturas psíquicas, físicas, o ambas a la vez, producto de la actuación de magos ne-

gros, brujos, médiums o videntes, que trabajan en las tinieblas, que sólo tienen contacto con espíritus perversos y endemoniados, que se confabulan y hacen pactos con ellos para atacar a seres indefensos, ya sea por odio, venganza, orgullo, o cualquier otro motivo igualmente deleznable. Esa clase de nefastos protagonistas salen de su envoltura de carne en viaje astral para contactar con espíritus malignos y acobardados –que cumplen la pérfida voluntad de aquel que los ha evocado–, enviándolos contra el ser a quien desean perjudicar.

El exorcista –que si no tiene don de videncia deberá actuar en compañía de un buen vidente–, cuando sepa o crea de corazón de la existencia de algún espíritu enviado por algún practicante de las artes negras o que este mismo ha salido de su cuerpo en viaje astral para dañar a la persona que necesita auxilio, orará al Señor, diciendo:

> **Señor y Padre Nuestro, estamos reunidos en tu Santo Nombre y en el Santo Nombre de tu Hijo Jesucristo, para pedirte que tu Santo Espíritu esté con nosotros y pedirte también, si es tu Santa Voluntad, que esta persona** (se dice el nombre del hermano atacado) **que está sufriendo y cree que es víctima de una agresión espiritual, pueda ser sanada merced a nuestra labor. Por eso te pedimos asimismo en el Santo Nombre de Jesucristo, que el hermano vidente pueda ver con tu Espíritu y tu Luz si es que hay dentro o fuera de esta persona** (nombre del atacado) **un espíritu, sea de hombre o mujer, que le esté dañando.**

La inmensa mayoría de personas que suponen ser víctimas de la actividad perniciosa de magos negros o brujos, suelen estar equivocados. Sólo un caso de cada mil obedece a la acción de los practicantes de las artes negras. Lo que ocurre realmente es que el individuo que se supone víctima de esas agresiones de magia demoníaca, lleva un espíritu dentro o al lado suyo, que es quien en verdad le produce los efectos negativos que padece.

Pero en el caso de que el vidente vea alrededor del ser afectado y casi siempre en torno a su cabeza o encima de ella algo así como hilos delgadísimos es que existe en verdad magia negra o envío de seres malignos, o el mago o médium que sale de

su cuerpo como un lobo rapaz para torturar a la persona objeto de sus maldades. Entonces se procederá por parte del exorcista de la misma forma que se hace para arrancar un espíritu del cuerpo de un poseso, con la variante que seguidamente indicamos:

> **A tí hermano, lleno de odio y tinieblas, que haces daño a tus semejantes... A tí te digo: en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso, en el Santo Nombre de Jesucristo y por el Poder de su Santo Espíritu, ¡aparto tu alma y tu mente de este cuerpo...!**

En el momento de pronunciar estas palabras y pensando en ese mago o brujo con su envoltura humana, de derecha a izquierda y como aquel que aparta con el brazo extendido a alguien que tiene delante, con toda la fuerza de nuestra mente, alma y cuerpo, arrancaremos el alma y la mente del interior de este maligno mago negro.

Diciendo a continuación:

> **.. y ahora te ato, ¡en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso con una atadura indestructible!, y te ato ¡en el Santo Nombre de su Hijo Jesucristo!, y te ato ¡por el Poder se su Santo Espíritu!,, y te digo, ¡VEN AQUI! Y tal como te lo pido, Señor, que así me sea concedido, si es tu Santa Voluntad.**

Nunca debe efectuarse este conjuro contra una persona que se encuentre sentado o durmiendo, pues podría ponerse su vida en peligro.

A continuación vamos a exponer dos casos verídicos como ejemplo escrito de lo anteriormente explicado.

En cierta ocasión acudió a nosotros una pobre mujer que estaba siendo atacada por el alma en tinieblas de un homosexual, enviado y atado a esta señora, por un mago negro, miserable y estúpido, que trabajaba como camarero en un bar.

Un domingo nos reunimos en el nombre del Señor, de su Santo Hijo Jesucristo y en el de su Espíritu, y tras comprobar por medio de la oración que ciertamente quien poseía a la dama era un ser enviado –la vidente captó los hilos finísimos

del pensamiento de ese brujo siniestro–, cortamos los susodichos hilos (1) con la espada del Espíritu de Dios y echamos fuera al ente que poseía a la mujer. Luego le pedimos al Señor que fuera su Santa Voluntad, nos permitiese ver a este mago maligno y el vidente lo captó, trabajando al aire libre, sirviendo bebidas en las mesas del establecimiento donde colaboraba. Le conjuré en el Santo Nombre de Dios Todopoderoso, lo conjuré en el Santo Nombre de su Hijo Jesucristo, y lo conjuré por el Poder de su Santo Espíritu, diciéndole a renglón seguido: **Arranco tu alma y tu mente de tu cuerpo y te ato en el Santo Nombre de Dios, de su Hijo Jesucristo, y te ato por el Poder de su Santo Espíritu, y a tí te digo: ¡VEN AQUI!** Di un tirón y al instante estaba delante de nosotros el alma de ese miserable mago de tinieblas. Luego la puse dentro del cuerpo de una persona sensitiva dándole una lección que no creo olvide jamás... Así supo por sí mismo que el poder de la mente del hombre es una cosa, y el poder espiritual del Señor es otra.

El segundo caso que traemos a colación como ejemplo es el siguiente:

Una joven era víctima de los ataques de otra mujer, a través de una fotografía de aquella y una bata, que un individuo de escasa condición moral robó del lugar donde la afectada trabajaba. La mujer que obraba el maleficio salía por las noches de su cuerpo para hacer daño a la muchacha, pero ésta, que tenía ciertas condiciones de videncia captaba el malhacer de la otra y aunque, se le planteaban dudas, en el fondo estaba convencida de que aquella nefanda sortílega intentaba dañarla. Cuando nos explicó el caso albergamos ciertas dudas por las razones que ya hemos apuntado anteriormente acerca de ese uno por mil de verdaderos casos de ataque por parte de magos negros pero, la vidente Sonia, captó los manejos de aquella pobre bruja, ignorante, estulta y malévola. La vio en un momento en que se hallaba sentada en su casa.

Efectué unos conjuros idénticos a los del primer caso presentado pidiéndole al Señor que si era su Santa Voluntad pudiese amonestar a la pérfida mujer que dañaba a sus hermanos.

(1) Para cortarlos se pide al Señor que arme nuestra mano con una espada espiritual con la cual segaremos esos hilos finísimos con que el mago negro tiene atado al hombre o mujer afectados. (Nota del autor.)

Pronto tuve frente a mí aquel alma llena de odio. Luego la puse dentro del cuerpo de la vidente y sensitiva Sonia. Y por boca de la joven, la bruja exclamó:

–¡No te temo!

–¿No me temes...? ¡Y estás muerta de miedo! Pues escúchame bien porque a ti te digo: De hoy en adelante ve con mucho cuidado y no hagas daño a nadie. Y piensa que si ahora no te desato no podrás entrar en tu cuerpo, ya que éste ha caído de la silla y se encuentra en el suelo de tu casa. Así pues, te pido que jamás vuelvas a perjudicar a nadie porque de hacerlo, te daré una lección en el Nombre de Dios que nunca olvidarás. Y ahora, ¡fuera de este cuerpo!

La arrojé al exterior y Sonia pudo ver como el alma se introducía de nuevo en la naturaleza corpórea de aquella desgraciada como una serpiente penetra a rastras en su cubil. Y vio también que le costaba trabajo alzarse del suelo y tomar asiento, tremendamente asustada, ignorante de si lo que le ocurría era verdad o lo soñaba.

Con estos dos ejemplos traídos hasta las páginas del presente volumen, ponemos punto final a las explicaciones relativas sobre cómo debe actuarse para conjurar y atar a un espíritu maligno proyectado por una bruja o por un mago negro.

2

CARIDAD ESPIRITUAL Y CAPACIDAD DE DISCERNIMIENTO SOBRE SI EL POSEIDO LO ESTA POR UN ALMA BUENA O UN ESPIRITU MALIGNO

Vamos seguidamente a enumerar las sensaciones más frecuentes y comunes –las que pueden expresar aquellas personas que se acerquen a nosotros en busca de auxilio argumentando la posibilidad de estar poseídas– que, por regla general, se constituyen en evidencias de posibles casos de posesión:

I. Profunda tristeza en el alma.

II. Flashes de rabia –de mayor o menor duración– contra sí mismas.

III. Pensamientos nocivos entre los que figura con frecuencia el del suicidio.

IV. Pérdida de fe en Dios.

V. Soledad ante la vida.

VI. Falta de amor y cariño por parte de los demás hacia ellas y viceversa.

VII. Se sienten encerradas en sí mismas, convertidas en auténticas anacoretas a las que molesta todo tipo de relación social.

VIII. Depresiones profundas.

IX. Estados de ausencia; extraños vacíos mentales sin recordar que han pensado en el transcurso de los mismos.

X. Oyen voces extrañas que hablan en el interior de sus

pensamientos susurrándoles «consejos» escalofriantes encaminados todos ellos a cometer acciones perniciosas, lascivas, e incluso a atentar contra la vida de alguien, incluidos sus seres más queridos.

XI. Visiones que igualmente pueden ser luces, sombras, o ambas a la vez, mezcladas, componiendo diabólicas figuras.

XII. Otro tipo de visiones compuestas por las siluetas de seres maléficos de naturaleza satánica, o animales monstruosos, espectros de difuntos, etc.

XIII. Apariciones sin que tengan conciencia de su realidad o irrealidad, en las que se les muestran figuras humanas con cara de chivo y cuernos, cabezas de cerdo o de toro. Estas figuras suelen metamorfosearse frente a los ojos de la persona supuestamente poseída, adoptando formas diferentes que van desde lo humano a lo demoníaco, pasando por lo animal.

XIV. Aparición súbita de seres angelicales, y tambingelicales, y también la Virgen María, Jesucristo, o cualquier Santo.

XV. Experimentar la sensación de que «alguien» les toca cuando están dormidos en el lecho, la mayor parte de las veces con finalidad lúbrica ya que, los toques suelen notarse en la parte genital o zonas erógenas del «atacado».

XVI. Roturas de objetos situados en lugar seguro sin que exista explicación lógica y razonable a tal hecho.

XVII. Desplazamiento de enseres de un lugar a otro de la casa (especie de movimientos telequinésicos) sin causa física justificada.

XVIII. Flashes de asombro y estupefacción, de terror incluso, cuando al mirarse al espejo, en vez de verse reflejada la persona que está frente al vidrio pulido y metalizado, se encuentra con una imagen que no es la suya o que no lo es en su totalidad, llegando a no reconocerse como ella misma.

XIX. Convencimiento psíquico íntimo de que algún mago negro o brujo le está maleficiando, obstruyendo con sus malas artes el natural desenvolvimiento de su vida profesional e íntima.

XX. Súbita repulsión hacia el cónyuge en el aspecto sexual, deseando sustituir las anteriores relaciones carnales con él por actos solitarios de masturbación..

XXI. Reiterados fracasos personales, profesionales, laborales, bursátiles, familiares y deportivos.

Bien. Si alguien se presenta ante nosotros exponiendo uno, varios, o los veintiún puntos íntegros que acabamos de enumerar, nos encontramos ante un porcentaje de posibilidades muy elevado de que esa persona esté poseída, o se halle bajo la influencia, sea benigna o maligna, de un alma que ya dejó su cuerpo de carne en la tierra y que no encuentra la paz ni el camino, que conduce al perdón, la misericordia y clemencia que Dios nos concede por los méritos de nuestro Hermano y Señor, Jesucristo.

Así, pues, para saber discernir si la persona poseída lo está por un alma en pena o un espíritu de las tinieblas que quiere corromper, prostituir, destruir, y por último matar al poseído, ya sea empujándolo al suicidio o por medio del dominio de su mente para que los declaren esquizofrénicos, paranoicos, obsesivos, maníacos, visionarios, delirantes, psicópatas, y demás diagnósticos y teorías a los que son proclives los psiquiatras y psicólogos amparándose en la sintomatología que les describen sus tratados psiquiátricos... Si queremos discernir, decíamos, la realidad o irrealidad de una posesión, debemos tener y deben tener muy presente todos cuantos deseen obrar el bien y servir a sus hermanos afligidos, los conocimientos y conceptos que afectan tanto a los planos mental, material y espiritual de la persona afectada.

Queremos, ahora, brindar unos ejemplos de lo que entendemos por plano material, mental y espiritual.

Cojamos la Biblia y hagamos intento de comprender la palabra de Dios y el mensaje de Salvación que se nos da a través de esa *palabra*. Si quien la lee es un joven que aún no está formado espiritual ni intelectualmente, y la lee acorde con su inteligencia, nivel psíquico, experiencias obtenidas en su corda vida, estudios realizados, ambiente familiar y social en el que se desenvuelve, aficiones, creencias, etc., etc., lo que habrá conseguido u obtenido después de la lectura, equivaldrá prácticamente a nada. Es muy difícil que su escasa y limitada capacidad le haya permitido alcanzar los niveles de comprensión interpretativa que sirven para descifrar el mensaje, a veces el enigma, de las Sagradas Escrituras. La Biblia, más que la piedra de toque, es la piedra de TROPIEZO contra la que se estrellan los hombres que pretenden entenderla con su simple conocimiento, su humana sabiduría, razones y experiencias terrenas.

Escaso bagaje éste para poder penetrar en los misterios divinos.

Presentemos otro ejemplo: un abogado, médico, científico, matemático, astrónomo, filósofo, literato, enfrentado cualquiera de ellos a los textos bíblicos. Querrá, sin duda, leer, entender e interpretar, con su reconocido y brillante intelecto, en profundidad, el mensaje y Buena Nueva que Dios, mediante Jesucristo, transmite a todos los humanos. Y quieren entenderlo, repetimos, merced a su preclara razón, conocimientos, experiencia y cultura probadas en las diferentes facetas profesionales en las que brillantemente se hallan integrados. Bien... Por grande que sea la capacidad intelectiva de ese hombre y aún suponiéndole la sabiduría que todos los grandes sabios predecesores han dejado a la humanidad como herencia suya, **sólo podrá entender las cosas que están bajo control y conocimiento del hombre a través de sus cinco sentidos y en función de los limitados razonamientos humanos.** Sabrá, entenderá, comprenderá algo más de lo captado por aquel joven que citábamos en el ejemplo inicial. Pero todo ello, todo lo que haya extraído de esos textos sagrados, se resumirá en conceptos humanos, en simples teorías creadas por un cerebro perecedero.

El conocimiento de Dios y de Jesucristo, de su perdón y misericordia, de sus argumentos espirituales, son verdaderamente difíciles –por no decir imposibles– de penetrar. No hay caminos. No existen maestros humanos, experiencias mortales, ni sentidos corpóreos, ni imaginación por rica e enfebrecida que sea, capaz de conocer tan siquiera un mínimo de lo más mínimo acerca de Aquel, es que es el Unico Espíritu Viviente, ni de su Santo Hijo Jesucristo, Hijo del Dios redivivo.

Por último hablaremos brevemente del hombre que busca a Dios, para poder realizar su voluntad y poner la de él a su íntegro servicio.

Sólo existe una manera de que Dios se apiade de nosotros y nos conceda su infinita misericordia: buscarlo, con amor, fe, respeto y perseverancia. Y la fe es la única luz que tenemos para emprender esa divina búsqueda. Sólo por la fe y pidiendo al Señor Dios Nuestro que nos conceda la luz de su Santo Espíritu, Espíritu de Vida Eterna, de Luz Eterna, de Sabiduría Eterna; pidiendo al Señor que nos de su Amor, su Gracia, su Perdón y su Santa Misericordia... Sólo pidiendo esos magníficos y maravillosos dones sabremos de El. Llegaremos a El. Y quizá

entonces seamos capaces de empezar a comprender el enigma, el misterio de su revelación, de su Santa Palabra, el mensaje de Buena Nueva que su Hijo Jesucristo nos trajo a este mundo. Y entonces también, aquellos que hayan implorado con fe, amor, esperanza, perseverancia, ilusión, entrega, renuncia y generosidad y sacrificio, el encuentro con los dones divinos, poseerán la capacidad suficiente para iniciar las buenas obras en favor de sus hermanos afligidos, torturados, esclavizados por los perniciosos seres de las tinieblas que no tienen otra finalidad que obrar el mal y la perversión, contagiando esas lacras ignominiosas a los humanos de los que se posesionan.

Será entonces cuando hayan alcanzado la máxima capacidad del discernimiento.

Así, la persona que lea estas líneas y capte el espíritu de síntesis que en ellas prevalece y quiera consagrarse a sus hermanos, tendrá que orar continuamente al Señor y vivir una intensa vida de interioridad espiritual alimentada desde el primer instante con esa Luz magnífica que dimana de Dios y que implorará en todo momento para que le ayude a realizar con éxito sus obras de caridad. Asimismo deberá tener el valor necesario para no desmoralizarse cuando un ente inmundo, un alma en pena nefasta y malévola, le plante cara o pretenda atacarle.

Cuando tengamos delante nuestro una persona que, según ella, presente los síntomas maléficos que hemos relacionado al principio de este apartado y queramos saber si está poseída por un alma –que sufra o se halle en estado de purgatorio– o por un espíritu pervertido y maléfico, si se trata del primer supuesto (una vez constatado), llamaremos al acto de *curación,* **Caridad Espiritual;** que no es más que orar al Señor para que esa alma sea liberada de los lazos que la retienen aquí en la tierra, sea por amor, odio, envidia, maldad, egoísmo o ignorancia. Se procederá, entonces, de la siguiente manera:

CARIDAD ESPIRITUAL

Primera oración:

Señor y Padre Nuestro, estamos reunidos en tu Santo Nombre, en el Santo Nombre de tu Hijo Jesucristo y

en el de tu Espíritu. Y te pedimos, Señor, que ese Santo Espíritu esté con nosotros para que toda palabra que salga de nuestra boca y todo lo que obremos en tu nombre sea bendecido por Tí, por Tu Hijo Jesucristo y sea hecho con tu Espíritu. También te pedimos, Señor, que tus Angeles Santos estén aquí, presentes, para que nos ayuden a hacer esta obra de amor y caridad, si es ésta tu Santa Voluntad.

Segunda oración:

Señor, te pedimos por este hermano y te pedimos también, que si hay el alma de un hombre o mujer dentro de él, le ofrezcas tu perdón y misericordia, y te suplicamos que tu Santo Espíritu esté en ella y llenes su alma de paz y amor. Dale, Señor, conocimiento y sabiduría; que tu Luz ilumine todos sus pensamientos para que sepa, Señor, que tú eres el Dios que ha creado los cielos y la tierra, que eres nuestro Padre y Creador y que Tú, perdonas nuestros pecados y nos concedes la salvación eterna, no por los propios méritos, sino por los de nuestro hermano y Señor Jesucristo, que dio su vida por amor a nosotros, derramando su sangre en el calvario hasta morir en la Cruz para que tú, Señor, nos dieras el perdón por las faltas que cometemos y la clemencia eterna para nuestras almas. También te pedimos, Señor, que abras los oídos mentales y espirituales de este alma en pena. Y nosotros le predicaremos que, al morir para este mundo nuestro cuerpo de carne, no perece nuestra alma, y si nosotros, Señor, pedimos tu perdón por los méritos de tu Hijo Jesucristo, nos perdonas. Y luego, envías tus Angeles Santos y ellos nos toman en sus manos llenas de amor para llevarnos al lugar que, con tu misericordia y clemencia nos otorgas. Y cuando estemos limpios y santificados, nunca más temeremos al odio, a las enfermedades ni a la muerte. Y todos los pensamientos demoníacos de este mundo de tinieblas, de locura y muerte, ya no volverán a estar con nosotros. Porque tú, Señor y Padre Nuestro, nos darás tu Santo Espíritu y viviremos en tu Vida, en tu Amor, en tu Sabiduría, y nos concederás

un nuevo cuerpo, un cuerpo espiritual, un cuerpo santo, inmortal, un cuerpo lleno de luz y belleza. Así, luego, seremos tus hijos, y tú, Señor, nuestro Padre. Y podremos viajar por los cielos estrellados que tú, Santo Dios, creaste para aquellos que te aman y buscan con respeto y amor.

Cuando hayamos concluido esta segunda oración tomaremos las manos de la persona afectada para entrar en contacto con el alma que la posee (desde dentro o desde fuera). Si lo conseguimos (que es lo más factible) le preguntaremos si es consciente de que como humano hace tiempo que dejó de existir. Por norma la respuesta es afirmativa ya que, si bien el espíritu tiene dudas por lo que se refiere a su camino o está demasiado sujeto a las raíces terrenas, suele ser consciente de que su existencia humana ha concluido. Entonces deberemos averiguar si ama u odia al ser que posee y, al margen de un «sí» o un «no», indagaremos acerca de sus creencias cristianas. Si la contestación es negativa se suplicará a Dios por la indulgencia para esta alma y su posterior salvación. Si nos dice que es creyente, se le invitará a orar con nosotros en busca de la misericordia y perdón divinos.

Esta será la forma correcta de orar:

Hermano mío, repite las palabras de la oración que voy a elevar al Altísimo: Señor y Padre mío, perdona todos mis pecados y ten misericordia de mí. Corta todos los lazos que me atan a la tierra, sea por envidia, egoísmo, odio, venganza o miedo. Córtalo todo, Señor, con la espada de tu Espíritu, para que así mi alma pueda subir al lugar de mi descanso, que con tu perdón y misericordia me darás. Que tu Santo Espíritu esté en mi alma. Arranca de ella, Señor, todos mis sufrimientos y penas, todos mis pecados y las tinieblas que la rodean. Que tu divina Luz ilumine mi alma y mi mente, y que de una vez para siempre sepa que tú existes, Dios mío, y que me amas y que eres mi Padre y Creador y que cuando me marche de este hermano corporal, tú, Señor, enviarás tus Angeles Santos y ellos con sus manos amorosas me llevarán al lugar del descanso que

Tú, das a tus hijos arrepentidos que confían en tu perdón y misericordia. Te pido, Dios mío, que escuches mi oración. Te lo pido por la Santa Madre de nuestro Señor Jesucristo, por todos tus Angeles Santos, profetas, apóstoles y mártires, y por último te lo pido por mi hermano, Señor y Salvador mío, tu Santo Hijo Jesucristo, que dio su vida por amor a mí. Amén.

Luego se preguntará al alma posesora si acepta el perdón de los pecados cometidos y la clemencia eterna de Dios, ofrecida por los méritos de la preciosa Sangre de su Santísimo Hijo Jesucristo. Si admite el camino luminoso del Redentor, que es lo más frecuente en las almas en pena, se le entregará en manos de los seres de luz, ayudándole a salir del cuerpo del poseído de la forma y manera que ya ha quedado descrita en varias ocasiones, anteriormente.

Una vez concluido lo expuesto quien está practicando la caridad espiritual impondrá sus manos sobre la cabeza de la persona purificada, diciendo:

Hermano, yo te bendigo, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y te pido, Señor y Padre mío, que pongas un manto protector sobre este hermano, que lo cubra hasta los pies. Que tu Santo Hijo Jesucristo le ponga un manto protector, y que tu Santo Espíritu, Espíritu del Padre y del Hijo, lo protejan con su poder, para que nunca más ningún ser que esté en pecado o en tinieblas pueda herir su alma, su mente o su cuerpo. Te lo pedimos, Señor y Padre Nuestro, en el Santo Nombre de tu Hijo Jesucristo, Hermano y Señor nuestro. Amén.

Con este último rezo podemos dar por concluida la metodología espiritual a emplear o seguir cuando se trate de ayudar a un alma en pena, un alma carente de perniciosidad y malicia, para que encuentre el camino de la luz y la verdad; el sendero de su definitiva salvación. Y al mismo tiempo habremos concedido la total libertad a otra alma; aquella que era objeto de posesión. Se habrá cumplido así la denominada Caridad Espiritual.

Ahora bien, en el caso de que el oficiante –al que ya suponemos la cualidad de discernimiento necesaria para practicar sus obras de auxilio a los hermanos afectados o poseídos–, intuya primero y descubra después que el ente posesor es un espíritu perverso y maligno, envuelto en odio y tinieblas, henchido de vanidad y orgullo, sin más finalidad que la de dañar física, moral y espiritualmente a la persona de cuyo cuerpo se ha posesionado, deberá proceder de acuerdo con las instrucciones que facilitamos en el capítulo que sigue al presente, titulado: «La Posesión y el Exorcismo».

3

LA POSESION Y EL EXORCISMO

Cuando oramos al Señor por el alma de un hermano nuestro que está en tinieblas y rebosante de odio y creemos que éste, desde el principio, se burla de nosotros y se nos enfrenta, diciendo que de aquel cuerpo y aquella mente que posee nadie le arrojará, debemos amonestarle con amor y caridad. Estamos moralmente obligados a decirle que si acepta el perdón de sus pecados –tanto aquellos que cometió cuando era humano como los cometidos desde el momento en que poseyó a otro ser– y acepta marchar con los Angeles del Señor o Espíritus Santificados, Dios tendrá misericordia de él, perdonándolo por la mediación redentora de nuestro hermano y Señor, Jesucristo.

Si luego de orar por él para que el Sumo Hacedor le perdone y tenga misericordia, ese ser continua aferrado a su pseudovida terrena negándose a admitir la clemencia que se le ofrece por sus faltas en pro de su salvación, lo amonestaremos, advirtiéndole que el único camino hacia la Luz que tiene a su alcance es el de arrepentirse sinceramente y acogerse a la misericordia clemente del señor. Pero que si continúa empecinándose en no admitir esa última posibilidad de salvarse, en el Santo Nombre de Dios y de su Santo Hijo Jesucristo y por el poder de su Santo Espíritu, lo arrojaremos fuera de la persona poseída quedando a merced de la justicia de Dios y no a su perdón y misericordia.

Si prosigue en su obstinado y terco odio negándose a sí mis-

mo la oportunidad de salvarse, el exorcista, se levantará, y poniendo ambas manos en la cabeza de la persona poseída hablará en los siguientes términos:

> *Señor, hemos predicado tu perdón y clemencia a este hermano, pero él no ha escuchado tu palabra, dada por nosotros en tu Santo Nombre, en el de tu Hijo Jesucristo y por tu Espíritu, y se ha burlado de ella...*
>
> *Así nosotros, ¡a tí te decimos hermano! Que te atamos en el Nombre de Dios y Jesucristo y por el poder de su Santo Espíritu, ¡y atado quedas! ¡Y te arrancamos de este cuerpo!*

Y cogiendo por la cintura a la persona posesa se pronunciará:

> **En el nombre de Dios Todopoderoso, te arranco de este cuerpo** (y con toda la fe de nuestro corazón y con toda la fuerza de nuestra mente y de nuestra alma, poniendo las manos en su cintura las subiremos hasta detrás de la nuca, recorriendo la espina dorsal, para echar fuera el espíritu del agresor), **en el nombre de su Hijo Jesucristo, ¡fuera de este cuerpo!; por el poder del Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, ¡te arranco de este cuerpo!**

Luego repetiremos esas mismas invocaciones a Dios, a su Hijo y a su Santo Espíritu. Y cada vez que invoquemos el Santo Nombre de Dios, exclamaremos:

> **¡Fuera de este cuerpo!**

Haciendo exactamente igual cuando invoquemos a Nuestro Señor Jesucristo. Y al concluir en el Nombre del Espíritu Santo, diremos:

> **Te arranco de este cuerpo, por el poder de su Santo Espíritu y te entrego, atado, a los Angeles del Señor. Y así como te pedimos Dios mío, que así nos sea concedido, si esta es tu Santa Voluntad.**

Todo ello haciendo fuerza con nuestras manos desde la cintura a la cabeza del poseído. Luego pediremos al señor que bendiga al que acabamos de exorcizar, diciendo:

> **Señor, bendice a este hermano, y que baje del cielo un manto protector que lo cubra de la cabeza a los pies.**

Volveremos a bendecirle en el Santo Nombre de su Hijo Jesucristo, pidiendo también que descienda del cielo un manto protector y por último se pedirá la bendición del Espíritu Santo, espíritu del Padre y del Hijo, para que lo bendiga y cubra con un manto protector, a fin y efecto de que jamás ningún ser que esté en tinieblas pueda causarle daño.

Seguidamente pasaremos a comentar las trampas, mentiras, sutilezas, la maldad, el odio, la envidia y el orgullo endemoniado de que hacen gala las almas errantes, sin luz, sin conocimiento, carentes de amor y misericordia, para engañar no sólo a los mortales a quienes poseen sino también a aquellos que ejerciendo un extraordinario apostolado espiritual, tratan de arrancarlas de los cuerpos de los poseídos.

Daremos, al efecto, una información amplia, lo más explícita posible, de ese mundo de tinieblas y sueño, de locura y muerte; de ese mundo sutil, peligroso y malévolo que nos rodea –aunque muchos, la mayoría, lo ignoren o prefieran ignorarlo–, que sólo es conocido por aquellos que orando al Señor con tesón y fe inquebrantables, han recibido el don de discernimiento sobre los espíritus. Cuando un hombre tiene fe total y absoluta en Dios, en Jesucristo y en su Santo Espíritu, ningún ente de las tinieblas podrá engañarle jamás, ni atacarle, si ese hombre conserva en su corazón la humildad necesaria y es consciente de que cuanto hace en beneficio de sus hermanos no es por los méritos propios adquiridos sino por los dones que Dios Nuestro Señor le concede para obrar el bien. El otorga a los elegidos su conocimiento y sabiduría. Y cuando el Señor obra, lo hace siempre de manera perfecta.

Así, pues, el hombre que tenga el privilegio de efectuar estos trabajos espirituales –exorcismos–, deberá encontrarse en todo instante atento, en cuerpo, alma y cerebro, a la intuición que el Señor nuestro Dios, le conceda. Y cuando suponga que

algo escapa a su conocimiento, a través de la meditación y las oraciones, obtendrá la ayuda necesaria para entender y solucionar el problema en que se vea implicado la persona afectada.

Todo aquel que generosa, altruista y magnánimamente quiera consagrarse al servicio de sus hermanos, con total renuncia a sí mismo y por el amor que profesa a Dios y a su Hijo Jesucristo; todo aquel que desee seguir el sendero del bien y de la luz, será gratificado con la alegría propia que conforta el saber que se hace el bien a los demás pero, al mismo tiempo, tendrá que soportar intensas presiones y difíciles luchas contra el mundo de las tinieblas y los entes que lo habitan.

Aunque ya hemos hablado de ello anteriormente repetiremos una vez más que, las personas que deseen practicar EXORCISMOS, deberán requerir la colaboración de un experto vidente, ya que él será testigo irrefutable, con su mirada espiritual, de que realmente el espíritu posesor ha sido expulsado del cuerpo del agredido.

¿POR QUE SE PRODUCEN LOS CASOS DE POSESION?

Ciertamente podríamos encontrar muchas respuestas o explicaciones. Desde las almas desorientadas que al no tener consciencia exacta de que sus cuerpos perecederos han vuelto a la tierra de donde surgieron, vagan errantes por un espacio carente de luz buscando refugio en una nueva envoltura humana dentro de la cual, aunque no les pertenezca, se sienten protegidos... hasta los entes malévolos y perniciosos que, negándose a aceptar el perdón y la clemencia de Dios prefieren posesionarse de un cuerpo y una mente a los cuales causan innumerables transtornos que pueden llegar hasta lo irreparable.

Estas almas llenas de malicia y perversión, de crueldad aberrante, de oscuros instintos y demoníacas intenciones, poseen el cuerpo de otra persona para sentirse VIVOS. Vivos, sí. Porque cuando el poseído o la poseída comen, trabajan, piensan, se divierten, hacen el amor o gozan de las cosas terrenas, el ser

que se encuentra en su interior experimenta todas esas sensaciones como propias y, al mismo tiempo, puede controlar el estado mental y emocional de aquel de quien se ha posesionado.

Tenemos también el caso de las almas de varones que han dejado la existencia terrena en plena juventud y poseen a chicas jóvenes para copular con ellas y, al mismo tiempo, si la posesión es completa, vivir dentro de esas muchachas incluso con mayor intensidad que las posesas. Estos seres –almas en pena o espíritus en tinieblas– que realizan tal tipo de agresiones gestadas en un *leit motiv* sexual, son los que la Iglesia Católica, en su ignorancia o en su afán tradicionalista de tergiversar la verdad, denomina espíritus íncubos o súcubos.

Algo que puede parecer increíble pero que sucede, especialmente a mujeres jóvenes que están poseídas por un espíritu, es que cuando ellas quedan embarazadas, el ente agresor puede atarse al ser que se está gestando y nacer con él. Al producirse el alumbramiento, ocurre que el alma legítima del neonato no puede desarrollar su propia mente por la perversa y malévola influencia del alma posesora. Hemos visto muchos casos así en el transcurso de nuestra ya larga dedicación al exorcismo; casos de tiernos infantes que sufren toda la vida la posesión por parte de un abuelo, un tío, un hermano, o cualquier alma en pena que anteriormente se hubiese posesionado de su madre.

Los casos más graves de posesión son aquellos en los que se produce el siguiente fenómeno: que el alma del posesor acabe echando fuera del cuerpo el verdadero espíritu del poseído junto con su mente y auténtica personalidad; esta situación es la que los psiquiatras definen con el nombre-diagnóstico de **«ausencias»**.- Estos casos son realmente peligrosos pues, al quedar fuera del cuerpo el legítimo espíritu que debe ocuparlo, el otro, el ente agresor, puede cometer toda clase de ruindades y villanías, que van desde el robo y el crimen hasta la violación, atravesando toda la terrible y aberrante escala de maldades que conocemos e incluso las que ignoramos. Ello puede explicar que a través de la historia se hayan producido existencias como la del «estrangulador de Boston» «Jack el destripador», y un largo etcétera.

Pero sin necesidad de remontarnos al pasado conocemos experiencias actuales que dan verosimilitud, y fehaciente cohe-

rencia a nuestros argumentos. Por ejemplo, recordamos aquella madre que nos decía: *Sr. Mora, tengo miedo. Este no es mi hijo.* O el de una esposa aterrorizada, que explicaba:: *Mi marido, cuando me pega, maltrata e insulta, es OTRA PERSONA. Le miro a los ojos y es como si en verdad viese los de un demonio enloquecido ansioso por destrozarme.*

Por todo lo expuesto es necesario que las personas que se dedican a obrar el bien en favor de sus hermanos poseídos, tratando de librarles de las almas en pena o espíritus llenos de tinieblas y perversidad, deben, como ya se ha señalado anteriormente, actuar con pleno convencimiento del Poder de Dios y de su Santo Hijo y hermano nuestro Jesucristo, suplicando de continuo su luz e inspiración para actuar con total capacidad de discernimiento y un altruísmo y fe sin límites.

Sólo así y en virtud de la oración, predicando a los entes posesores la misericordia, clemencia y salvación que Dios puede otorgarles por la gracia infinita de su Hijo y Redentor Jesucristo, podrán convencer a los obstinados entes de las tinieblas de que se marchen y ayudarles a hacerlo, para que ocupen el lugar que les corresponde, que no es otro que aquel que Dios, en su infinita bondad, les tenga previamente designado.

Indice

Prólogo 7

RELACION DE LOS CASOS RELATADOS

La niña de quince años que parecía un «zombi» 25
El hombre que mató su padre 27
La joven que hablaba con voz demoníaca y tenía ausencias 32
La mujer santificada 40
La joven que se creía poseída por el demonio 46
El espíritu maligno serpentiforme 50
El joven poseído por el alma de un hombre negro 54
La joven de 21 años poseída por su abuelo 57
La joven que se mutilaba a sí misma 62
El espíritu astuto 68
El guardia y los fenómenos de poltergeist (primera parte) 74
El guardia y los fenómenos de poltergeist (segunda parte) 79
El amigo desconsolado 83
Las figuras satánicas 86
La señora gallega 91
El doctor en medicina y su esposa enferma 94
El espíritu enamorado y celoso 100
La joven, el espíritu fornicador y el espíritu invisible ... 105
La joven que insultaba a su madre 109
El médico de Valencia 112
La joven de O. de M. y el brazo corrompido 116
El matrimonio que vino de Bilbao 119

El inefable poder de la oración 122
El judío alemán muerto en la cámara de gas 125
El joven campeón de kárate 128

TEMAS A CONSIDERAR

Generalidades sobre la caridad y el exorcismo

1. Consejos prácticos para exorcistas 133
Cómo conjurar y atar a los espíritus malignos 133
Cómo atar un espíritu 134
Oración para atar y conjurar un ser maligno 135
Cómo defenderse de los magos negros 137
2. Caridad espiritual y capacidad de discernimiento .. 142
Oraciones 146
3. La posesión y el exorcismo 151
¿Por qué se producen los casos de posesión? 154

Otros libros afines:

Manual de protección contra espíritus. Isidro Jordá
https://madeproes.wixsite.com/proteccionespiritus

Obras de María Ángeles Bertolín
http://www.eternidad2.com/LIBROS.htm

Habla un exorcista. Gabriele Amorth
https://madeproes.wixsite.com/proteccionespiritus/habla-un-exorcista-amorth